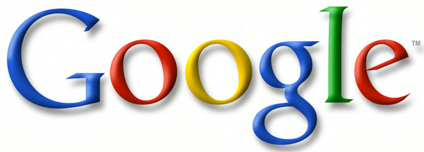
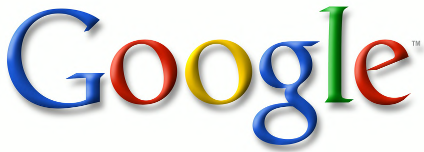






In Memory of

STEPHEN SPAULDING

1907 – 1925

CLASS of 1927

UNIVERSITY OF MICHIGAN



[8-21-34]

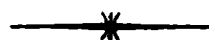
LA SOCIEDAD DE ANTAÑO

La Sociedad de Antaño

POR

OCTAVIO C. BATTOLLA

Obra profusamente ilustrada, con grabados y dibujos de la época.



(Fotograbados de Weiss & Preusche y Vidal & Cortada)



EDITORES: MOLONEY & DE MARTINO
CUYO 1434 - BUENOS AIRES
1908

BIBLIOGRAFIA

(OBRAS CONSULTADAS)

Letters of South América, por los hermanos Robertson, Lóndres, 1843.

Ilustraciones pintorescas de Buenos Aires y Montevideo, por E. E. Vidal; editores R. Ackermann, Lóndres 1820.

Voyage pittoresque dans les deux Ameriques, por Alcides D'Orbigny, editado en Paris, año 1836.

Tradiciones Argentinas, por Pastor S. Obligado; editores Montaner y Simón, Barcelona 1901.

Buenos Aires setenta años atrás, por Don José Antonio Wilde, editor Cárlos Casavalle, Buenos Aires 1881.

Memorias de un viejo, por Victor Gálvez; editor Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1889.

Las beldades de mi tiempo, por Santiago Calzadilla, editor Jacobo Peuser, Buenos Aires 1891.

Patricias Argentinas, por Adolfo P. Carranza, editores Monquaut y Vázquez Millán, Bùenos Aires 1901.

Buenos Aires antiguo, desde su fundación hasta nuestros dias, por Manuel Bilbao, Editor Juan A. Alsina, 1902.

Pajinas Argentinas Ilustradas, por J. M. Eizaguirre; editores Maucci y Cia., Buenos Aires y Barcelona, 1907.

Historia de la República Argentina hasta 1853. por Vicente F. Lopez; editor Carlos Casavalle, Buenos Aires, 1890.

San Isidro, reseña histórica por Adrián Beccar Varela. editores Videla y Ortiz, Buenos Aires 1906.

Colecciones de La Prensa, La Nación, El Diario, Caras y Caretas, etc.

Al Señor

D^N. PASTOR S. OBLIGADO

que sabe de cosas viejas y rinde culto ferviente á las tradiciones del pasado.

Testimonio de alta consideración y afecto.

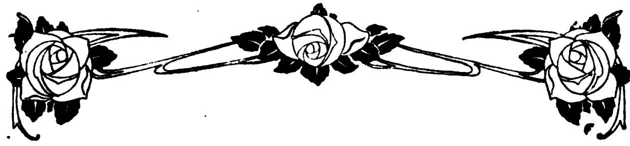
El Autor

Buenos Aires, Octubre 26 de 1907.

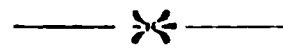
LA SOCIEDAD DE ANTAÑO

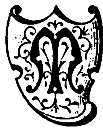


¡Homenaje á la sociedad argentina en
el primer Centenario de su formación!



PREFACIO





UY pocas ciudades en el mundo han experimentado, en menos lapso de tiempo mayores transformaciones que esta Capital fundada por Garay.

No hablemos de las ciudades asiáticas, donde la (inmovilidad) es la regla suprema, y donde la palabra (progreso) no tiene casi significación, y probablemente ni vocablo equivalente en sus lenguas.

Hablemos de las ciudades de América, algunas de las cuales ostentan todavia el sello colonial. Los nombres de sus calles, de sus paseos, los hábitos de sus hijos, los gustos de sus mujeres, han sufrido apenas una lenta transformación y el hilo de las tradiciones no se ha roto tan violentamente como en estas orillas del Plata.

Hay en esto una ventaja, y es la del colorido local que aquí se ha borrado casi por completo, y

el cuadro no se restaura, sinó que se ha pintarrajeado de nuevo. La ola creciente de la inmigración de casi todas las razas, ha venido á mezclarse en furioso torbellino con las de este Mar Dulce que sorprendiera á Solis, cuando lo invadió, trayendo al tope de su bajel la bandera soberbia de Castilla.

Lima, Santiago de Chile, Quito, La Paz, Bogotá, presentan todavía en sus vetustas edificaciones, en sus monumentos y encrucijadas, las reminiscencias de antaño á que sirven de marco esmaltado las maravillas de la naturaleza, sempiterna en sus leyes.

Si nuestros criollos del año 20 resucitasen, no reconocerían hoy, á buen seguro, la tierra natal en que desaparecieron para siempre,—como arreboles de verano,—los devaneos más ó menos inocentes de su juventud. Absortos, mudos de asombro quedarían, al contemplar la rápida transformación que se ha operado en Buenos Aires: de tranquila y oscura ciudadela,—donde florecían pueriles vanidades de campanario,—en bulliciosa colmena, la más hermosa y fecunda de la actividad social.

Sin ir tan léjos, y en poco más de un tercio de siglo solamente, ¡cuántas reformas han sufrido los edificios que rodeaban las plazas DE LA VICTORIA Y DEL 25 DE MAYO!

Empezó por caer el Cabildo,—especie de Ministro de la época colonial;—después la Recoba vieja, derribada en cuarenta y ocho horas, como si en vez de construcción ciclópea, hubiese sido un castillo de naipes; más tarde la antigua casa de "El Correo Español", donde ahora está la Bolsa; luego, el teatro Colón (Banco de la Nación) nuestro primer Coliseo, por tantos y tan bellos años.

Y la transformación siguió operándose. A los golpes de la piqueta demoledora, cayeron sucesivamente, la casa solariega del Brigadier Azcuénaga, (Nuevo Banco Italiano), la Jefatura de Policia (actual Municipalidad), los célebres Altos de Escalada (edificio de "La Previsora") y por último, la primitiva Casa Rosada.

Y todo habría desaparecido, – incluso la Pirámide, —si personas de recomendable talento y patriotismo, no hubiesen impugnado enérgicamente, de palabra y por escrito, no debe tocarse un solo ladrillo del "Altar de la Patria"—ese vetusto monumento de gloria que, como único recuerdo simbólico, nos resta de un pueblo viril que en 1810 supo emanciparse del tutelaje español!...

Pero, no hay que desesperar!...

Antes de cumplirse el siglo de su emancipación, la ciudad colonial habrá cedido de lleno su puesto á la ciudad europea, como los hombres sencillos de la antigua sociedad porteña lo cedieron yá á la más refinada aristocracia de la sangre y del dinero.

La vieja Europa que reforma de contínuo nuestros gustos, nuestros usos, nuestras costumbres, contagiándonos las suyas, nos ha traido tambien sus monumentales palacios, adornando á esta GRAN ALDEA, *con las bellísimas creaciones de la arquitectura moderna, del confort, de la higiene y de la estética.*

Es el progreso que, al abrirse paso, destruye pero reforma. Dejémosle hacer, aunque destruya cosas que nos son queridas, aunque nos prive de aquel Buenos Aires de otros tiempos, que él ya se fué para siempre, legándonos otro Buenos Aires que

tiene de todo: de inglés, de francés, de italiano, y... hasta un poco de porteño!

Pero antes que el olvido borre de la memoria el tiempo pasado, esforcémosnos en reconstruirlo con sus tipos, sus costumbres, sus trajes, y... sus alegrías! ¡Reconstrucción efímera é inocente, que quedará impresa en letras de molde para recuerdo de las generaciones de 1910.

Por eso los que lean estas pajinas, compiladas con verdadero afecto nativo, encontrarán en ellas rememorados algunos de los más salientes aspectos de aquella brillante sociedad porteña, cuya típica fisonomía picaba la curiosidad de los viajeros que al regresar á sus amados lares, llevaban impresiones gratas de estas playas refrescadas por el Pampero!



Recoba Vieja demolida el 25 de Mayo de 1883.



La pirámide de Mayo, el Cabildo y Plaza de la Victoria, en 1811.

Dibujo del Ingeniero Sr. Cárlos E. Pellegrini.

La sociedad de antaño



CARÁCTER DE LA SOCIEDAD

En los albores del siglo XIX, no era Buenos Aires una ciudad encantadora, ni medianamente confortable. Contemplada desde la ribera, ofrecía un aspecto desconsolador, con sus casas macizas, parduzcas, achaparradas, apénas interrumpida la monotonía de sus techos de teja moruna, por los esbeltos campanarios de sus numerosas Iglesias y Conventos que todavía se hierguen, sobre una misma línea, cual gigantesca guardia pretoriana, desde el *barrio del Alto* hasta el de Catalinas.

Pero si como ciudad no era muy pintoresca, como residencia resultaba agradable. El carácter alegre y jovial de sus habitantes, la belleza y distinción proverbial de sus mujeres, el delicado agasajo y buen trato de todos para con propios y estraños, hacíanla descollar como una de las primeras entre sus congéneres de América española.

La fama de que disfrutó siempre la Capital del

Virreinato, debióse en gran parte á la obsequiosa hospitalidad y confianza esquisita que las familias dispensaban á sus recomendados,—empleados ó funcionarios, peninsulares ó americanos,—que venían á establecerse, ó estaban de paso por la ciudad.

Un viajero inglés que en calidad de Comisario General acompañó la armada inglesa que nos invadiera en 1807 por segunda vez, refería años más tarde en sus impresiones sobre la sociedad de antaño, que, "pocos lugares hay en el mundo donde sea más estrecho y sincero el trato entre los hijos del país y los extranjeros en general,—pero más especialmente con los ingleses,—que en la ciudad de Buenos Aires".

Yá en 1806, después de la Reconquista, éstos tuvieron buena ocasión de aquilatar las relevantes cualidades de carácter en las fámilia porteñas. Prisionero Berresford y sus Ayudantes,—teniendo la ciudad por cárcel,—acostumbraban reunirse en casa de Doña Mariquita Sanchez de Thompson, y en animada tertulia se deslizaban plácidamente sus breves horas de cautiverio, alternando alrededor de la primitiva mesa de malilla, con los señores Liniers, Pueyrredón, Escalada, Lezica, Mansilla, Sarratea, Almagro, Saenz Valiente, á la que daban realce damas tan bellas y principales como Doña Tomasa de la Quintana de Escalada, María Eugenia Escalada de De María, Casilda Igarzábal de Rodriguez Peña, Juana Pueyrredon de Saenz Valiente, María Mercedes Coronel de Paso, Encarnación Andonaegui de Valdepares, Bernardina Chavarría de Viamont, Angela Castelli de Igarzábal, María Josefa Lajarrota de Aguirre y otras no ménos distinguidas, entre las que el *Virrey de las aventuras galantes*, Don Santiago Liniers, no logró introducir su favorita, la bella Doña Ana Perichón.

En esa culta sociedad de antaño, respirábase un

ambiente de bonhomía y sencillez tan patriarcales de que yá no hay casi ejemplo en nuestros días. En sus frecuentes reuniones y paseos, no se hablaba de modas, que pocas novedades introducíanse á principios de siglo, ni de política que apénas se elaboraba, ni de periódicos que no llegaban nunca. Se murmuraba ménos, cortándose pocas sayas, que escasos eran por entonces los *tailleurs pour dames!* Todos se conocían y respetaban, sin preocuparse ni poco ni mucho de las formas, y ménos aún de saber de qué pié cojeaba el vecino. Pero sí, se conversaba de *santos*, cuyos panejíricos sabíanse al dedillo hasta los currutacos del barrio de la Merced, pues nó sólo en Iglesias, si que tambien en calles y salones se veneraban.

La cortesía de los dueños de casa era tradicional. Cuando brindaban acojida, era sincera y durable. En ellos no se notaban maneras rebuscadas, ni afectaciones, ni burlas á los inferiores, ni adulaban á los que se creían muy altos,—salvo por mera broma—cuando reconocían en sus semejantes, buen natural ó espíritu induljente.

Las niñas,—¡oh, las niñas de aquellos tiempos!—constituían el más preciado elemento de los salones. Complacientes y espirituales, llenas de bondad y gracia, la genuina elegancia aristocrática resaltaba en ellas con todo donaire, sin deberle un ápice á esos incentivos inventados por el artificio para desnaturalizar ó neutralizar sus naturales encantos.

En la tertulia, bailaban por igual con un viejo verde ó un tipo ridículo, que con un jóven apuesto y elegante. No permitían jamás, ni á los tontos, parecer que lo fueran. Tal interés tomaban en ello, que los fátuos más estirados, doblegábanse como varillas elásticas bajo la influencia acariciadora de nuestras porteñas.

Las señoras de la clase rica ó acomodada, eran muy pulcras en sus trajes, dentro y fuera del hogar, muy presumidas en sociedad, pero también muy deseosas de que sus hijos é hijas brillasen, por que tenían en mucho el honor de la casa y de la familia. Eran honestas sobretodo, muy religiosas, sin ser fanáticas, y excelentes madres.

Para demostrar que esa sociedad, á pesar de la influencia del alto clero,—entonces generalmente ilustrado,—no cayó en el fanatismo, bastará recordar que durante las invasiones inglesas, la plebe no cometió excesos contra los invasores, á pesar de ser protestantes y ellos cultivaron relaciones con familias del país, por el cual manifestaron simpatías y en cuyo porvenir ejercieron su influencia.

Otro error, imperdonable en algunos, ha sido suponer que las damas de esa época fueran ignorantes y no supiesen leer ni escribir: por el contrario, había muy distinguidas señoras, llenas de ilustración y cultura, como que provenían de la mejor cepa española.

Familias pudientes como las de Larrazábal, Basavilbaso, Aguirre, Santa Coloma, Olaguer Feliú, Sánchez de Velazco, Lezica, Azcuénaga, Castro, Escalada, Barquin, Saenz Valiente, Arroyo, Rubio, Belaústegui, Balbastro, Casamayor y otras, nó sólo tenían sus casas bien alhajadas, sinó que vivían con toda comodidad y holgura, completando el servicio numerosos esclavos.

La cultísima sociabilidad de estas familias, será por siempre famosa en los anales bonaerenses. Si no se realizaban á diario, en sus salones, grandes saraos ó fiestas deslumbradoras, si reuníanse á menudo, patriarcalmente, los miembros que formaban numerosa prole, haciendo á veces difícil que el ámplio comedor recibiese á todos sus descendientes.

Y si hemos citado algunos apellidos, es sólo para demostrar que si los cercos de tuna y pita estaban próximos al centro, dentro de esos núcleos sociales había cultura en cuanto era posible, que el hogar era respetado, á veces lujoso, pero ante todo ceremonioso.

Muestra de ello, y de la liberalidad y franqueza que se estilaba por aquella época en los hogares más distinguidos, es la descripción que hace M.r Robertson, caballero inglés de superior ilustración, quien fué por muchos años nuestro huésped y ha llevado á su pátria los más bellos recuerdos de su estadía en ésta:

"Jamás he frecuentado un círculo más interesante y seductor que el de la familia Barquin. Allí estaba la señora de casa, una dama de la antigua escuela, llena siempre de atinadas reflexiones, al par que su bella y encantadora hija, que acababa de contraer matrimonio con el Capitán Cerviño, cumplida pareja en la que lucían el ingenio y la discreción. Allí estaba Doña Merceditas, una de las bellas más seductoras de Buenos Aires, con su inseparable amiga Doña Mariquita Oromí, la mujer más elegante de la clase social á que pertenecía, y por último, el padre y la madre de esta criatura fascinadora: él, un cumplido caballero, Oficial de Estado Mayor del Virrey; ella, perfecto dechado de lo que debe ser una dama. La señora Barquin se esmeró en la educación de sus hijas, con quienes vivió siempre bajo el mismo techo, y las Oromí eran concurrentes asíduas de sus tertulias nocturnas. ¿Quién podía dejar de estar encantado con semejantes relaciones? Me atraían verdaderamente, y como recibiese las seguridades de que debía considerar la casa como propia, fuí honrado con la mayor intimidad. Iba á almorzar, á comer, á tomar café, á cenar, á reir y á charlar, *cómo* y *cuándo* se me antojaba!"

tiene de todo: de inglés, de francés, de italiano, y... hasta un poco de porteño!

Pero antes que el olvido borre de la memoria el tiempo pasado, esforcémosnos en reconstruirlo con sus tipos, sus costumbres, sus trajes, y... sus alegrías! ¡Reconstrucción efímera é inocente, que quedará impresa en letras de molde para recuerdo de las generaciones de 1910.

Por eso los que lean estas pajinas, compiladas con verdadero afecto nativo, encontrarán en ellas rememorados algunos de los más salientes aspectos de aquella brillante sociedad porteña, cuya típica fisonomía picaba la curiosidad de los viajeros que al regresar á sus amados lares, llevaban impresiones gratas de estas playas refrescadas por el Pampero!



Recoba Vieja demolida el 25 de Mayo de 1883.

Numeracion de las manzanas de la Ciudad de Buenos Aires, en el año de 1810. N.º 7

Rio de la Plata

Fac-símil de un plano de la Ciudad de Buenos Aires, levantado en 1810.

De la colección del Sr. Ricardo J. Trelles.

las mansiones de aquellos tiempos, tenían altillos con rejas sobresalientes, como las que había al frente de la mayor parte de las casas de familias ricas.

Las viviendas estaban blanqueadas por dentro y fuera; las anchas paredas eran de ladrillo, asentado en barro; la argamasa no se conocía, ó por lo ménos no se aplicaba á construcciones domésticas. Tampoco se tenía noticia de lo que eran empapelados en las habitaciones, *ó pinturas al fresco.* La casa de la *Virreina Vieja*, y nombrada como la de Constanzó, Basavilbaso y otras de que nos ocuparemos en breve, dán una idea de las construcciones de aquellos tiempos y su original arquitectura.

Las casas, aunque edificadas en barro y ladrillo crudo, eran espaciosas y ventiladas. ¿Qué casa no tenía un fondo completo y su magnífica huerta de treinta ó cuarenta varas? En el centro de nuestra gran Ciudad ya no se encuentran, *ni para remedio*, una de estas casas. Todas han sido reemplazadas por conventillos que dejan á sus proprietarios una renta pingüe.

Las *rejas voladas*, de que yá no existen muestras, eran uno de los inconvenientes más sérios que ofrecía la pequeña ciudad. Aquellas ventrudas rejas de Vizcaya, que se extendían muchas de ellas hasta el cordón de la vereda, alumbradas de noche por la misera luz que derramaba pusilánime vela *de baño*, eran un precipicio, donde más de un incauto se rompió las narices ó un brazo.

La pavimentación no existía. El Virrey Loreto, se preocupó de empedrados con el laudable propósito de evitar que las casas se derrumbáran, pues en aquella época, durante los grandes temporales, el agua pluvial corría en forma de arroyos y se desplomaba en forma de saltos ó cascadas. El sucesor de Loreto, hizo



1835.—Vista del antiguo Fuerte y Alameda desde el actual Paseo de Julio.

Dibujo del ngeniero D. Carlos E. Pellegrini.

también algo en el sentido propuesto por éste; pero, en realidad, nada se llevó á cabo hasta el año 22.

Los pantanos seguían siendo tales, que formaban lagos, lagunas y charcos en las principales calles, y daba pena ver los frentes de las casas recien blanqueadas, cubiertas de manchas del barro líquido que hacían salpicar lecheros, panaderos y vehículos de todo género. Pero entónces esos servicios se hacían por los criollos, que cantando y corriendo, muchas veces en los charcos, salpicaban á los paseantes que quedaban lucidos con aquella lluvia. Los picarones de lecheros reian á carcajadas de los enojosos refunfuños de los viejos, que de frac iban á misa en las primeras horas, cuando eran bañados por el líquido que levantaban al trote del caballo que cabalgaban, ó de la yegua y el potrillo que la seguía, retozando en aquellos lodazales.

En el mismo punto donde hoy se levanta el Palacio de Gobierno ó Casa Rosada, estaba situado el antiguo Fuerte, morada de los Virreyes. En él, durante el gobierno metropolitano, se verificaban sus solemnes ceremonias oficiales: *los besamanos,* á que acudían los nobles y notables del virreinato, y las *funciones de tabla,* donde los empleados vestían sus uniformes rojos ó azules, bordados de oro y plata calzón corto y sombrero de tres picos, y los consejales, casaca, chupetín, calzón, media de seda negra, espadín y sombre elástico.

El Fuerte, era una antigua fortificación, cuyos cañones apuntaban hácia la *calle de las Torres,* (hoy Rivadavia) y estaba rodeado por un foso, convertido antes y despues de 1810, en centro de gente de mal vivir y en depósito de inmundicias. Por allí cerca se estacionaban las negras que vendían mazamorra, chicha, tortas fritas, arroz con leche, buñuelos de miel,

buscapiés y cigarrillos de tabaco negro. Entre éstas y los carreteros que acarreaban carne, frutas, aves, verdura, pescado y otras provisiones de boca, solían armarse unas grescas de las que ya no se vén, y que no tenían conclusión más trágica que un feróz cogotazo ó una [illegible] de [illegible].

Bajo la Recova vieja, los tenderos que la habitaban sacaban allí sus *bandolas*, donde exhibían sus más lujosos objetos, como ser: peinetas, peines, cabetes, rosarios, anillos, pendientes, imágenes, cuentas de vidrio, collares y otras chucherías por el estilo. Concurrían á hacerles competencia, simples dueños de bandolas, que permanecían allí todo el día, levantando campamento así que llegaba la noche.

La soldadesca del Fuerte, solía también abandonar su posición de boca arriba á orillas del foso, para venir á hacer gasto á las tías de los *buñuelos* y del arroz con leche, nó siendo tampoco cosa del otro mundo presenciar, de cuando en cuando, una *de á pié* entre carreteros y soldados.

Lo que se denominaba el *bajo*, (Paseo de Julio y Colón, actualmente) era el depósito de animales muertos, basuras y pescado inservible. Allí se reunían, como al presente, todos los vagos y gente de mal vivir de Buenos Aires. Las principales oficinas públicas se encontraban á los costados de la Fortaleza, que daba frente á la plaza del mismo nombre. En la ribera que se hallaba á los fondos, se bañaban en verano hombres y mujeres: éstas, á bastante distancia de los primeros.

El único mercado donde se expendía carne para el consumo de la población, se encontraba situado en el mismo solar donde estuvo hasta hace poco el Congreso Nacional. Donde hoy está el Palacio Arzobispal, había un cerco de ladrillos parados, terminando



Vista de la Ciudad de Buenos Aires, en 1806, desde el actual Paseo Colon.

Dibujo de A. Ballerini (de un grabado antiguo)

en un caballete erizado de fragmentos de botellas. El paraje que ocupa actualmente el Nuevo Banco Italiano era la residencia del Brigadier Azcuénaga, propiedad despues de Olaguer Feliú.

Toda la manzana que ocupa hoy en parte el Banco de la Nación, y las subsiguientes, en número de dos ó tres, estaban ocupadas por tugurios y boliches de la más ínfima categoría.

Los *poyos* del centro de la actual Plaza de Mayo, como el de la Catedral, eran ocupados por los troperos en receso, que se reunían allí para jugar á los naipes, ó al *ta te ti.* Uno que otro sibarita tendíase á dormir en ellos su inveterada siesta, á esa hora en que la ciudad estaba desierta, pues por nada de este mundo, ni del otro, las personas que constituían la gente de copete, y aún de medio copete, habrían salido á la calle durante las horas consagradas á la pereza.

Mucho más de lo dicho queda por decir, respecto de lo que fué Buenos Aires en tiempos de la Independencia y aún muchos años despues de conquistada, pero sirva esta somera descripción, al ménos, para dar una idea de la ciudad antigua á los que no la tuvieran por el testimonio de la tradición.



Vendedores de leche.

Costumbres del Virreinato

Prácticas Religiosas

Si bien nuestro propósito es que estos apuntes daten sólo del día en que se proclamó la Independencia, no podemos sustraernos al deseo de involucrar en estas pájinas algunas costumbres de los últimos años del gobierno metropolitano,—costumbres que si bien unas han permanecido fieles á la tradición, otras en cambio se han eclipsado por completo.

Así, por ejemplo, el día Domingo era considerado con el mismo concepto que tiene en las sociedades modernas: día destinado al descanso, de trégua al trabajo semanero, y al mismo tiempo, de fiesta religiosa y mundana. Excepción hecha del pequeño comercio, todas las otras casas cerraban sus puertas y daban asueto á sus empleados y servidumbre, desde las primeras horas de la mañana hasta las primeras de la noche, en que volvían á ser abiertas las puertas de tiendas y almacenes centrales, donde generalmente se reunían en tertulia los más conspícuos vecinos del barrio, para comentar los hechos políticos y sociales de la Metrópoli lejana, ó los muy escasos de la pequeña y aldeaniega Buenos Aires de la época.

Era tambien de práctica y costumbre, que los vecinos, al oir el *toque de oración,* se arrodillasen donde quiera que estuviesen en aquel momento,—yá fuese en una sala, de visita, ó bien en el paseo,—y después de santiguarse, rezaren Salves y Avemarías. Esta piadosa costumbre tenía sus antecedentes en las ciudades, en las aldeas y en los prados de la Peninsula. Era la hora del *Angelus*, en que el mensajero divino anunció á María, la madre del Redentor, el misterio de la Encarnación.

En esa época el *toque de oraciones* y el *de queda*, eran los más respetados: el primero, por su significado religioso, y el segundo, por que abarcaba una reglamentación disciplinaria de la vida civil. Generalmente, el *toque de queda*, que era el toque de silencio, quietud, descanso, ó el clasico "cubre-fuegos" de las plazas cerradas, sonaba á las nueve de la noche. Los vecinos echaban cerrojo á las puertas y nadie salía yá á la calle, salvo aquellos que aceptaban con todas sus consecuencias, las aventuras nocturnas.

Los hijos menores, despues de rezar las oraciones, iban á recibir la bendición de sus padres, tíos y abuelos, y lo mismo hacía la servidumbre familiar.

En Buenos Aires, empezó á perderse la costumbre á principios del siglo pasado, pero en casi todas las provincias de tierra adentro, las prácticas piadosas persistieron hasta muy avanzado el siglo XIX. Hoy los vecinos no hacen manifestaciones públicas al oir el toque de oraciones, pero en el interior de los hogares cristianos, las familias rezan las clásicas plegarias y las madres distribuyen sus bendiciones como en el tiempo pasado.

Entre nosotros, hasta poco antes de su fallecimiento, la Señora Doña Agustina Lopez Osornio de Ortiz de

Rozas, observaba esta costumbre, de una manera original. En el extenso patio de su antigua casa en la calle Defensa,—que se conserva tal cual fué, frente al costado del convento de S. Francisco,—acostumbraban reunirse todas las tardes, los nietos y biznietos de dicha señora, y correteaban por los espaciosos corredores, saltando y gritando, pero al toque de oraciones, todos iban á la cama de la abuela, postrada yá, á pedirle su bendición, con los brazos cruzados. La anciana madre del famoso Don Juan Manuel, sacaba entonces de una bolsa de terciopelo carmesí, *dos reales* cobre, siempre nuevos, por que al efecto se los procuraba, y al darles la bendición, regalaba dos reales á cada nieto. Los muchachos salian en silencio, y cada grupo partía para su casa, evitando hacer el menor ruido posible, pues estábales prohibida toda manifestación infantil.

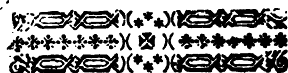
Otra de las costumbres, que se prolongó hasta muchos años despues de la Revolución, era oir misa antes de emprender viaje. La tradición aseguraba que cuantos no oyeron *la misa del buen viaje*, sufrieron grandes percances y hechos fatales en el camino; y lo mismo se decía de aquellos que, antes de salír, no se santiguaban en la puerta de calle ó no se descubrían al pasar frente á una Iglesia, ó nicho en la pared. Cumplidas estas prácticas, los actos ulteriores de dudosa conducta, no llamaban mayormente la atención, y ménos si se realizaban en día Domingo, que, despues del precepto religioso, quedaba libre para los caprichos y costumbres más extravagantes.

Pero lo que más imperio de costumbre tuvo siempre en la época del virreinato, fué sin duda, oir misa todos los días, salvo algún obstáculo. Entonces indefectiblemente oíase los Domingos y en las fiestas

solemnes de la Iglesia. Otra cosa no se exijía con mayor cuidado á los estantes y trashumantes que asistir:

> "Por la mañana, á la misa,
> Y por la tarde, al sermón,
> Y á rezar las letanías
> Al toque de la oración."

y aún podria decirse que *solo estas prácticas*, ejercitadas constantemente, bastaban para dar prestigio á un hombre, ó una familia, de "buenos cristianos". Lo contrario, movía toda la intolerancia del grupo social y daba por resultado el alejamiento más absoluto, con los peligros ciertos de una acusación por herejía, que si no encendía hogueras en Buenos Aires, nó por eso brindaba satisfacciones á ningun hogar.



EL MAYORDOMO nombrado en este año para la Funcion del Glorioso Apostol Santiago, suplicà à V. se sirva asistir la tarde del 24. del corriente à Visperas, y el dia siguiente à la Misa cantada, y Sermon que se han de celebrar en obsequio de tan insigne Patron en la Iglesia del Patriarca San Ignacio: à lo que quedarà muy reconocido.

Fac-simile de una invitación de principios de siglo.



Antigua Plaza de Toros en 1811, y que se denominó sucesivamente Plaza de Marte, de la Gloria, del Retiro y actualmente San Martín.

De una Fotografía existente en el Museo Histórico Nacional.

Espectáculos y Festividades

A lo humano y á lo divino, unas veces con espectáculos edificantes, y otras con bárbaras fiestas,—pero de mil maneras,—se divertía la gente en los últimos treinta años de la dominación española entre nosotros.

Las procesiones públicas para dar gracias á Dios ó impetrar algún favor de la Divinidad, las escenas teatrales, las corridas de toros, primero, las riñas de gallos despues, y las ejecuciones civiles,—fuera de las funciones de Iglesia, las fiestas de tabla y los besamanos del Virrey, — bastaban por sí solas para sacar de sus casillas á nuestros tatarabuelos, que con cara de páscuas, tranquilidad absoluta de conciencia, y "un poco á pié y otro poco andando" salian por esas calles sin empedrado, para consagrarse en cuerpo y alma á disfrutar de aquellas diversiones.



De más está decir que siempre iban alegres y satisfechos. Los románticos, los sensibleros, tenían que hacer de tripas corazón. Por eso cuentan viejos y

empolvados cronicones que, en aquellos felices tiempos de la *Pátria grande,* no hubo muchachas nerviosas, ni patatuses, ni cosas parecidas.

Para nosotros, verdaderamente, fué ése el tiempo color de rosa. Los suicidios eran desconocidos, mientras que ahora, jóvenes de ambos sexos, y aún ancianos, ponen término á su vida. ¿Y saben Vds. por qué? Porque el lujo ha muerto al sentimiento: yá no créen en nada y sólo quieren gozar. Antes había tambien desgraciados, pero se resignaban por que creían.

Entonces, hombres y mujeres, niños y viejos, todos estaban templados como el acero, y en las sangrientas corridas de toros, que eran frecuentes, como en las invasiones inglesas, (que miras llevaron tambien de serlo), aprendían objetivamente lecciones de serenidad, de valor y hasta de heroismo.

Los lloriqueos se quedaban para los niños ó para los templos, cuando predicaba uno de aquellos elocuentísimos oradores que, como Fray Pantaleon García, desde el púlpito, con el mágico poder de su palabra, hacía derramar torrentes de lágrimas á aquellos ojos, secos ante la terrible agonía de un rocinante destripado en el redondel, ó ante el cadáver putrefacto de un desconocido, expuesto bajo los portales del Cabildo.



De paseo por la Ciudad

Dibujo de Eusevi.

Empero, en los espectáculos públicos, todas las cla-

ses sociales gozaban por igual, desde su Excelencia el Virrey, hasta el más humilde escribiente de las Arcas reales; desde los Regidores y Alcaldes de 1er. Voto, hasta los plebeyos y ensabanados del baratillo: unos en ventanas y otros en aceras; unos en carroza y otros á pié; unos en gradas y otros en tablados, pero todos tenían derecho á participar de las festividades públicas.

Y si el pueblo bajo, teniendo la ventaja de recojer los pequeños discos de cobre, mal acuñados, que se mandaban arrojar con motivo de las juras reales, no los recojía, era sencillamente porque....yá se habían mandado recojer con anterioridad!

En cuanto á paseos, el más favorito era el de la Plaza de Toros, punto sumamente concurrido los Domingos y fiestas de guardar. Estos días eran de gran excitación y movimiento en la Ciudad, pues la afición á lidias era extremada y la concurrencia inmensa. Las señoras, últimamente, no asistían á los espectáculos, pero iban *á ver y ser vistas!*

Las cabalgatas por las quintas de los suburbios, que empezaban entónces cinco ó seis cuadras más allá de los viejos templos,—hermosas quintas con cercos de mosqueta y lirios, alternando con viejos tunales,—tenían su encanto especial, por el número considerable de jóvenes de ambos sexos que en ellas tomaban parte, asi como los paseos por la Alameda ó á orillas del rio, donde se encontraban invariablemente en las poéticas tardes primaverales ó en claras noches de luna, numerosos ancianos caballeros, jefes de familia, comerciantes y aún respetables miembros del clero, que llevaban ellos mismos la clásica caña al hombro, impenitentes pescadores de mojarritas.

En la Alameda, bajo la sombra de buenos árboles

y sentadas en los *poyos* de mampostería, las espirituales niñas de entónces formaban alegres corrillos de entretenida charla, sin que faltasen los comestibles más apetecidos y, á veces, el mate tradicional, cebado por la negrita esclava ó la vieja liberta por la generosidad de sus amos.

Tal el programa obligado, casi á diario, de los espectáculos y diversiones á que se entregaba sencillamente aquella añeja sociedad de buena cepa, que hoy tiende á desaparecer por la invasión de la burguesía enriquecida con las grandes especulaciones.



Por la Recoba.

Dibujo de Giménez.

Las dos misas clásicas



DURANTE la época virreinal, y aún mucho después del nuevo órden de cosas, las misas según las horas en que celebrábanse, tenían para el público un concepto diverso, mantenido por algunas circustancias relacionadas con el trabajo de los creyentes y estimulado, en otros casos, por los mismos sacerdotes; así, por ejemplo, estas dos, en períodos distintos: *la misa de alba, y la misa de una.*

A la misa de alba que oficiábase al amanecer, concurrían las familias pobres y la servidumbre de las casas adineradas, las ancianas, los chicos, y generalmente el grupo de dependientes de tiendas y buhoneros, y otras gentes de escaso lustre en las gradaciones sociales de la colonia. Por excepción, concurrían las niñas de la nobleza ó los caballeros, y cuando esa excepción era observada, podía afirmarse que tales personas, si no tenían un impedimento extraordinario, iban á emprender viaje en el día.

Cada vecino vestía sus mejores trapitos. Las chinas, mestizas y mujeres pobres, si tenian alfombra la llevaban al brazo, y en la cabeza el clásico paño ó *pañito*, que era un cuadrado de bayeta, ó de otro género oscuro. Más que en las polleras y demás

piezas del vestido, esta gente se distinguía de las "señoras de la nobleza" por esa pieza con la que adornaban su cabeza. Se parecía á la toca llamada *serenero*, que usaban todas, en las noches, cuando salían á la calle, ó andaban en los patios interiores.

En algunas Iglesias, y especialmente en aquellas situadas en los suburbios, ó en parroquias escasamente frecuentadas por personas de posición, San Telmo, Concepción, Monserrat ó La Piedad, la *misa de alba* era la única que se celebraba. En las Iglesias del centro, se oficiaban cada hora, hasta la *una de la tarde*, que era la última, especialmente concurrida los Domingos y fiestas de guardar, por las familias *paquetas y currutacas*, que sin prèvio acuerdo, y sólo por un convenio tácito del hábito, se daban cita para lucir sus tocados é ingénita elegancia, al par que cumplían con sus deberes religiosos, sobre lo cual habíase conservado el celo.

Las Iglesias que más fama tenían por estas reuniones sociales, eran la *Catedral* y *San Ignacio*, ésta más que la primera, por que ocupaba al centro del barrio más aristocrático durante el virreinato y fama que conservó cincuenta años despues de nuestra Independencia.

Los petimetres y currutacos, entonces como ahora, —¡las costumbres á veces cambian lentamente!—hacían corrillos en el pórtico del templo, para presenciar el desfile de bellezas femeninas y muchas veces para continuar soplando en el fuego de pasiones, sin dar á la religión otra cosa que no fuera un respeto formalista.

Las niñas, generalmente, llegaban en grupos, y trás de ellas marchaban dos ó tres pequeñas esclavas africanas con la alfombra ó la silla-reclinatorio en que había de arrodillarse la niña. El piso en las



1808.- El toque de oración, en la época de la colonia.

Comp. y dibujo de Frans. Van-Riet.

Iglesias no era terrizo, sinó enlosado más ó ménos como ahora; pero el buen tono marcaba como indispensable que la devota llevase su rosario y el libro de oraciones, y la esclava el reclinatorio y la alfombra. (1) Algunas iban acompañadas por sus padres y hermanos, ú otros miembros cercanos de la familia, aunque lo más común era que fuesen solas con sus criadas.



Sr. D. Bentura Mazeu

LA Santidad de N. S. P. Pio VII, se ha dignado con los despachos correspondientes despertar la frialdad de los fieles concediendo 40 horas para la Festividad de Santa Maria del Socorro, Patrona Titular de la Cofradia de Humildes, establecida en la Iglesia de N. M. y Señora de Mercedes: la Hermandad, y P. Capellan suplican á Vmd. se digne hacer una limosna para alumbrar á su Divina Magestad en uno de los dias de 40 horas: obra que quedará escrita como eterno monumento entre las obras gratas á su Divina Magestad.

Fr. Alexandro Arredondo Cappn

Ps. 2 p/s

Mayo 17 808

Facsimile de un original de la época, en poder del Sr. Alejandro Rosa, Director del "Museo Mitre".

Como la *misa de una* se celebraba cuando hacía tiempo que el almuerzo había terminado en los hogares, después de aquella las hermosas devotas organizaban paseos con sus amigas, ó improvisaban reuniones, dirijiéndose en grupos á la casa de alguna de ellas.

No era mal mirado entónces que los caballeros las acompañaran ó las siguieran, y por más severa que fuese la etiqueta, el hecho no tenía importancia ni podía llamar la atención de nadie, pues todos los que alternaban tenían una amistad calificada, ó eran parientes, más ó menos cercanos de esas niñas. Los estraños que alternaban en esa clase social,—peninsulares en su mayor parte,—desde luego habían traído recomendaciones eficaces, ó vivían en las casas solariegas en calidad de huéspedes distinguidos.

(1) V. *Pájinas Argentinas Ilustradas*, por J. M. Eizaguirre.

La institución, diremos así, de estas dos misas que someramente recordamos con algunas de las costumbres de antaño, tiene todavía algo del carácter colonial en las provincias del centro.

Entre nosotros, bien que aún hoy mismo se sigue la costumbre, la *misa de una* está yá muy léjos de revestir el carácter eminentemente aristocrático que la distinguía entonces, *aunque haya mas gente ahora!*





LA MISA DE UNA EN SAN IGNACIO *á principios de siglo.*
Composición y dibujo de F. Fortuny.

Las noches de la colonia



Con esclavo y farol

De la luz, que todo lo alegra y embellece, pasemos por un instante al reino de las tinieblas. Seremos breves. No queremos condenar por largo tiempo, á la oscuridad, los fulgentes ojos de bellísimas nietas ó bisnietas que nos léen, como lo fueron los de muchas abuelas y bisabuelas,—nó sólo en las interminables noches de la época virreinal,—sí que tambien en las más larga y aterradora de la tiranía.

Los que viven hoy en la *Ciudad-millón* y transitan por estas ámplias y cómodas veredas, no se imajinan cómo eran sus calles á principios del siglo pasado. Baste decir que á consecuencia de una lluvia continuada de trenta y cinco días, quedó el vecindario confinado en las casas, alimentándose con viandas secas, como en una plaza sitiada, porque la completa incomunicación con la campaña y con las quintas, no permitía el abasto de legumbres y carne fresca. Formáronse tales pantanos y tan profundas hondonadas, que fué necesario poner centinelas en una de las cuadras de la *calle de las Torres*, cercana á la Plaza Mayor, para evitar que se hundieran y se ahogasen los transeuntes, principalmente los de á caballo.

Por entónces, sobre las angostas aceras, lo mismo que en las bocacalles, los propietarios plantaban generalmente grotescos postes de madera dura, de tres en tres varas, para alejar el tráfico de la proximidad de los muros, lo cual no era imprudente ni inútil, pues muchas veces para evitar los pantanos, trepábanse los carros á las veredas, causando daño que originaba reclamaciones de los vecinos. Cada propietario se había adelantado en sus anchas ventanas y rejas *voladas*, para gozar de la perspectiva de la calle, estorbando y estrechando el paso. Además, en las aceras se cocinaba, se tomaba mate y se ataba el caballo del dueño de casa.

Y si á la luz del día resultaba peligroso el tráfico para carros, carretas y carretillas, yá pueden imajinarse nuestras lectoras, á cuántas molestias y desazones no se expondrían de noche los pacíficos habitantes de esta Ciudad, con la iluminación escasa de unas muy contadas esquinas alrededor de la Plaza principal.

Los faroles eran de forma estrecha y alargada, en cuyo interior humeaba, más que iluminaba, vergonzante velita de *sebo* ó *baño*, la que encendíase por medio de una mecha burda y fuliginosa. El pabilo, á poco de arder, convertía los pequeños vidrios de los faroles en placas negruzcas, á través de los cuales sólo se percibía un debilísimo brillo de luz mortecina. Los transeuntes, todo ojos al cruzar las bocacalles, solían repetir á menudo aquel refrancito encocorador, puesto en voga durante la progresista administración del *Virrey de las luminarias:*

"Para semejante candil, vale más estarse á oscuras"

Desde luego se comprende que, con tal iluminación, la gente saliera poco de noche, pues además de la oscuridad reinante, la vijilancia policial era nímia. Aún

no había serenos ni gendarmes, y los rondines ó patrullas, sólo prestaban servicio muy de tarde en tarde, ó en épocas anormales. Había, en cambio, abundancia de gente de mala vida.

De aquí, que para librarse de malhechores y malos pasos, cuando los vecinos se encontraban obligados á salir, aunque no fuesen de posición desahogada,—comerciantes ó funcionarios,—cargasen armas y llevasen un farol de mano. A veces se suplía éste, con una linterna. Los de condición más humilde, improvisábanlos con envases de lata ó cáscaras de sandía!

Si hacemos excepción del barrio central, que comprendía la parroquia de San Ignacio y los Conventos de San Francisco y Santo Domingo, (el barrio aristocrático)—donde por iniciativa de los vecinos existían pasos de piedra ó ladrillo en cada bocacalle—en todos los demás puntos urbanos, el tránsito era peligroso y molesto.

Naturalmente que cuando no había llovido, las dificultades eran menores: secos los baches y lodazales, la silenciosa y oscura ciudad se animaba. Las familias organizaban tertulias á las que concurrían numerosas niñas,—*les etoiles* de la belleza colonial y de los barrios. Al retirarse, cuando más tarde á las diez de la noche, las velas de sebo del alumbrado escaso, encendidas al toque de oración, se habían extinguido, pero los interesantes grupos se hacían guiar por esclavos y sirvientes, quienes con chuza y farol, iban señalando á las niñas el camino bueno, y sacando los obstáculos, si alguno llegaban á encontrar al paso.

Con las niñas iban tambien los caballeros de la tertulia, que se repartían siempre la grata misión de acompañarlas. En los malos pasos, de acuerdo con la etiqueta de la época, severa en sus formalismos, franca, espontánea y amable en su esencia, los ca-

balleros no daban el brazo ni la mano; se colocaban en terreno seguro para evitar un mal trance, y ofrecían el antebrazo, en el que las niñas apoyaban su mano.

Traer un esclavo ó sirviente para que llevase armas y farol en las noches que precedieron á la Revolución, era título de señoría, pues si muchos en sus excursiones nocturnas preferían ser ellos mismos portadores de su farol, así como en tiempos anteriores se distinguían aquellos de capa y espada, en los que anotamos, no se distinguían ménos cuantos marchaban á través de estas oscuras calles con el *negrito del farol.*

Los tranquilos vecinos de aquella lejana época, ni en sueños calcularían los progresos realizados y de los cuales gozan hoy los habitantes de esta gran Metrópoli. Al presente, tienen de todo: faroles á querosene, á gas hidrógeno, acetileno, luz eléctrica, etcétera, etcétera. Y en los suburbios, por temporadas, hasta....noches de luna!

Sereno en tiempos de Rozas.



¡Las doce han dado y ñublado!..

Dibujo de Eusevi.



Las noches de la colonia — Las visitas: con esclavo y farol.
Composición y dibujo de F. Fortuny.

Las Visitas

Es innegable que en las costumbres de los pueblos, se operan ciertas mudanzas á través de los tiempos. Entre nosotros, el excesivo aumento de población, el tráto frecuente con extranjeros y el materialismo mercantil, han influido mucho en el cambio.

Así, por ejemplo, en la época que describimos, no se conocían las formalidades de ahora, para "presentar" un individuo en casa de una familia decente ó acomodada. Había en cambio, más tacto que hoy para introducir un nuevo concurrente, lo que producía más homogeneidad en cualquier reunión, y por consecuencia, más sociabilidad, más gusto para todos, encontrándose cada uno entre los suyos.

Las "visitas de amistad" de las señoras, tenían condiciones originales, tan originales, que vamos á describirlas, por que yá se ha perdido el uso de ellas.

De las diez de la mañana en adelante, presentábase en casa de la señora que iba á ser visitada, una *criadita de razón,* (como se decía), de la señora que proponíase visitar. De estas criadas de razón, también se ha perdido la especie: eran muy superiores á todo lo que sirve ahora.

La criada empezaba por bajarse la manta de la cabeza, en señal de respeto, y luego entablábase infaliblemente, entre la señora y ella, el siguiente diálogo:

—Manda decir mi ama que besa á su Merced las manos, y que cómo está su merced. Que cómo está el Señor Don Fulano (el marido) y que cómo están las señoritas ó niños, señora?—preguntando á menudo, individualmente, por cada miembro de la familia.

—Díle á tu señora que agradezco su fina atención, que todos están...... (y seguía un menudo detalle del estado de la familia.) Y tu señora ¿cómo está?— Luego la misma pregunta individual por cada miembro de la otra familia.

La criada respondía del mismo modo detallado, y añadía:

— Y dice mi ama que esta tarde tendrá el gusto de venir á hacerle una visita á su merced.

A lo que contestaba la señora:

—Dile á tu señora que le beso á su merced las manos y que tendré mucho gusto en verla.

La *criada de razón* se despedía con el mismo cortés respeto con que habia entrado.

A la tarde, temprano, se presentaba la amiga en la visita á que era esperada, acompañada de sus niñas ó hermanas, y con dos ó tres criadas.

Empezaba la conversación y el mate, en mates de plata, ó que tenían este adorno. Seguía despues el dulce, en platillos generalmente de rico cristal, ó de la China, reservados para ciertas ocasiones. Venían luego los vasos de agua en bandejas de plata, y si la visita se prolongaba, como sucedía á menudo, hasta entrada la noche, aparecían el chocolate y los bizcochos.

La despedida ocupaba un buen cuarto de hora (lo



ı.
ın
an
.do.
ɔnti-
dario
.andas
ɔmpleta
quintas,
.ne fresca.
.as hondona-
en una de las
la Plaza
hogasen
lo.

Aristócratas y Patricias

Las damas de la época que describimos, han ejercido siempre verdadera influencia social y política en los destinos de esta gran Nación.

A raiz del pronunciamiento de Mayo, equiparon por sí solas, puede decirse, la primera expedición libertadora que marchára al Alto Perú, á redimir pueblos oprimidos. Luego, se asociaron para la compra de fusiles, consignando con arranque patriótico sus futuras esperanzas al expresar que el día de una victoria tendrían la satisfacción de decir al contemplar un vencedor: "Yó armé el brazo de ese valiente, que aseguró su gloria y nuestra libertad". Poco después, proveyeron de ropa á los ejercitos de la Pátria, confeccionando en breves horas más de diez mil camisas. Tres años mas tarde, no vacilaban en desprenderse generosamente de sus joyas, y cuando no tuvieron más que dar—¡oh, madres espartanas!—dieron sus hijos!

Entonces las *patriotas* usaban el pelo de una manera caracteristica, y las *godas* de otro: la división se hacía, así, intensa y profunda, entrando hasta en el seno de las familias. Entre éstas había damas tan distinguidas como Doña Ramona Lopez de Arruya, (abuela de Don Juan José, Don Tomás Manuel y Don Nicolás de Anchorena) señora que ella misma daba lecciones á sus nietos, y correjía sus planas, criti-

cando las gracias en los rasgos de pluma de sus pequeños calígrafos; Doña Maria Sánchez de Thompson, la más ilustrada señora del siglo XIX en Buenos Aires, y la que más se hizo notar desde los albores de nuestra regeneración política y social; Doña Eusebia de Lasala, la mujer quizá de mejor carácter, de más franqueza y de mayor bondad que había en nuestro país; Doña Tomasa de la Quintana de Escalada, renombrada por su belleza, por la suprema distinción que había en toda su persona, y por haber sido su hogar centro de la mejor sociedad en tiempos de la Revolución; Doña Casilda Igarzábal de Rodriguez Peña, esposa del ilustre patricio que fué el alma del movimiento revolucionario, y á quién acompaño en sus trabajos, en sus zozobras y en el triunfo de sus ideales con entusiasmo y ejemplar entereza; Doña Juana García de Pinto, esposa del Brigadier de este nombre, justamente apreciada por su moderación, cultura y patriotismo; Doña Mercedes Lasala y Riglos, que por la alta consideración de que gozaba en su tiempo, mereció más tarde ser designada primera Presidenta de la Sociedad de Beneficencia; María Eugenia Escalada y Salcedo de De María, bella y dignísima matrona á quién la sociedad de entónces, pequeña pero selecta, le concedió las distinciones y homenajes que se exijían en sus salones; Juana Pueyrredón de Saenz Valiente, la más celebrada mujer de su tiempo, por su belleza, su distinción y su abnegado patriotismo, arrebatada á la sociedad en la plenitud de su vida; Doña María de los Remedios Escalada de San Martin, la amable y fascinadora esposa del gran Capitán, tan digna y noble, como virtuosa y bella; Doña Cármen Quintanilla de Alvear, señora llena de gracia y de cultura, cuya belleza, vivacidad é intelijencia fueron motivo



Remedios Escalada de San Martin
Esposa del gran Capitán de los Andes.
(año 1816)

Dibujo de Fortuny

para que incorporada, desde su arribo á estas playas á la parte más selecta de la sociedad, se le tuviese en alto aprecio y simpatía; Doña Estanislada Cossio de Gutierrez, amante de la literatura y lectura de obras francesas, cuya lengua extranjera conocía; Doña Francisca Silveyra de Ibarrola, tan bella como entusiasta patriota; Doña María de las Nieves Escalada de Oromí, Doña María de Azcuénaga, Doña Ana Riglos de Irigoyen, Doña Juana Lezica de Riglos, Angela Castelli de Igarzábal, Juana del Pino de Rivadavia, Irene Gutierrez de Tollo, Manuela Tellechea de Pueyrredón, María Trinidad Almeyra de Bonilla, María Bárbara Esquivel de Villanueva, Josefa García Mata de Paso, Isabel Calvimontes de Agrelo, María Josefa de Belgrano, Juana Pastora Elía de Argerich, Dolores Correa de Lavalle, Gregoria Rivera de Barrón, Petrona Mora de Agüero, María Anacleta González de Gómez, Benita Nazarre de Pico, Josefa Olazábal de Soler, Dámasa Caviedes de Martinez, Rosalía Lagacha de Las Heras, Juana Trillo de Sánchez Velazco, Andrea Balbastro de Gálvez, Lucía Riera de Lopez y Planes, Celestina Alvarez de Ezeiza, Mercedes Barquin de Bilbao, María de los Santos Riera de del Sar, María Otálora de Soler, Manuela Acosta de Ramirez, Juana Tejedor de Obligado, María Teresa Alsina de Garmendia y otras, todas ellas damas de campanillas, antes y despues de la Revolución.

De tan ilustre abolengo como las señoras nombradas, eran tambien las familias de los señores Larrazábal, Martin de Alzaga, Olaguer Feliú, Gaspar y Juan Antonio Santa Coloma, el Oidor Arroyo, Martin de Sarratea, Juan Bautista Elorriaga, Basavilbaso, Altolaguirre, Juan Antonio y Francisco Lezica, Antonio García López, Luis de Gardeazábal, Alvarado, de las Carreras, Tomás y Francisco Antonio de Be-

laústegui, Cristóbal de Aguirre, Domingo Alonso de Lajarrota, Ezquerronea, Manuel de Mansilla, Zavaleta, Martín de Monasterio, Juan Casamayor, Manuel de Arana, José Darragueira, Estéban de Luca, Zavalia, Róspillosi, Estéban Romero, Perdriel, Ramos Mexía, Diego de Agüero, Rubio, Martinez de Hoz, Marin, González Balcarce, Francisco Ignacio Ugarte, Manuel José de Ocampo, Ignacio de Rezábal, Juan Ignacio de Ezcurra, Miguel de Azcuénaga, Justo P. Lynch, Mariano Antonio Tagle, Manuel y Juan Bautista Castro, José de Gainza, Miguel Cuyar, Gabriel Real de Azúa, Francisco de Tellechea, y muchas otras cuyos jefes formaban un centro de capitalistas respetables.

Para probarlo, bastará decir que en la suscripción mandada levantar por el Virrey Liniers á 27 de Agosto de 1806, sus nombres figuran como donantes desde la suma de tres mil pesos fuertes á mil quinientos, lo que, dado la época y situación del país después de vencer á los ingleses, es una prueba de que eran gente pudiente.

Las primeras tertulias

Los hermanos Escalada



QUÉ era Buenos Aires al iniciarse el año 20?

Con muy pocas variantes, era la misma Ciudad colonial de los últimos años del siglo XVIII, que trató de limpiar y embellecer el progresista Virrey Vertiz.

Los acontecimientos políticos y guerreros de las dos primeras décadas del siglo XIX, impidieron todo progreso: las invasiones inglesas primero, los cabildeos ruidosos después, y los días de Mayo que dieron la nota grandiosa de la emancipación, reclamaron todas las enerjías argentinas en el campo de la acción guerrera.

De ahí que ese aniquilamiento de fuerzas, no formára ambiente propicio para que los ciudadanos pudiesen cuidar el escaso patrimonio ni el desenvolvimiento gradual y poderoso del comercio, base de todo bienestar y de los progresos urbanos.

Pero, en cuanto atañe á su sociabilidad, es fuera de duda, que los veinte primeros años de vida libre é independiente que tuvo Buenos Aires, fueron verdaderamente deliciosos.

La tranquilidad y prosperidad internas, el crédito y renombre en el exterior, mantenían á los habitantes joviales, alegres y decidores, de modo que las bellas

cualidades de los porteños, brillaban en todo su explendor.

Por los años de 1815 á 1830, fué cuando Buenos Aires estuvo en su período de mayor brillantez y apogeo. Las familias de alta posición social, obedeciendo á la costumbre establecida, abrían sus salones, realizándose diariamente en ellos esas inolvidables reuniones nocturnas, conocidas con el nombre de tertulias.

A ellas se entraba y salía cuando venía en gana, sin etiqueta, y siguiendo esta costumbre se podía asistir á dos ó tres tertulias en el curso de la noche, con la certidumbre de ser recibido y agasajado por igual en todas partes.

Algunas de nuestras lectoras se imajinarán talvez que estamos haciendo de la sociedad de Buenos Aires un cuadrito color de rosa, pero aquellas que conozcan por conversaciones de familia la época á que nos referimos, (trasmitidas de una á otra generación), reconocerán sin esfuerzo alguno la exactitud y verdad de la pintura.

Por entónces, las tertulias mejor concurridas por todo cuanto tenía Buenos Aires de más distinción y cultura, eran las que ofrecía periódicamente Don Antonio José de Escalada. El encanto provenía en ellas de la sociedad misma, y para realzar su mérito, no se precisaban las opíparas cenas ni los delicados refrescos que hoy se estilan. Charla, música, baile, buen humor, constante alegría, eran los felices ingredientes que daban grato sabor al conjunto. Con sólo la familia, se formaban doce lindas parejas, tanto para el baile criollo como para el *minuet,* sin rival en Buenos Aires!

Doña Remedios y su hermana Nieves, Doña Encarnación, Doña Trinidad y Doña Mercedes De María,

amén de la madre de estas últimas señoritas, la Señora Tomasa, la amable anfitriona, (esposa de Don Antonio) y además la encantadora Oromí, *cun multis aliis*, hacían de esta tertulia la primera de su clase.

El anciano caballero, acompañado á veces por su bizarro hijo el Coronel Escalada, y otras por él que le seguía en edad, Mariano,—y á falta de éstos, por el jóven Oromí,—á todo atendía, haciendo los honores de su casa. Daba gusto ver al sexajenario señor, ágil y alegre, escojiendo entre las más bellas muchachas, aquella con quién lanzarse en el torbellino del baile, ó tomar parte en los cadenciosos movimientos del *minuet!*....

Don Antonio era un viejo jovial y decidor, que gustaba de ver siempre su casa llena de jóvenes de uno y de otro sexo—fueran ó nó del país,—teniendo predilección por los ingleses. Casado en segundas nupcias, fué su última mujer, renombrada belleza de la época. Los dos hijos que de ella tuvo, estaban en el ejército: eran bravos, galantes y apuestos, y sus hijas, en la flor de la juventud, bonitas y seductoras. Tenía también varias nietas, siendo madre de éstas una hija de su primera esposa (Doña Petrona Salcedo), casada con Don José De Maria.

En cambio su hermano, Don Francisco de Escalada, era el reverso de la medalla. Acabada personificación del grave, digno y culto español,—si bien porteño y decidido patriota como Don Antonio,—había presidido el Ayuntamiento de su ciudad nativa, pero él ni su familia se mezclaban en lo que podía llamarse la *sociedad alegre*. Sus tertulias, por lo tanto, revestían cierto carácter de seriedad que ahuyentaba á las personas aficionadas á divertirse.

Los hermanos Escalada mantuvieron elevadísimo rango entre sus compatriotas. Supieron siempre con-

servar limpia la honra, acrisolada integridad y abnegado patriotismo: el uno en la vida privada, y el otro en la pública, llegando á los más altos puestos de la magistratura, infundieron respeto y se granjearon el amor de los porteños. Firmes en sus puestos, jamás fueron molestados por ningún partido, sinó cortejados por todos, y al fin, en el ocaso de la vida, descendieron tranquilos al sepulcro, dejando el unánime concepto de que supieron vivir y morir como buenos y muy dignos de alabanza.

Sin pedir disculpas por esta corta digresión que no carece de importancia, continuaremos diciendo que además de la de Escalada, había otras agradabilísimas *casas de tertulia,* en la que los extranjeros eran recibidos con esquisita y bondadosa hospitalidad. Entre esas estaban las de Alvear, Rubio, Luca, Oromí, Casamayor, Balcarce, Rondeau, Barquin, Balbastro, todas principales corifeos en los altos circulos de aquella época, descollando sobre todas estas, las de Riglos, Thompson y Sarratea.

Pero hagamos capítulo aparte, que bien lo merecen damas de tanta prosapia como éstas últimas.

Damas principales

En la historia familiar de Buenos Aires, se destacan netamente, como astros de mayor magnitud, los nombres de tres notabilísimas señoras, dignas por todo concepto de ser recordadas en estas pájinas, como el ma or timbre de gloria en los anales de la sociabilidad argentina.

Nos referimos á las señoras Doña Ana Riglos, Doña Melchora Sarratea y Doña Mariquita Thompson, jefes de tres partidos distintos que apénas llamaríamos politicos, pero que sí podemos denominar públicos, pues en sus frecuentes recibos, á la luz del sol, recojíanse las noticias del día, enterándose cuantos querian de todos los manejos de los hombres de Estado, en el poder ó en receso, encontrándose tambien en ellos, con los más conspícuos de estos personajes.

Allí los sucesos públicos discutíanse con chispa y y nó sin cierta intención filosófica, y como las damas en cuestión fueran decididas por alianzas europeas, sus casas eran asiduamente visitadas por los Comandantes navales, tanto ingleses como franceses, por Cónsules generales y por Enviados y diplomáticos extranjeros. En ellas, se enteraban mejor de los díceres del día que en la Fortaleza, y en ellas, de un modo indirecto, daban á conocer sus opiniones y juicios con la certidumbre de que harían su camino.

Doña Ana Lasala de Riglos, viuda yá en la época que describimos, era una señora mayor, altamente aristocrática, pero muy comunicativa y familiar. En extremo agradable é inteligente, chispeante, bien nacida, con un tinte de aristocrática etiqueta de la vieja escuela, se dejaba ver de todo el mundo y sus tertulias eran de las más amenas.

Su hijo, Don Miguel de Riglos y Lasala,—de quién nos ocúparemos oportunamente,—se había educado en Lóndres, regresando á Buenos Aires en Febrero de 1813. Era por entónces un guapo mozo de veintiún años. Hablaba el inglés correctamente, y fué uno de los pocos que, como Belgrano y Sarratea, supo en realidad aprovechar de la educación inglesa. Era, y con razón, el preferido de su madre y de su hermana Doña Javiera, y más aún de su tia, Doña Eusebia de Lasala.

Aunque yá lejos de la juventud, Doña Ana era siempre la más cortejada en la tertulia y la más querida por la mayoría de los marinos ingleses, á causa de su bondadosa y constante disposición para corregir los disparates lingüisticos que cometían y por su anhelo en aplacar la crítica acerba por la triste figura que hacían en el baile criollo.

La casa de la Señora de Riglos, ó como acostumbraban llamarla: *Madama Riglos*, era el centro de reunión de los ministeriales y se la hubiera podido designar con toda exactitud como la dama jefe de la facción Tory en Buenos Aires.

Doña Melchora Sarratea fué, por el contrario, y con motivo de varias indulgencias á favor de Madame Sthaël, la Sthaël del lugar. Su familia era de lo primero y más honorable de la Ciudad. Su hermano Don Manuel, que era para Doña Melchora orgullo y

vanagloria, fué educado en la coronada Villa y formó parte de la Corte.

Aunque era Doña Melchora acérrima partidaria del nuevo órden de cosas, no miraba con buenos ojos la relajación de costumbres que, según ella, había ocasionado la Revolución de Mayo.

Fué, sin disputa, una mujer de talento. En sus mocedades reinó por su intelijencia é ingénio, y aunque siempre rehácia para contraer matrimonio, hermosa en su tiempo, conversadora y sumamente agradable, supo convertir la casa de Don Manuel en una joya. Y tanto ella, como su hermano, revelaron el gusto más exquisito en todo lo que contribuía á embellecer las exterioridades de la vida.

El señor y señoríta de Sarratea tenían un inmenso caudal de placenteras anécdotas, un conocimiento perfecto de la sociedad y notable gracia para contarlas. A esto debe agregarse, que todos los que concurrían á la tertulia tenían carta blanca para hacer la crítica de los abusos del día, de manera que á nadie extrañaba estuviese Doña Melchora tan bien enterada de los asuntos públicos y privados y que fuese tenida como entusiasta partidaria de los principios Whigg.

En cuanto á Doña Mariquita Sanchez de Velazco, viuda de Thompson y luego de Mendeville,—y que algunas de nuestras lectoras habrá conocido, yá como socia, como Secretaría, ó bien como Presidenta de la Sociedad de Beneficencia,— y en primera línea cuando se trataba de ejercer actos de filantropía—fué, sin duda alguna, la más famosa de las mujeres de su siglo en nuestro país.

Viuda yá en 1816 de Don Martín Jacobo Thompson, —uno de los primeros patriotas de la Revolución que sirvió en nuestros ejércitos,—pero jóven aún, alegre,

inteligente y seductora, al año siguiente contrajo segundas nupcias con Don Washington Mendeville, nó el Ministro inglés de este mismo apellido, sinó un Oficial instruido que sirvió á Bonaparte y que Francia envió á nuestro país con el cargo de Cónsul General.

Por el hecho mismo de estar casada con un cuasi-diplomático, puede inferirse que su fuerte eran las Relaciones Exteriores, y á buen seguro que nadie manejó nunca los negocios de *Dowing Street* con mayor suceso y brillantez que lo hiciera Doña Mariquita, (como popularmente se la llamaba), ejerciendo su diplomacia femenil en su espléndida mansión solariega de la *Calle del Empedrado*, hoy Florida 273.

Esta meritísima matrona,—de quién nos ocuparemos más extensamente, en mérito á la alta consideración de que gozara en todo tiempo,—acompañó con brillo á tres generaciones argentinas, y fué, puede decirse, el centro de toda la sociedad porteña.

¿Qué político, militar ó diplomático de alguna figuración entre nosotros, ó sabio extranjero de ráncio abolengo, que llegaba al país, no frecuentó los salones de Doña Mariquita Mendeville?

Hubo otras muchas simpáticas personalidades en Buenos Aires, cuyas tertulias eran en extremo agradables, pero yá nos iremos ocupando de unas y otras á su debido tiempo.

Sociabilidad anglo-argentina



Los primeros ingleses

HEMOS recordado con alguna minuciosidad ciertas costumbres sociales de los últimos años del gobierno metropolitano, porque hoy yá se han perdido por completo y han pasado á ser del dominio de la letra impresa para que no se olviden. Por la misma causa, consagraremos algunas pájinas con idéntico objeto,—éstas contraídas especialmente á recuerdos ingleses,—por que ellos tambien han perdido los de entónces.

Sabido es que en los primeros tiempos y hasta mediados del siglo XVIII, fueron los españoles quienes se hallaban esclusivamente al frente de todo negocio que se iniciaba en el país. Luego fueron reemplazados paulatinamente en diversos ramos, primero por los *criollos* ó nativos, y más tarde, por hombres de diferentes nacionalidades.

El comercio libre, como se sabe, produjo una gran concurrencia extranjera, especialmente de ingleses que vinieron á establecer casas de comercio en Buenos Aires. Sobrevino así una gran revolución civilizadora, que reconoce su orígen en las invasiones inglesas de 1806 y 1807, por que ellas trajeron, in-

dudablemente, un elemento extraño y nuevo en el elemento sociolójico del país. Aquella oficialidad distinguida, blancos y rubios, de ojos azules, era una novedad para la población femenina, habituada al cabello negro y á la mirada penetrante de la raza española y criolla. Los corazones hablaron, y si odiaron á los conquistadores, tuvieron lástima de la oficialidad prisionera, repartida en las casas de familia por órden superior. Los ingleses que regresaron á su amada Albión, llevaron á su turno el recuerdo de las lindas mujeres de este país.

Los primeros comerciantes ingleses que vinieron á establecerse aquí, no fueron de aquella clase de simples dependientes ó factores, sinó de hombres más elevados y de mejor trato y más sociales. Su modo de vivir participaba de estas condiciones, que contrabalanceaban con los grandes provechos que hacían en sus negocios, y de tal manera se entregaban á sus inclinaciones sociales, que con muy pocas excepciones, á pesar de las grandes ganancias que les dejaba el comercio, y á pesar de ser Buenos Aires, entónces, un país sumamente barato, poquísimas de las casas de comercio que se establecieron primero, ganaron gran fortuna, simplemente por el modo en que vivían.

Si bien en los primeros dias de la Revolución, la población extranjera fué relativamente numerosa, los ingleses se encontraban en mayor número que el de las demás naciones. Ya eran por entónces nuestros huéspedes, con larga residencia, los señores Wright, Gowland, Plowes, O'Gorman, Thompson, Barton (Tomás y Diego) Lynch, Billinghurst, Robertson, Atkinson, Thwaites y algunos otros. Un poco más tarde, vinieron á establecerse aquí, personas tan recomendables y de buena posición social, como los Señores

Fair, Dickson, Cartwright, Mackinley, Sutward, Macneile, Brittan, los hermanos Dorr (Guillermo y Roberto), Macdougall, Downes, Newton, Maccraken, Wilton, Mac Farlan, Higgimbothon, Carlisle, Sillitoe, Wilde, Maç Lean, Brownell, Stegman, Bell, Parish y otros no ménos meritorios, que formaron un valioso contingente de inteligencia y buena voluntad en aquella época, á favor del país, haciéndose voluntariamente por amor á él....y á *ellas*, ciudadanos argentinos.

Uno de los primeros ingleses que llegó al país fué Don Roberto Billinghurst, quién casó en 1810 con una señorita de Agrelo y dos años después tomó carta de ciudadanía, lo mismo que don Juan Miller, esposo de Doña María Balbastro, una de las más bellas damas de su tiempo, y cuya hija mestiza casó luego con Mr. Franc, hijo de Lord Ponsoby.

A la concurrencia de individuos del comercio inglés, de la clase que hemos indicado, se reurió muy pronto la de fuerzas navales de la Gran Bretaña, como era consiguiente, para que pudiera ser protejido su comercio en estos mares, en el estado general de guerra europea que entónces existía.

Varios Oficiales de clase mandaron *estaciones* en el Río de la Plata, y se encontraban en los buques de ellos, entre otros, el Comodoro Bower, que se hizo muy estimado. Ni éstos Oficiales, ni aquellos comerciantes, eran como los de ahora. Ellos se asociaban más entre sí; había más nacionalidad y patriotismo inglés, mas homogeneidad, consonancia y espíritu de estrechar con los del país, de donde resultaba un espíritu de cortesía y estimación recíproca,—una tendencia en los del país á la imitación y un progreso hácia la civilización y adopción de las costumbres europeas,—más propiamente,—tal cual las presentaban los modelos de los ingleses.

Así, en la mejor clase de la sociedad, se fué dejando de comer entre doce y una á la antigua. Al cántaro ó dos, á menudo de plata, y bien grandes, que se ponían en la mesa para todos, se fué estableciendo un vaso y copa para cada uno. Al vino carlón, que era el ordinario, se sustituyeron vinos más generosos, como el Oporto, Madera etc. El almuerzo, que era una comida muy lijera é incierta, de chocolate y pan ó bizcochos, vino á ser una cosa regular de sustancia y á reunión en común. El comedor pasó á ser una pieza principal de la casa, como para recibir huéspedes. Se modificaron los muebles y los vestidos, y el progreso fué entrando, como sucede siempre por los objetos materiales de agrado y lucimiento. Entonces empezaron hasta las modas inglesas: sastres, zapateros y modistas idem. Nada de afrancesados, que caro la pagaron en España,—segun decían—y por cuya razón hicieron levantar campamento á la bella Doña Ana Perichón, desterrándola ¡ingrato! el mismisimo *Virrey de la Victoria*, después de haber recojido éste, con embeleso, el blanco y perfumado pañuelo que ella le arrojara entusiasmada desde las ventanas de su casa, al recibir los homenajes que aquél le rindiera al frente de sus columnas victoriosas en la *Calle de la Merced.*

Pero las familias ránciamente españolas, en la clase media, se atuvieron más á las antiguas costumbres. En la clase elevada hicieron un descenso gradual, ó un término medio, en que se conservaba mucho de lo que era, dando lugar á gran parte de lo nuevo, lo que producía una agradable variedad, en la que se introducía, en el trato tan apreciable de los españoles cultos, aquellos que agradaban al extranjero, con lo que le presentaba ilusión y novedad, por que era del país.

A este nivel se pusieron tambien los ingleses cultos aunque conservando más de lo propio y con ciertos rasgos característicos.

En íntima estrechez con los del país, no eran ménos joviales, ni ménos obsequiosos que ellos. Les abrían sus mesas y hacían parte numerosa en sus fiestas. Varios comerciantes ingleses daban bailes con frecuencia, y algunos tenían un baile semanal entablado. Su órden de vida, era ocuparse de los negocios mercantiles, hasta las dos ó tres de la tarde, y á no ser que ocupaciones extraordinarias lo impidiesen, consagraban el resto del día y de la noche á los goces inefables del hogar. En las sobremesas, y entre el vino, venían las apuestas, generalmente á tirar en la escopeta, ó á las carreras á pié ó á caballo.

Hemos dicho que hasta los mismos marinos ingleses, eran otros. Entre ellos se distinguía el Comodoro Bower, que estuvo primero como Comandante de una fragata, y despues como Jefe de una *estación* de dos fragatas y dos corbetas. Tomó una de las más hermosas casas en tierra, (la que despues habitó Don Victorio García de Zúñiga), la amuebló con gusto, y en ella nó sólo daba ordinarios convites, sinó que á menudo ofrecía grandes tertulias y bailes á señoras y caballeros del país. A su vez, él y sus Oficiales, eran asíduos concurrentes á la mesa de distinguidas familias de aquella sociedad.

Entónces los bailes, las tertulias, los paseos, comenzaron á ser más frecuentes: la mezcla y reciprocidad entre ingleses y argentinos era completa, y unos y otros se modificaban en estas reuniones hasta donde podían, por que había un deseo común de agradarse mútuamente. Nada de insolencia, ni de chocante, criticando lo que le desagradaba en su vecino; por el contrario: muy á menudo una risa común de

los defectos que cada uno creía encontrar en las costumbres del otro, haciendo por lo general, una gran cortesía y benevolencia práctica.

De este modo de amalgamarse de los primeros ingleses en Buenos Aires, ha nacido la gran reputación que formaron á favor de su Nación y de los extranjeros en general.

Felicitémosnos de la incorporación de tan importante elemento de cultura á nuestra sociedad!



ARISTÓCRATAS Y PATRICIAS



Señoras: María Eugenia Escalada de de María, Manuela Aguirre de García, Juana Pueyrredón de Saenz Valiente, E. Casá de Puga, Mercedes Lasala, María Escudero de Masculino, Gertrudis Merlo de Llavallol, Pastora Botet de Senillosa, Bernabela Farías de Andrade, María Ignacia Agüero de Fernandez Agüero, Feliciana Ugalde de Maldonado y Antolina Visillac de Moreno.

El barrio aristocrático



Santo Domingo

La tradición colonial y patricia de Buenos Aires está representada aún por restos de sus mansiones de abolengo, hácia el Sur de la Plaza Mayo y alrededor de Santo Domingo, - el barrio aristocrático por excelencia,—antes, mucho antes que lo fuera el de la Merced.



El Norte aristocrático es absolutamente moderno, pudiendo decirse que fué Don Torcuato de Alvear con sus geniales transformaciones edilicias, el que le dió verdadero auge é importancia.

Pero en los tiempos á que nos referimos, el *barrio aristocrático,* como se llamaba, comprendía un perímetro reducido, abarcando San Ignacio, San Francisco y Santo Domingo,—y con éstos, el mayor número de casas solariegas habitadas por familias de fuste y figuración. Por entónces, la calle más central y mejor edificada, era la del

Rosario (hoy Venezuela) bordeada en su mayor estensión de casas de azotea, todas de un piso, y muy contadas con altillo ó mirador.

En este célebre barrio, que hasta el nefasto año 40 fué, puede decirse, el Saint-Germain de la aristocracia porteña, estaban la casa de los Luca, la de Correos, regenteada por uno de ellos y cuya esposa, la Señora Doña Isabel Casamayor, fué una de las mujeres más cultas de su tiempo; — la de Don Anto-



1820 — Devotas en el pretil de Santo Domingo, á la salida de misa.

nio Saenz, Rector de la Universidad, la del Doctor Darragueira, las de Esperón, Agüero, Sarratea, la del autor del Himno Nacional Don Vicente Lopez y Planes, la de Doña Pascuala Beláustegui de Arana, la de Doña Juana Cazón de Almeira, (antes de la Virreina Vieja) y cuya propiedad al morir, en 1848, dejó á la Cofradía del Santísimo Rosario, para que de sus alquileres se hicieran cuatro partes: una para el Hospital de Mujeres, otra para el de Hombres, una tercera para la Santa Casa de Ejercicios, de que era yá benefactora, y la última para que la misma Cofradía costeara la misa *de una* todos los domingos y fiestas de guardar en Santo Domingo.

Pero sigamos. Aquí estaban tambien, la casa de Don Félix de Alzaga, la de Doña Dámasa Caviedes, aún en la esquina frente á Santo Domingo, la de Doña Máxima Olmos de Tagle, la de los Martinez de Hoz, la de Belgrano, la de Don Eustaquio Diaz Velez, la de Doña Joaquina Izquierdo, la de Doña Severa Lastra, frente al Mercado Viejo; la de Huergo, al lado de la de Senillosa; la de Misia Mauricia Fernández de Coronel; la de la familia Andrade, contigua á la de los Gon-



Antiguo palacio Colonial de la familia Basavilbaso.
(Belgrano entre Balcarce y Paseo Colón).
Año 1760.

zalez Videla, la de Zapiola, la de Don Lorenzo Torres, la de la Señora Concepción Solsona, la de Ortíz de Rozas, la de la familia Lavalle, las de Zamudio, Botet,

Aguirre, Trelles, del Mármol, Braulio Costa, Tellechea, Murrieta, Palacios de Castellote, Carranza, Fragueiro, Larrea, Burzaco y otras, cuyo catálogo sería de nunca acabar, pero que formaban el vecindario más aristócrata é inmediato á Santo Domingo.

A pesar de las grandes transformaciones que se han operado en esta Capital, aún quedan en pié numerosas casas, en ese barrio, cuyos extensos patios



Antigua casa en la Calle Perú 469, conocida por la "Escuela de las Rodriguez."
(Año 1790)

y grandes habitaciones, cómodas y ventiladas, difieren notablemente de esas piramidales y estrechas construcciones de la actualidad.

Si alguien quisiere darse cuenta del tamaño, capacidad ó estilo arquitectónico de algunos de esos edificios ocupados por las grandes familias de entónces, visite,—que aún tiene tiempo para ello,—la casa conocida por *de las Abadesas,* hermanas Constanzó (Belgrano 450), edificada en 1780; la de Don Domingo Basavilbaso, introductor del lujo en la colonia, notable por su construcción, y que aún se vé en la calle Belgrano entre Balcarce y Paseo Colón, primera casa de aljibe; la yá citada de la *Virreina Vieja,* (Perú 381), donde está todavía el Banco Nacional de Préstamos; la del Señor Bernardino Rivadavia (Defensa 453) contigua á la de Filipinos, que hizo edificar el Señor de Lezica y Torrezuri, benefactor del Convento frente á su casa; la de Don Juan Vivot, sobre la *Vereda Ancha*, (Defensa esquina Mexico) haciendo cruz con lo que era Hospital de los Padres Betlemitas, más tarde Cuartel del famoso Alcaráz y actualmente Casa de Moneda; la de los Generales Balcarce, en la Calle de este nombre (Nº 161) edificada por el Comandante González Balcarce en 1770; la de la familia Elía, cuatro cuadras más arriba (Nº 521), también notable por su construcción, y que de un piso en 1775, aparece hoy como de tres, por el rebajamiento de niveles en la calzada; la de la Calle Defensa 153, reedificada en 1780 por Doña Fausta Fernández de Obligado, y en cuyos altos vive aún la octogenaria Señora D.ª Trinidad Obligado; la que le sigue, Nº. 169, donde hubo muchos años casa de remates por Bonorino; la de Doña Agustina López Osornio de Ortiz de Rozas, (madre del famoso Don Juan Manuel) frente al gran paredón de San Francisco, (N. 275) con sus grandes patios y corredores,—como las que aún abren sus pesadas puertas remachadas, sobre la misma calle, (Nos. 310, 336 y 350); —la que hizo edificar Don

Juan Bautista Elorriaga, frente á San Francisco, notable en su época, por ser *de altos*, como se decía, y ocupar una extensión considerable; la de Don Ildefonso Ramos Mexía (Bolivar 553) donde estuvo la legación inglesa en tiempos de Rozas,—luego refugio de éste cuando fué derrocado; la del Señor Ibañez, (Perú 196,) cuna de nuestro eximio poeta Don Ventura de la Vega; la de la familia Riglos, frente á la Plaza, (Bolivar 11) próxima á ser demolida, como la esquina inmediata de Urioste, y cuartujos á la vuelta, sobre la calle Rivadavia; la de la Calle Perú 463, que ilustra nuestro grabado, contemporánea á la del *Cantor de la Patria*, en la misma cuadra, recientemente reducida á escombros; la de la Calle Venezuela 469, ocupada actualmente por una carbonería,—y tantas otras que aún quedan en pié, y que formaban, en su época, el centro de los estrados más distinguidos de la brillante sociedad porteña de aquellos tiempos, inolvidables en los fastos de nuestra sociabilidad.

En otros Capítulos, recordaremos las tertulias que tenían lugar en las casas ricas de barrio tan aristocrático, y el numeroso grupo de beldades que á ellas concurrían.



Casa solariega de la familia Balcarce.

Casas opulentas

El barrio de la Merced

Si prescindiendo de la cronolojía y echándose en la inefable vía de los recuerdos, se piensa lo que eran las casas opulentas, los centros aristocráticos, los barrios de la sociedad decente, acomodada y pretenciosa, entonces la vieja ciudad ofrece otros aspectos variados y curiosos. Aspectos que no están descritos, que no se encuentran en los papeles viejos de los coleccionistas, por que pertenecen á la crónica oral, á la tradición, á esas conversaciones escuchadas al suave calor del brasero, allá en los inviernos de otras edades, ó más tarde oídas á los viejos que iban sobreviviendo á sus contemporáneos,—como el Doctor Mansilla, que se ha vivido casi un siglo de una sola hebra.

La ciudad en los tiempos que rememoramos, no era ni asomos de lo que ahora se vé. Tan pequeña era y tan poco poblada, que bastará recordar que los tunales y cercos de pita comenzaban en la calle de las Artes y del Buen Orden. Más allá de ese rádio, reinaba la pampa magestuosa, que no cruzaban por cierto los ferrocarriles y tranvías, los carruajes, automóviles y bicicletas, sinó

las *diligencias* de sopanda, tiradas por sendas parejas de mulas ó caballos.

Entonces se dormía la siesta patriarcal, y á las dos



Epoca colonial — Antiguo paredon sobre las barrancas del Socorro. (Libertad entre Avenida Alvear y Posadas).

de la tarde se suspendía todo comercio, por que era la hora de la comida, del reposo y de la pereza. Todo era, pues, embrionario, como si la ciudad se desperezase de las interminables siestas coloniales, cuyas tradiciones pesaban como el plomo.

Sin embargo, en medio de esta reducida población había familias ricas que vivían en la cómoda holganza, con numerosos criados esclavos para el servicio, teniendo algunas hasta carruaje, lo que yá era mucho tener en aquellos tiempos.

En la cuadra inmediata á la Catedral, contiguo á

lo que es hoy Banco de la Provincia, estaba la casa que fué de Don Francisco del Sar. En ella se comía diariamente en vajilla de plata: fuentes, platos, tenedores, cucharas, todo era del blanco metal, tan sólido que se decía que las fuentes y platos eran hechos en el Alto Perú, tan pesados y gruesos eran. Los muebles de la sala eran dorados y con espejos, alfombrada ésta como los dormitorios, y hasta había un Oratorio, donde tenía permiso para que se dijiese misa. Poseía además un coche con su tiro de mulas, que guardaba en una cochera de la Calle Cuyo entre San Martin y Reconquista. En ese pesado vehículo partía la familia para su Quinta, situada en las barrancas de la Recoleta, mirando hácia Palermo.

Esa Quinta, con sus ámplias galerías sobre la barranca, su escalinata de ladrillo, sus corredores interiores y sus muchas habitaciones, era el centro de reunión de una familia numerosa, de la cual Don Francisco del Sar era su fundador. Como el, otros tantos géfes de familia iban á sus Quintas cercanas, yá en los abrasadores meses de verano como en los templados días hibernales.

Al lado de la casa que fué de del Sar, estaba la de la antigua familia de Escalada, (hoy Collet y Llambí) cuyo salón, tapizado de damasco de seda amarilla, con doradas cornisas y cenefas con flecos de seda, cortinados en puertas y ventanas, espejos de Venecia con marcos de lo mismo, y el techo de madera blanca y dorada, presentaba un aspecto sério, lujoso y de buen gusto, con ese carácter típico de la riqueza y del bienestar.

El damasco y la plata entraban en los usos dómésticos, lo que prueba el lujo relativo á las costumbres de ese tiempo. Si hasta los catres tenían fi-

letes de oro y ropaje de damasco, esto justifica que había cierto esplendor.

La vajilla de plata para el servicio de las casas, fué muy general en la época de la colonia, entre la gente rica. Después pasó la moda.

La casa de Doña Mariquita Mendeville, (Florida 273, actualmente) nó solo era el centro de la mejor sociedad, sinó también una de las más lujosas. Su recordado salón, por el que desfilaron cinco generaciones, medía unas trece varas de largo por seis de ancho. Del centro del techo, enmarcado con riquísimo maderaje, pendía una magnífica araña de plata bruñida, cuya luz difundíase ámpliamente por todos los ámbitos del salón, tapizado artisticamente, así como los muebles de brocato amarillo pálido, y los cortinados y cenefas de igual color. Floreros y zahumadores en las rinconeras, altos espejos venecianos sobre consolas de pié de cabra, y la gran chimenea francesa en el centro, completaban el adorno de aquel suntuoso salón, donde hasta sesenta parejas llegaron á bailar, á un mismo tiempo, el minuet, la contradanza y la polka de variadas figuras.

La de Doña Flora Azcuénaga, fué tambien suntuosa. Sus extensos salones estaban tapizados de *tisús*, calentados en invierno, (á falta de chimenea, que apénas se usaba,) por grandes copones de reluciente bronce, prendidos con carbón de leña, colocados en medio de los salones, donde se quemaban las *pastillas de Lima*, que abundaban entónces, preparados así para recibir á la alta clase social y política, en esa gran casa que muchos alcanzaron, (Rivadavia esquina Florida) donde hoy está el Gran Hotel. Esta distinguida dama era una personalidad que actuaba tambien en la política, y sus opiniones eran respetadas y atendidas por aquello de que: "lo que la



1828 -- Quinta á orillas del Rio de la Plata, sobre las barrancas del Retiro.
Reproducción de un grabado sobre acero, por Julio Boilly, Paris, 1834.

mujer quiere, Dios lo quiere". A sus salones concurrían las más distinguidas damas y caballeros de su época.

Las grandes casas de los tiempos posteriores á la Revolución, se pueden apreciar por la que ocupó el extinguido Banco Nacional, edificada por el acaudalado Señor Don Francisco Ignacio de Ugarte, y que perteneció después á la familia de Alzaga. En esa casa, el *cojo Ugarte*, como le llamaban familiarmente, dió famosísimos banquetes, á los de Lúculo parecidos, que atraían á lo más granado de la sociedad de antaño.

La que hizo edificar Don Juan Martín de Pueyrredón, sobre el mismo solar donde hoy está el Banco Británico de la América del Sud, (Piedad y Reconquista), como la que mandó construir sobre las pintorescas barrancas del Socorro, fueron suntuosas para su tiempo y para la población de entónces.

La de Don Miguel A. Gutiérrez, (San Martín esquina Cuyo), fué demasiado lujosa para aquella época. Los carruajes entraban por la actual portada, (Cuyo 487, sobre la que aún se lée: *Año 1831)* y podían descender al pié de la gran escalera. Las caballerizas y cocheras interiores tenían mucha comodidad. El comedor, sala y galerías del primer piso, eran relativamente suntuosas y muy espaciosas: un verdadero hotel á la francesa, digno de tan acaudalado comerciante.

La de Mr. Robertson, en la calle San Martín,—y que creemos pertenece todavía á la familia Iturriaga, era tambien lujosa. Cuando el General Alvear la compró á su dueño, en el inventario figuraba la gran chimenea de mármol de Carrara, valuada en seis mil pesos fuertes. Este hecho prueba que había lujo en su edificación, aunque era de un sólo piso. Despues, fué reedificada.

La del Señor Don Francisco Piñeiro, en la Calle Florida 169; la de Achával, Rivadavia 531; la de Ezcurra, Cuyo 643, y las de Anchorena, Tejedor, Uribelarrea, Frías, Guerrico, Ibañez, Garrigós, Llavallol, Quintana, y otras tantas en ese antiguo barrio de la Merced, eran verdaderos hoteles con todas las comodidades europeas, diferentes de la edificación urbana del género español.

Más tarde el General Don Angel Pacheco hacía construir la suntuosa propiedad que tanto llamó la atención en su tiempo, y que aún puede verse en la Calle San Martín 172, actualmente ocupada por infinidad de escritorios.

No es posible hacer una lista de todas las casas que por su arquitectura, distribución y confort, eran las primeras y más notables que iniciaban la revolución arquitectónica contra las tradiciones de la edificación urbana colonial, pero con las enunciadas basta y sobra para darse idea de lo que eran los viejos barrios aristocráticos y las mansiones que los componían.



Uno de los primeros chalets, levantado en la Avenida Alvear.
(Antigua Quinta de los Olivos)

Arqueolojía cocheril



Por cierto que en los tiempos de cuyos usos y costumbres nos venimos ocupando, el hoy aristocrático paseo de Palermo, con sus ámplias avenidas macadamizadas, no existía aún como se comprenderá, y por lo tanto, el andar en coche carecía de atractivo.

No había ni siquiera....calles pavimentadas, y las muy escasas de una, dos ó tres cuadras de largo, á lo sumo, estaban tan mal empedradas con piedra de Martin García, desigual y brutalmente quebrada, que nadie quería aventurarse en coche por ellas.

Así, los que tenían carruaje, lo sostenían más bien por necesidad que por lujo. Y sin embargo, y bien que no lo usaran con asáz frecuencia,—puesto que las distancias no lo hacían indispensable como ahora,—tener coche á la puerta era una de las más constantes aspiraciones de la aristocracia,—de la antigua nobleza española,— como signo de fortuna y distintivo de alta entidad social y de positivo bienestar.

Sin pretender remontarnos al primer carricoche, cochecillo ó volantin, á tartana parecido, que introdujo al país el Gobernador Zabala, ni á la carroza de los Virreyes que le sucedieron, ní ménos á la del *Santisimo* que donára para este uso el filántropo señor de Otálora,—solo recordaremos que en los últimos años del siglo XVIII, habían empezado á usarlo, al par que altos funcionarios de la colonia, familias antiguas y acomodadas, tales como las de Aoix y Larrazábal, Irigoyen, Lezica, Capdevila, Basavilbaso, Gainza, Acassuso, Uriarte, del Pino, Lajarrota, Santa Coloma, Igarzabal, Arroyo, etc. etc.



Primer carruaje en Buenos Aires (Año 1726).

Un poco más tarde, las de Villanueva, Riglos, Escalada, Sarratea, Saenz Valiente, Del Sar, Ortiz de Rozas, García Zúñiga, Pueyrredón, Anchorena, Beláustegui, Cano, Llavallol, Elortondo, Arana, Obarrio, Pacheco, Bilbao, Cazón, Gutierrez, Castex y una que otra familia más, poseyeron también sus coches, (el cochero y caballerizos eran negros, por lo general) en los que partían para sus Quintas, famosas en aquella época, á lo largo de la costa, donde pasaban el verano, bajo los corredores de aquellos edificios conventuales, grandes y mirando hácia el rio desde sus pintorescas barrancas.

Eran estos coches unas pesadas máquinas de madera, verdaderos armatostes, de diferentes formas y colores, arrastrados por una pareja de mulas, con el conductor, muchas veces, montado en una de ellas. En aquellos tiempos el uso de mulas era universal, y háse atribuido á efecto de alguna ley suntuaria prohibitiva

de los caballos, pues sólo el Virrey tenía derecho á usarlos. La primera familia que los ató después á su carruaje, fué la del Señor Ortiz de Rozas, ejemplo que no tardó en ser imitado por las más pudientes.

Hasta 1830, hubo en Buenos Aires escaséz de carruajes, y ménos para alquilar. La primera cochería establecida aquí, algunos años antes, era la de un pardo ó mulato, llamado *Maestro Roque*, quién la tenía en la Calle Santa Clara (hoy Alsina) entre Lima y Salta, frente por frente á la puerta en cuya casa vive todavia, rodeada de nietos y nietas, la virtuosa señora Angela Obligado de Belgrano.

El Maestro Roque, á fuerza de constantes trabajos y ahorros, habia logrado hacer fortuna. Esta fué, sin duda, la que le perdió, pues el diablo que en que-



1820.—Dilijencia de sopanda en los suburbios.

riendo tiene muchas argucias, le tentó por las grandezas, echándolo todo á rodar. No sólo era el único carrocero que había entonces, sinó que tambien era maestro de piano, como la mayoría de pardos y mulatos.

Y como decíamos: se le metió entre las cejas y el tricornio, obtener un título de nobleza, y mandó á España á buscar el *Don*. Bien caro lo pagó, aunque se salió con la suya. Llególe el título tan ansiado,

más la maledicencia, que siempre es jóven y no envejece, cebóse en él con tanta saña, que nó sólo chocábanle al pasar viejas, mozos y pilluelos, con aquello de:

"La Habana se vá á perder
la culpa tiene el dinero!!.

sinó que en vez de llamarle *Don Roque*, como él lo pretendía, le llamaron *Roque Don*.... maldad que le afectó muchísimo, muriendo meses despues.

Un poco antes, Don Jorge Morris, inglés y fabricante de carruajes, á la moderna, se establecía entre nosotros en la calle *25 de Mayo*, á espaldas de la Merced, y con mas amor al trabajo que *Roque Don* á los pergaminos, logró en breves años hacerse de una posición bastante desahogada.

Otros más vinieron despues, pero como no es nuestro ánimo hacer un estudio definitivo de la industria carrocera en Buenos Aires, diremos para terminar y como apuntamiento curioso, que de la treintena de coches y semi-coches que rodaron por aquellos tiempos dando tumbos y vuelcos entre charcos y pantanos, la tradición recuerda el de la *Virreina Vieja*, con sus cuatro pares de mulas á la Dumont, guiado por el mismo *Roque Don* y en el que la Señora del Pino, acostumbraba llegar á la chacra de su nombre; el del Señor Obispo Medrano, tan célebre y achacoso como él, pintado de colorado rabioso; la berlina fileteada de amarillo, en la que Doña Flora Azcuénaga iba todas las mañanas á misa de 10



Por la Calle del Empedrada.
Dib. de E. Holmberg (h).

en San Francisco; el muy lujoso color chocolate de Doña Ana Pantaleon de Fragueiro, infaltable á la de *una* en San Ignacio,—y otra porción más, que como los que iban á Palermo de San Benito, semejaban verdaderas paletas polícromas,—tal era la variedad de pinturas y colores superspuestos en sucesivos toques y retoques.

Hoy ¡quién lo hubiera dicho entónces! todo el mundo goza de este lujo, y el pobre como el rico, el proletario como el banquero, gustan de ir *arrastrados*, yá en coche propio ó en uno de alquiler.

¡Cuanto hemos progresado á este respecto, desde *Roque Don* hasta Don Marcial Mirás, excelentísimo Señor Marqués de no sé cuántos, quién por no ser ménos,—mejor dicho, por ser más que su antecesor,—se trajo de la misma procedencia un título de Marqués con todos sus chirimbolos.



Alrededor de la mesa

Los menús familiares

A los ingleses,– fuerza es decirlo!—como á otros extranjeros que aquí llegaron y se establecieron, responden no pocos de los adelantos de que hoy gozamos.

El espíritu innovador de la revolución francesa influyó poderosamente en el cambio de costumbres y en la transformación de las ideas por estas latitudes; pero muchas de ellas, inaplicables dada la diferencia de escenarios, tenían más de pegadizo y artificioso que de otra cosa: podía compararse su adopción á lo que en el terreno poético, ocurrió posteriormente con los imitadores sud-americanos de Byron y Quintana. El verdadero cambio de usos y modos de sentir y de pensar se debió á los hombres que nos enviaba el viejo mundo.

Los aludidos ingleses, llevaron el convencimiento

á los espíritus fuertemente penetrados aún del de la colonia, que la vida podía ser más cómoda y agradable, aprovechando todas las ventajas del *confort* europeo, y que el refinamiento intelectual de los hombres, no puede apreciarse exclusivamente por el traje, sinó que debe trascender hasta á las distracciones.

Desapareció la Plaza de toros, construida de ladrillo y en la que podían caber diez mil personas; las damas abandonaron la apestosa costumbre de fumar, —si bien la clase elevada lo hacía con gran recato,— y se modificó un tanto la lista de manjares que hasta entonces eran ornato de la mesa y alegría de los estómagos.

Pero, en los tiempos á que venimos refiriéndonos, la cocina familiar se conservaba todavía puramente española, gracias á que no se conocía la extranjera.

Los alimentos, si bien sencillos, eran suculentos, y no se sabía de esa infinita variedad de salsas, condimentos y brevajes que el cosmopolitismo culinario de hoy hace pagar caro los placeres del paladar.

A pesar de su monotonía, la cocina de nuestros abuelos era sabrosa. No se ha hablado aún bastante de los platos favoritos de los criollos, entre los cuales descollaban la humita de chala, la carbonada, el locro, y la inolvidable mazamorra con leche. Ménos, de los vinos, reclamados á toda hora por el núcleo de buenos consumidores. El vino carlón se llevaba la palma, y si tal preferencia no acusaba refinamiento, esa bebida á lo ménos, no tenía adulteración.

Fueron de mejor condición ciertos postres, y los productos argentinos se saboreaban patrióticamente. Las tabletas de Mendoza, el arrope, y de cuando en cuando, para los que tenían buenos dientes, los confites de Córdoba, se exhibieron ante la avidez de los golosos.

Desde las famosas empanadas, con recado para cuaresma, hasta las *tortitas de Morón*, y buñuelos salpicados con miel de una botella tapada con un maslo,—á falta de corcho,— y con que se chupaban los dedos los muchachos raboneros de la escuela de Barbosa, no faltaba nunca para el goloso, emjambre en qué escojer.

Las confiterías, que en comparación de todo esto han sido templos del arte y del buen gusto, se esmeraban en los ramilletes, invariablemente adornados con *cabellos de ángel*, preparados con huevo, imitando su rubicundez.

El verano se pasaba haciendo sacrificios á Pomona, esa divinidad de los huertos. Frutas exóticas han destronado algunas, consagradas por el apetito ó por un uso inmemorial. Ahora se ha abandonado injustamente la sandía, que reinó luengos años como supremo refrigerante,—y los higos que participaron de los honores de la predilección, en tiempos que se escuchaba con simpatía la apología de las brevas.

Como complemento de lo que venimos tratando, no debemos omitir una breve descripción siquiera del comedor de antaño. Espacioso por lo general, durante muchos años se mantuvo siendo simplemente una pieza desprovista de todo adorno y de cuanto pudiera llamarse *confort*. Sin embargo, recibían en él á cuantos llegában á la hora de almorzar, comer ó cenar, con ese franco agasajo y afabilidad peculiar á nuestro país, y sin ruborizarse por la escasez del mueblaje.

La mesa cubierta con un mantel de algodón, no contenía ni bandeja para el pan, ni salseras, ni ensaladeras, ni mostaceras, ní lujosas salvillas, ni tanto otro apéndice que hoy se hace indispensable en nuestra mesa moderna. Las campanillas tampoco se usaban

para llamar á los sirvientes; lo hacían por su nombre, ó golpeando las manos.

Mientras se comía,—lo que por muchos años se hizo á las dos de la tarde, *al toque de la campanita de San Juan*,—la puerta de calle permanecía cerrada, con esta particularidad: que estaba abierta todo lo restante del día y hasta muy tarde de la noche.

En la mayor parte de las casas de familias decentes ó acomodadas, al sentarse á la mesa, la persona de más respetabilidad, decía:

"Dadnos, Señor Dios mio, vuestra santa bendición, y bendecid tambien el alimento que vamos á tomar para mantenernos en vuestro divino servicio. Padre Nuestro, etc."

Y después de haber comido:

"Os damos gracias por el manjar que nos habeis dado, esperando que así como nos habeis concedido el sustento corporal, os dignaréis tambien concedernos un día la eterna bienaventuranza. Padre Nuestro, Ave María y Gloria Patri."

La distribución del horario doméstico para todo el servicio, era completamente diferente del que hoy rije. En la estación de los calores, comíase más temprano, y pocos había que despues de alzados los manteles no echaran su *siestita*, que algunos prolongaban hasta que *bajase el sol.* Había gran número de ciudadanos pacíficos que pasaban vida patriarcal, aunque observadores exactos de los vientos reinantes, que consultaban en las veletas de alguna azotea vecina.

Como la *siesta* era cuestión de muchas horas para algunos, en aquellos tiempos en que la vida era fácil para todos y poco había que afanarse, no era extraño oir quién dijese:

—"Ayer me acosté á echar mi siestita, y dormí

hasta la oración; me recordé, tomé mate y volví á dormir hasta hoy, sol alto!"

¡Qué tiempos y qué vida en aquellos años de insondable ociosidad! Entonces todo el arte de la vida consistía en acortar su inconmensurable duración: de día, por la siesta, este sueño de la pereza; de noche, por la cena, este sueño de la gula!



De mantel largo



Comilonas y convites

A fin de complementar el tema del Capítulo anterior, nos ocuparemos en éste, aunque someramente, de los grandes convites ó comilonas con que se festejaba en aquellos tiempos el *santo* ó ***cumpleaños*** de alguna persona.

Pocos rasgos como los que consagraban tales actos, pueden dar idea más cabal de las costumbres de esa época en materia gastronómica.

¡Qué lujo el de aquellas mesas en *días de mantel largo,* y qué manjares! Qué franca cordialidad y alegría entre los comensales!

En estas fiestas, los dueños de casa solían echar la casa por la ventana, y como á ellas asistía, por lo regular, mayor número de convidados de lo que se había previsto, resultaba que la vajilla andaba siempre escasa,—por lo que, platos, fuentes, cucharas y otros utensilios, había que pedirlos prestado á la vecindad. Pero la costumbre era tan inveterada, que todo el mundo contribuía con la mejor voluntad.

El servicio de la comida se hacía luego de tomar asiento los comensales, á lo castellano viejo, empezando, como era de práctica, por la sopa, *espesita*, de pan, arroz ó fideos, á la que se agregaban huevos "caídos ó estrellados", á razon de uno ó dos para cada invitado.

Terminada la sopa, aparecía el fenomenal puchero, servido por numerosos criados, prestados tambien, por las vecinas de más confianza, sin que ninguno diera en bola. El puchero era la antigua *olla podrida* de la época colonial, plato muy suculento como todos saben, compuesto de excelente carne de *pecho* ó *cola,* con una ó dos gallinas, arroz, garbanzos, zapallo, tocino, chorizos y morcilla. Todo esto se servía en platos por separado, acompañado con salsa de tomates y cebollas cocidas, para que cada uno tomase lo que sabía mejor á su gusto.

Al puchero ó *cocido*, seguían el *quibebe* (zapallo hervido y machacado), el estofado con pasitas de uva, la clásica y sabrosa carbonada, los enormes pasteles hechos cocer al horno en la misma fuente y en la panadería más próxima, los que se servían con su pintoresco y apetitoso relleno compuesto con presas de pollo, huevos duros, pasas, carne en picadillo, cebollas, aceitunas, etc.

Venían despues ó antes, las *humitas* en chala, ó el célebre pastel de choclo, que se servían como platos de *verdura* ó de *entremés,* para esperar la anhelada aparición del pavo, cebado en el espacioso corral de la casa, desde un mes antes, con nueces enteras, que le endilgaban á viva fuerza por el gañote.

Por fin, terminadas las descargas *de la gruesa artillería,* desfilaban los pastelitos de natilla, la *leche-crema*, (como la llamaban), los dulces de membrillo, durazno, batata, tomates y otras compotas de elabo-

ración doméstica, que eran como para chuparse los dedos de puro ricas.

Un rato de emoción intensa sentíase cuando aparecían los criados con los regalos de los amigos, que consistían en fuentes de dulces, ramilletes, confites y yemas quemadas,—regalos que á su turno eran correspondidos, al devolver las fuentes y demás piezas prestadas, con el mensaje obligado de agradecimiento, para lo cual se comisionaba al negrito del coscorrón, ó á la mulatilla más ladina de la casa. Estos mensajes, eran uno de los rasgos más salientes de la costumbre:

—"Manda decir mi amita, que cómo está su mercé, y el señor,—y cómo están los niños....que le dá las gracias....y que aquí le devuelve á su mercé, las fuentes con estos dulcecitos, para que participe su mercé de la fiesta y los tome con los niños.... y que porqué no ha asistido su mercé....Ah! y dice mi amita que si puede mandarle los moldes del vestido que le trajeron de Uropa á la señora de Tomson, que se los devolverá pronto...."

Y al decir este último recado, entregaba las fuentes ó los platos colmados de dulces....los cuales eran el regalo obligado de todas las relaciones y amistades de la persona festejada en su santo, regalos que á granel y en procesión llegaban de todas partes.

Las bebidas espirituosas que se solían servir en estos banquetes ó convites, así como en la mesa de familias pudientes, eran, hasta el año 40, el rico vino carlón, que sabía á gloria, y los aromáticos de Jerez y Oporto, únicamente, por que el vino criollo, que era muy malo y lo llamaban *mistol,* algunos decían que los vendedores lo fabricaban con *arrope* diluído en agua turbia del Rio de la Plata. De entónces, sin duda, es que data aquella chuscada que dice:

"Bueno es el vino, cuando el vino es bueno; pero, el agua! cuando es pura, limpia y cristalina.... me quedo con el agua y dejo el vino!"

Entónces, no se conocía mucho el champagne, pero tampoco era indispensable, como lo es hoy día, para que se manifestára la más franca alegría al revêntar las gruesas de cohetes de la India, de que estaban colmadas las pulperías, y que los niños y criados de la casa solían quemar con gran alborozo en honor del festejado.

Con el tronar de los cohetes estallaban simultáneamente los *brindis*, vaciados generalmente en un mismo molde y limitándose casi siempre á la fórmula de "desear que en igual día del año venidero, estuviesen reunidos todos otra vez, y gozando de perfecta salud." Si era en tiempos de la esclavitud, y aún despues, en el de la *criada de confianza*, hasta á *tía María* ó *tía Francisca*, la metían en danza, haciéndola brindar en su media lengua, sin olvidar aquello *del año que viene*, etc.

Pero había sus excepciones: en cierta clase de familias, cuando era la señora, y especialmente la niña la del cumple años, no faltaba algun jóven con ribetes de poeta, que al levantar su vaso, le espetara alguna cuartilla como la adjunta:

Le presénto aquí este brindis
Dirijido á su persona,
Si Vd. recibe este brindis
Me pone Vd. una corona.

tan disparatada como esta otra:

Ahí le presento este brindis
Guarnecido de matices,
Con un letrero que dice:
" Que los cumpla muy felices!"

cuartetas ambas del mismo estro poético que la que le endilgó á Don Pedro Plomer, en un convite, el

capitán de la fragata mercante *Eloisa*, quien á las voces de "que brinde el Capitán", exclamó:

Oh! qué tiempos aquellos tan dichosos!
Y éstos, cuán calamitosos;
Pero, señores, cómo ha de ser!!....
Brindo por Don Pedro Plomer.

Y trás una *andanada* como ésta, estallaban los aplausos de la concurrencia, con igual entusiasmo que si hubiesen saboreado una estrofa impecable.

Despues... á bailar, esperando todavía el chocolate de la despedida, con la buena música, al piano, tocada por uno de esos mulatillos que, como Marradas ó Espinosa, hacían dar traspiés hasta á los más recalcitrantes, que eran muchos, aunque nó tantos como al presente.



Cosas de negros

Pastelería

SIGUIENDO la costumbre tradicional entre nosotros de prolongar la mesa despues de cada comida, aprovecharemos la oportunidad del tema que venimos tratando, para darnos el gusto de una *sobremesa* con nuestras lectoras.

No teman hagamos *cosas de negro*, como á primera vista parece indicarlo el epígrafe de estas líneas. Nos referiremos simplemente á ciertas aptitudes, modalidades y ocupaciones características de esa desventurada fracción del género humano, conocida por la *raza de color.*

Antes y despues de la Independencia, durante la esclavitud como en la libertad, veíanse diseminados los negros por todas partes: en la ciudad, en las quintas, en las chacras y aún en las estancias. Parece que eran aptos para toda clase de trabajo. Había cocineros, mucamos, cocheros etc. Todos los changadores pertenecían á esta raza, y ¡oh, contraste del color! la mayoría de los blanqueadores de la ciudad, eran negros ó mulatos, como los maestros de piano. A estos últimos pertenecían Marradas, Espinosa, Navarro y Roque Rivero, conocido por *Roquito.*

Había casa pudiente en que se contaba más de una docena de negros esclavos; ignoramos qué clase de ocupación podría dársele á tantos.

Despues de la libertad de vientre, la suerte de los negros mejoró notablemente, si bien, en honor de la verdad debe decirse, que en nuestro país, esclavos ó libertos fueron siempre tratados con verdadero cariño... aunque andáran mal vestidos. Más adelante solía verse, especialmente los domingos, uno que otro ataviado con los despojos de sus amos, presentando muchas veces, una figura ridícula. Por excepción, en casa de algunas familias pudientes, se veían negras jóvenes perfectamente vestidas y calzadas, sentadas en el suelo, cosiendo inmediatas á sus amas en el *estrado.*

Bastante industriosos y bien inclinados, el tratamiento que los negros daban á los blancos, era de *su merced,* agregando muchas veces la palabra *el amo*, aún cuando la persona con quien hablaban no fuese tal amo.

Aquellos que no se ocupaban de trabajos más fuertes, se empleaban en vender pasteles por la mañana, y tortas por la tarde y noche. Había algunos que, como *Tío* Domingo, con su *tipa* de *tortas calientes* y un pequeño farol, ocupaban puntos determinados, y... ¡admírense nuestras lectoras! los había estables en las esquinas de Cangallo, Rivadavia y Victoria, en lo que hoy son las célebres y aristocráticas Calles de la Florida y del Perú.

Y admírense aún más, en saber que las señoras, al retirarse de alguna visita, de la Iglesia ó de su paseo nocturno, se acercaban á las *tipas* del *marchante,* quién les llenaba el pañuelo de las sabrosas tortas que, la verdad sea dicha, se han perdido como otras muchas cosas entre nosotros.

Hoy, ¡qué señora se inclinaría ante una tipa de

tortas fritas, confeccionadas por su propia nodriza?... Quién haría semejante cosa en esta gran ciudad aristocrática por excelencia?... ¡Ninguna!

Pero entonces, la actual Calle de la Florida, era la humilde *Calle del Empedrado*, y todos se trataban con la mayor confianza, usando de esa franqueza hidalga y sin doblez que tanto caracteriza á la caballeresca raza española!

Si alguno de nuestros jóvenes lectores hubiese saboreado las rosquillas de maíz, ó las tortitas de Morón, ó los alfeñiques de la *Tía* Marica, ó los pasteles de las Granados, ó los alfajores del negro Domingo, todavia se chuparian los dedos. ¡Qué se ván á comparar las empanadas de ahora, con las de entónces! Ni las masitas del *Molino*; con las del *Puente de las beatitas!*

A propósito de empanadas, referiremos una graciosa anécdota, en que fué protagonista el padre de Don Federico Tobal, que muchos de los viejos de hoy alcanzarían en sus mocedades.

Una mañana, bien temprano, se dirijía el anciano Señor Tobal, como de costumbre, á San Francisco, cargado de rosarios, escapularios y devocionarios. Entregado por completo á sus oraciones, vino á sacarle de su mística ocupación el mulato Pastor, quién hincándose al lado de su patrón, y golpeándose el pecho, le dijo bajando la voz y la cabeza, con aire contrito:

—Manda decir Don Gregorio, que dónde se venden las empanadas de que le habló anoche.

—Calláte, muchacho!—refunfuñó entre dientes el Señor Tobal, al mismo tiempo que se golpeaba también el pecho y hacía pasar las cuentas de su rosario,—¡no me tientes, por Dios!

Pero el mulato impertérrito, seguía diciendo:

—Dice que le mande decir dónde....

—No me tientes, te digo!... *Ave María gratia plena...!*

No me acuerdo, por los clavos de Nuestro Señor Jesucristo!..

—Es que dice... que está muy deseoso... que se las ha ponderado tanto...

—Salí, diablo!... en la calle de.... frente á lo de.... *¡Dios te salve, María* .... casi en la esquina... una puerta pintada de...! Salí mandinga, te digo!... *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros.... Amén!*

Y se levantó presuroso, dejando la misa á medio decir, seguido de su fiel mulato, pues la boca se le había hecho agua al recordar el caliente juguillo que se escapaba del suculento relleno, cuando le hincaba el diente á las empanadas de que él era, á la vez, propagandista y consumidor.

Entre los más famosos expendedores de golosinas tan ricas como las que hemos nombrado, se recuerda al *negro Domingo,* que se establecía con permiso de su *ama vieja*, como él llamaba á Doña Flora Azcuénaga, en el zaguan de su gran casa al toque de oraciones, con su canasta y su farolito de vela de sebo, colgado en el mismo bastón ó palo en que se apoyaba para caminar y vender sus célebres alfajores,—y á la mulata coja Ña Micaela, que por la noche se situaba frente á la mercería de Yañiz, poniendo su banco en el zaguán, y en el borde de la vereda una mesita baja con un farolillo, enseña de que allí se vendían sus riquísimas rosquillas, dulce de coco en panecillos cuadrados, alfeñiques, tortitas de morón y otros productos del amasijo de sus patronas, señoras pobres y honestísimas que vivían de aquella industria, como otras vendían dulces.

Así fué como Doña Albina Alcaráz de Castex, haciendo bollos y tortitas salvó sus dificultades domésticas, y al dejar ella de necesitar de su trabajo, pasó la receta de sus bollitos á Doña Carlota

Murga, la que más tarde se la cedió á Doña Josefa Tarragona de Paz, viuda de Don Luciano Paz. La receta de la señora de Murga le valió mucho éxito, como á su antecesora.

Más tarde, un vasco llamado Pancho, peón de la señora de Paz, puso una masería y á los bollos les dió el nombre de *bollitos de Tarragona*, con el que han llegado á nuestros dias, que como es de suponer, están muy lejos de parecerse á los que esta señora hacía. Tal fué el origen de los populares bollitos.

Pero, terminemos con Ña Micaela. Armada de un pequeño plumero para quitar el polvo que levantaban los paseantes, no cesaba de hablar, mientras recojía sus *reales*, producto de la venta. Era una de las últimas lucecitas que desaparecían de la calle Victoria entre la Plaza y la actual calle Bolivar. La buena de la mulata, conocía á todos por sus nombres y al pasar, decíales:

—Buenas noches, Don Pepito! ¡Dios guarde á la Señora Andrea! ¡Qué lindas están las niñas! ¡Adios niña Aguedita! Memorias á todos.

Era una cotorra aquella! Si era coja, tenía una lengua infatigable, pero inofensiva. No sabemos si á veces pudo servir de estafeta ambulante entre las buenas mozas y los despiertos galanes, pero el caso es que ella conocía á todos.

¡Es verdad que entonces todos se conocían y se saludaban, aunque más no fuera, con una simple inclinación de cabeza!

El número de negros, ha ido disminuyendo gradualmente, y hoy son verdaderamente escasos. Se vé acá y allá algún veterano como representante de la raza que se vá: un monumento que el tiempo ha carcomido.

Modas femeninas

El tocado de las Señoras

CADA vez que pensamos lo que era la antigua sociedad porteña, y la comparamos con la de ahora, parece como si el alma se nos pusiera triste.

Antes, la sociedad era modesta, y en torno del brasero, al olor del zahumerio de las *pastillas de Lima*, se contaban las buenas crónicas, interin las señoras jugaban al tresillo tranquilamente,—mientras que hoy está reemplazada por la lujosa chimenea de mármol con el chisporroteo del carbón de piedra, que en vez de atraer, aleja la sociedad.

Qué tiempos aquellos, y qué porvenir para los que ahora son niños! Qué sencillez de costumbres y qué economía en los trajes y vestidos! Entónces los hombres, gastaban un traje al año y...... gracias: frac, pantalón y chaleco, y siempre frac, tan sério y tan grave! Por encima, en invierno, la gruesa capa de paño color pasa, que no sólo servía de abrigo, sinó que tambien se prestaba para llevar debajo de ella, velas de sebo, carne, pescado, verdura, etc.; al par que para actos de galantería,—tan recordados, como

los de Don Miguel Riglos, quien en plena calle la estendió sobre un mal paso, para que cruzára á la acera de enfrente una de las más bellas damas de su tiempo.

Ahora todo es mudable. Cada estación exije vestido nuevo, género diverso, forma distinta, y nunca se salda la cuenta con el sastre ó con la modista. Aún no ha dado ésta la última puntada en la *dernière nouveauté*, cuando yá viene otra surcando los mares á dar ocupación á la máquina y á sus dilijentes dedos............

Pero, dejemos de lado estas reflexiones que nos conducirían muy lejos, y hágamos crónica.

Durante muchos años, el vestido corriente de las señoras, fué á la española, y en honor de la verdad debemos decir que era elegante y airoso. Por regla general, era de seda clara y algodón, con gran profusión de encajes que, en lugar de ocultar, hacían resaltar los contornos del seno. No usaban ni cofias ni sombreros para aprisionar su abundante y suelta cabellera. Usaban, en cambio, una enagua ó basquiña que apénas pasaba de la rodilla, terminada por un velo de encajes que raras veces ocultaba á la vista la franja amarilla de las ligas adornadas con borlas.

Para las reuniones, la enagua era de tafetán de varios colores, ricamente adornada con guarniciones ó encajes amarillos, la que no obstante llegar hasta los piés, estaba calculada para ocultar ó descubrir á intervalos la forma de la pierna, cubierta con media de seda, que ostentaba un caprichoso bordado amarillo.

Usábase también una especie de chaqueta de rico terciopelo, muy armada, abrochada delante por medio de botones ó lazos, con largas puntas que caían alrededor de la enagua y de cuyos estremos pendían perlas, y una capa de gasa ó de género de algodón

MODAS FEMENINAS



Como una verdadera curiosidad, reproducimos esta lámina que representa á una dama de campo, estanciera rica, al parecer, y que por incidencia, encontramos en una obra voluminosa, titulada *Costumes Historiques*, editada en Paris el año 1874. A su pié, se lée esta inscrípción: *Femme de la campagne, dans les environs de Buenos Aires: 1839.*

muy fino que llegaba hasta el suelo, y en ocasiones se sostenía en uno de los costados por un broche de piedras preciosas, y con el cual se cubrían ó descubrían á voluntad.

El seno lo ocultaban lujosamente con toda clase de adornos, encajes, cruces y joyas. El principal de estos adornos consistía en una placa de oro redonda ú ovalada, colocada en el centro y sostenida por una ancha cinta que pasando por la espalda y por debajo los brazos formaba una banda alrededor de la cintura.

El tocado de gala de las señoras distinguidas, lo completaba una especie de mantilla, consistente en un pañuelo de gasa amarilla con enlaces de diamante ó cadenas de oro, y con el cual se entrelazaban sus lucientes cabelleras rubias ó negras.

Sin embargo, años después las señoras de Buenos Aires, dieron en adoptar un traje intermedio entre la moda inglesa y la francesa, conservando naturalmente la *mantilla*, la que siempre les dió un carácter especial. Jamás se veía una dama porteña con sombrero ó gorra, ni aún cuando cabalgaba, amazona en brioso corcel,—circunstancia en la que vestía ropón y sombrero de castor.

La *mantilla*, era por lo general un paño de seda que medía una vara de ancho aproximadamente en el centro y vara y media de largo, cortada en punta por sus dos lados y terminando con una borla. Se usaba cubriendo la cabeza y el cuello, cayendo sus estremos sobre el pecho. Para sostenerla, no se empleaban broches ni alfileres: se sujetaba artística y graciosamente bajo el cuello con las manos ó con la punta del abanico, adminículo del cual la porteñana carecía jamás, pués sabía emplearlo con suma des-

treza para ocultar sus lindos ojos, ó descubrir la cara según las circunstancias.

Usaban además infinita variedad de pañuelos y chales con que se cubrían la cabeza al descender la temperatura, y bajaban á la espalda, cuando el sol merecía ser llamado de justicia.

Había un tapado que llamaban *rebozo*, muy general entre las sirvientas ó criadas. Este tapado era de bayeta con mucha frisa; casi siempre color pasa. Las



Las modas de la colonia - Señoras haciendo compras.
Dib. en acero de J. Boilly.

señoras dieron en usarlo: eran de mejor calidad, ribeteados con una ancha cinta y forrados de seda ó algún género de lana. En casa, era el tapado de privilejio, y á veces aún salían con él, cuando iban de visita, y particularmente en las crudas noches invernales. Medía como dos varas y media de largo por una de ancho, y se empleaba del mismo modo que la *mantilla*. Esta sólo la usaban las señoras.

El traje de iglesia, conservó aún muchos años despues de la Revolución, su carácter eminentemente español; era siempre de seda negra y se usaba con

media de seda blanca y botines de satin de igual color. Entónces se consideraba chocante y de mal gusto, asistir á funciones de Iglesia con trajes de colores claros. A veces, usábase un velillo blanco,—color que por excepción sólo se empleaba discretamente en los vestidos de las jóvenes, para evitar que resultasen tan severos como los de las señoras, aunque en lo demás fueran iguales.

Como se vé, y prescindiendo de una que otra aberración, el traje de las señoras, en la época que podemos llamar revolucionaria, era muy sencillo al par que elegante. Aún no habían hecho irupción entre nosotros, las gorras y sombreros ingleses, ni las *altas novedades* de Paris.

Pero, el *figurin* europeo, no tardó en aparecer, y el temible *enemigo*, después del año 20, era esperado en Buenos Aires con avidez extraordinaria. Con rapidez increible empezóse á suceder entónces al vestido corto, el inmensamente largo; el angosto de "medio paso" era seguido por el de veinte paños; los talles cortos, luego los largos, como todo en las modas, tocando los estremos: trajes estirados, trajes con tablones, voladones, etc; desde una sóla enagua, hasta catorce ó dieciseis; mangas anchas, angostas, á medio brazo, largas; mangas globo, mangas con buche, rellenos con lana, algodón ó lo que caía á la mano; los miriñaques, los tontillos, polizones, etc.

En cuanto á gorras, pamelas y sombreros, sería imposible describir la variedad en su nombre, forma, tamaño, colocación, con velo ó sin él. Baste decir que se han cambiado y siguen cambiando con tanta frecuencia como en cierto tiempo los gobernadores de Buenos Aires.

Hoy, que la mujer argentina ha adquirido el supremo gusto de los trapos y de las cintas, de las

flores y de los adornos, más sólidamente fundada que la sentencia gastronómica de Brillat-Savarin, sería la que expresase:

"Dime como vistes y te diré quién eres."



De piés á cabeza.

Zapatos y peinados.

CAMBIOS notabilísimos ha sufrido al traje femenino, desde que se hallaban en uso la mantilla, los chales, el rebozo y los pañolones.

No diremos que en aquellos tiempos no variaban los trajes á impulso de la moda, pero sí que los cambios erán menos bruscos y más limitados.

Entonces rara vez las señoras ocupaban á una modista, pues ellas mismas cortaban, armaban y cosian sus vestidos. Es verdad que una *modista,* en toda la extensión de la palabra, habría sido una novedad en aquella época, y Mistres Hill, una de las primeras modistas inglesas que se establecieron aquí, y que por muchos años tuvo su taller en la antigua Calle Santa Rosa, en la acera del Colegio, no fué muy famosa que digamos. Tenía regular clientela, y nada más. Pero, vamos al calzado.

En nuestro país, como en otros muchos probablemente, siempre fué de uso general el calzado ajustado, pero el *taco alto,* que es una de las muchas

locuras de la moda, no se conocía por fortuna entre nosotros en los años á que nos referimos. Desde 1810 á 1820, por ejemplo, era muy común que las señoras hicieran ellas mismas sus zapatos, casi siempre de raso negro. Al efecto mandaban preparar las suelas y los cabos á su zapatero. Ellas tenían sus hormas y sus útiles necesarios, y como entonces no se usaba taco, los terminaban con bastante perfección. Como los vestidos se usaban cortos y llevaban rica media de seda, bastaba ver el pié de una dama para saber si era ó no distinguida, pues la gente de segunda clase y las de servicio nunca usaban calzado semejante.

A propósito del *taco alto*, tan en voga hoy, lean nuestras lectoras lo que al respecto dice el Doctor Mallo en sus "*Lecciones de Higiene*:" Debe atribuirse al uso de los tacos altos, desde la tierna edad, la carencia de buenas pantorrillas, en las mujeres, que se vá notando, según opinión de varios observadores del país."

A confirmar y robustecer las anteriores líneas, viene Lady Kinghtly, quién se expresa así: "Es fuera de toda duda que á la vista, un pié cualquiera con taco alto, aparece diminuto, aún en la mujer más alta; pero el taco no constituye una base segura para la progresión. El pié dentro del calzado hace trabajar la extremidad del dedo grande y sólo se apoya sobre los metatarsianos, de manera que viene á tomar la forma de un pié equino."

En efecto, el pié está construido de modo que forma un doble arco sostenido por un trípode formado por el talón, el dedo grande y el pequeño. El movimiento de la marcha se produce así sobre el vértice del arco y se evita el choque y el contragolpe, pero cualquiera adición á la altura del talón compromete



1834.—EL SALON DE ESCALADA (FRANCISCO ANTONIO).—De izquierda á derecha: Mercedes Demaría de Demaría, Dolores Reynoso de Pacheco, Indalecia Oromí de Escalada, Don José Manuel Escalada, Nieves Escalada de Oromí, María de la Quintana, Tomasa de la Quintana de Escalada, Mercedes Oromí, José Antonio Escalada, Mariquita Oromí, Doctor Mariano Escalada é Ingeniero Don Cárlos E. Pellegrini. En el centro: Doña Toribia Escalada de Reyes, bailando el *minuet* con Don Antonio Reyes.

Composición y dibujo del Ingeniero Sr. Pellegrini.

el equilibrio y se convierte en un sério peligro. De extrañarse es que no se vean con mas frecuencia luxaciones ó fracturas.

Tanto puede, sin embargo, la costumbre, que podemos darnos maña para soportar las cosas más incómodas y perjudiciales.

Pero, adónde vamos? Dónde nos ván conduciendo los tacos altos y las locuras de la moda?

Y como probable es que cuantas nos lean, exclamen encojiéndose de hombros: "¡Tiempo perdido!"—pues siempre ha sido inútil la prédica contra esa voluble deidad llamada *Moda*,—dejaremos que tema tan pedestre se escurra de los piés á la cabeza, entrando en tan *enmarañado* asunto sin mayores preámbulos.

Si alguien se hubiese entretenido en escribir la historia del peinado en los últimos ochenta años del siglo anterior, ninguno de nuestros historiógrafos hubiera tenido necesidad de sacar sustancia á documentos y testimonios. En aquellas más ó menos suaves hebras de cabello, en aquellas tonalidades negras, relucientes y sedosas, podrían encontrarse datos suficientes para redactar los anales del siglo que acaba de fenecer.

El bello sexo de entónces, mucho cuidaba de su cabello, que era, por lo general, muy largo. Así, no era raro ver trenzas de más de vara y media, sujetas sólo por medio de una peineta, ó rematando en un moñito de cinta de color, pues los *postiches y rellenos* no se conocían como al presente.

No hay duda que los enmarañados peinados que más adelante se vinieron usando, y acaso la cantidad y calidad de perfumes empleados, han contribuido poderosamente á la destrucción, ó á la disminución, por lo ménos de tan bello ornato.

Detallar aquí la infinita variedad y formas de pei-

nados que estuvieron más en voga entre nuestras bellas del año 30, del 40 y aún del 50, es, si nó de todo punto imposible, bastante difícil,—por lo que nos concretaremos á citar algunos de los más usados.

Así como en los primeros días de la Revolución, las *patriotas* se peinaban de una manera caracteristica y las *godas* de otro, hubo un tiempo en que las



Peinados de la época.

señoras y señoritas dieron en usar el cabello corto, llamando con el apodo de "pan de leche" á las que no se lo cortaban, siendo á su vez calificadas por éstas con el de "peladas", lo que dió orígen á la siguiente cuchufleta:

Son tantas las "peladas"
Que ván á misa,
Que las de "pan de leche"
Se escandalizan.

Despues, con el andar del tiempo, y á medida que el bello sexo ha ido amoldándose á todos los preceptos de la estética que la moda tirana dictára en diversos períodos,—hubo de todo: peinados con raya al medio, con bucles, bananas, patillas, jopos, cocas, rizos, tirabuzones, de rodete bajo, alto, imperial, me-

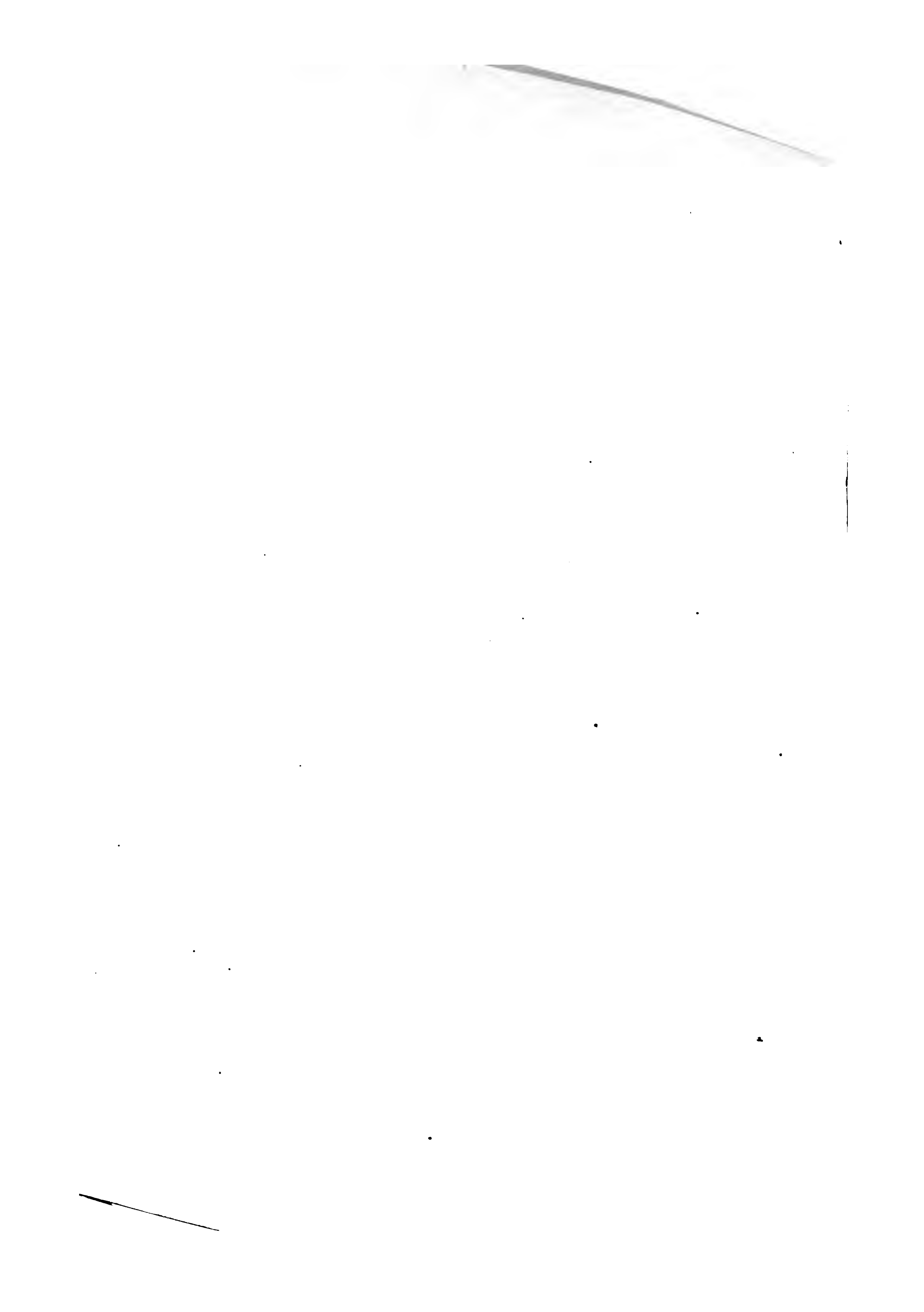
lena, castaña, amor partido, bandó, flequillo y cien mas que tuvieron su época. Unas veces las guedejas se alisaban sobre el cráneo; otras, las pobladas crenchas bajaban hasta ocultar las orejas.

Esta temporada, las retorcidas trenzas, como enroscadas culebras, dormían en lo alto del edificio femenil. Simultáneamente la peineta, de tímidas proporciones en un principio, fué creciendo insolentemente, dominó el conjunto y se encaramó sobre la cúspide del peinado, simulando espaldar de silla arzobispal, frontón griego ó cresteria enrevesada de iglesia gótica.

Más tarde, los *tirabuzones* rindieron su tributo al romanticismo reinante. Y sin contar los obligados trofeos de la época de Rozas, hubo en la decoración de la testa femenina, cuanto el capricho ó la fantasia quiso imajinar: fué el reflejo de las ideas vencedoras en las respectivas temporadas. Ultimamente, hemos visto aquí, en el país de las trigueñas, llamar á la química en auxilio de las rubias de ocasion.

La historia del peinado nos revelaría más secretos que la de las revoluciones políticas.





Extravagancias de la moda



Peinetas y peinetones.

TAMBIEN la moda, esa tiránica deidad que á todos esclaviza, tuvo entre nosotros sus más supremas extravagancias.



1834. — Los peinetones.

No nos referimos á los *miriñaques* del año 30, que tantos percances ocasionaron á las señoras y en más de una ocasión fueron causa de desgracias,—sinó á los *peinetones,* célebres por más de un concepto en

los anales de nuestra sociabilidad, y cuyo invento, historiógrafos y cronistas han dado en atribuir al Señor Masculino. Nada más inexacto, á nuestro modo de ver. Transcribiremos con este motivo algunas palabras tomadas de un erudito artículo titulado "Historia de las peinetas", que se publicó en una revista española de modas y novedades, el año pasado.

Habla el articulista, Señor Márcos Jesús Beltran:

"Durante ese período de 1815, hasta mediados del siglo pasado, estuvo en auge la peineta, con sus altibajos como la política; con sus épocas de esplendor y otras de *medio pelo,* y sus decadentismos, que han llegado á despojarla de su carácter español, para darle ese sello francès ó alemán, ese aire de modernismo que ahora tiene.



1832.—Complemento indispensable del peinado de la época, fué la peineta de primorosos calados con grabados y relieves. En esta época se acentúa el crecimiento de la peineta, con tal rapidez, que un año más tarde, yá eran de uso corriente los colosales peinetones.

Alguien dijo que: "el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha y pedrería, daban á la cabeza cierto carácter monumental". Esto es indudable, pues tanto los peinetones de carey como los de metal, prestaban á las lindas testas de nuestras espirituales románticas un aire de cuidadoso aliño y un aspecto aristocrático que las hacía doblemente interesantes.

"Con preferencia á las peinetas altas de concha,

llevábanse en las tertulias las diademas de pedrería, nó sólo sobre la frente, sinó más atrás y hasta cobijando el moño. Sobre la frente fué de rigurosa usanza en la fastuosa Corte Imperial de Napoleon I, y algo más tarde, entre nosotros, en la de Fernando VII.

"Con la venida á España de la egregia hija de Francisco I de Nápoles, llegaron á tierras de Castilla y de Andalucia unas peinetas de nó escaso volúmen, de asta, imitando concha, muy bien caladas y grabadas, que fueron prontamente imitadas, y con fortuna, por artífices de Triana y del Avapiés.

"Fué en los tiempos de Calomarde, cuando la pei-



EL ENLACE DE LOS PEINETONES.—Como se vé, ridiculiza el exajerado tamaño que habían llegado á adquirir los peinetones.
Esta lámina es la 6ª de la colección titulada: Extravagancias de 1834.

neta comenzó á degenerar en objeto grotesco, y de adorno artístico cayó en risible mamarracho.

"*Peinetones* llamáronse esas peinetas de gran tamaño, algunas de las cuales llegaron á medir hasta 30

centimetros de alto por más del doble de ancho. Moda fué esta más generalizada de lo que muchos créen: satirizada desde su aparición, puesta en ridículo por todos los medios, gráficos, escritos y representados; moda romántica, de grotesca exajeración, inconcebible ahora que el gusto en el vestir y ataviarse parece haberse encauzado en cierto buen sentido más reposado y discreto".

Estas breves líneas, así como el grabado que las acompaña: *el enlace de los peinetones*, (sacado de un álbum que se publicó en Barcelona el año 1834, y se reprodujo al siguiente entre nosotros) nos parece demuestran eficientemente no fué el Señor Masculino el inventor de *los peinetones*. Talvez, su introductor, fabricante imitador, ó ambas cosas á la vez. Lo que sí está fuera de duda es que tuvo la buena suerte de imponerlos á la sociedad porteña de 1834, con muy pingües resultados pecuniarios.



1834.—Dama porteña en traje de soirée.

Más que todo cuanto pudiéramos ir recopilando acerca de los famosos peinetones, podrán ilustrar y hasta entretener á nuestras lectoras, los numerosos grabados que acompañan á estas lijeras apuntaciones.

Por las peinetas en estas pájinas reproducidas, podrán formarse una idea bastante aproximada de su verdadero tamaño, clase, fabricación y hasta importancia que llegó á adquirir este útil de la indumentaria femenina, que, si á pesar de su exajerado volúmen, realzó en grado superlativo la belleza y elegancia de nuestras porteñas, ocasionó en cambio, tales y tan tremendas controversias sobre mejor derecho á la mano en las estrechas veredas de nuestra *gran aldea,* que la Policia se vió obligada á zanjar tan importante y amenazadora cuestión, dictando una Ordenanza, por la cual se asignaba aquel perentorio derecho de tránsito, á la que llevaba la derecha.

Y creerán nuestras lectoras, que disposición tan acertada, solucionó el conflicto? Qué esperanza! Era



1830.--Primitivas peinetas de teja.

de ver cómo transitaban las damas por las primitivas veredas de tres cuartas de ancho, y aún en las de mayor espacio, que no alcanzaban á vara y media, flanqueadas por los alineados postes de antaño, como la de Llavallol, en el barrio de la Merced y otras.

El Señor Sarmiento, con gracia inimitable, lo ha dejado relatado en estas líneas:

"Aquellas fragatas de alto bordo, se avistaban, viniendo de direcciones opuestas y no siendo de *buen tono* hacerce concesiones, que eso sería arrear bandera, ni saludarse, que se tomaría por *pedir cuartel*, se apercibían para sostener dignamente el choque posible del velámen: *enverguré*. Llegados á distancia de abordaje, viraba á babor lentamente una, á estribor la otra nave; y gracias á la perfección y compostura de la maniobra, ambos *peinetones* giraban, como las estrellas dobles, en torno de un centro imajinario".



1830.--Peineta de teja.

Para el completo lucimiento de los *peinetones*, la



1833.—Peinetón de asta aconchada, de esquisita labor de calado y grabado, con sabor persa italianizado.

elegancia había elejido el abanico, entre los cuales había obras de verdadero mérito, como puede verse, entre los que poséen las antiguas familias de nuestra sociedad, que fueron de sus mayores. Había abanicos

con los países de encaje de Inglaterra, de cabritilla blanca pintada, de encajes diversos, de rico papel pintado, con lentejuelas, etc. etc.



1833.—Peinetón de concha opaca, calado en primorosa crestería. Es de tamaño colosal.

Tenían las varillas de marfil y nácar, labrada con incrustaciones de oro. Los había también de plumas riquísimas. El abanico no abandonaba nunca á una dama *chic*. Así lo hacen notar cuántos viajeros y escritores, ingleses, franceses y americanos, se ocuparon de modas porteñas en los años de 1820 á 1835. Merece transcribirse este párrafo de D'Orbigny, que refleja,



1834.—Peinetón italiano, de cuerno opaco

puede decirse, toda una época. Le dejamos la palabra:

"Yá no hay mantillas, ni antiguas burguesías andaluzas. En el día, el cuerpo á lo María Estuardo, vestido de raso color de rosa, guarnecido de flores; mangas henchidas en *gigots*, collar, y el inseparable abanico.... ¡El abanico! Especie de cetro que jamás abandona una porteña: talismán cuyo poderío, tal-



1834.—Peinetón de cuerno aconchado.

vez aún no sospechen nuestras señoras francesas; y el más lindo piececito del mundo, oprimido por unas medias de seda, blancas, y por un zapato de la misma tela, ó de raso, modelado en las dos zapaterías más famosas de las dos capitales de la civilización europea. Siempre hará que se distinga una porteña del resto de las mujeres del mundo, un adorno especial,—un adorno á que tienden como á la vida, y casi me atrevo á decir más que á ella: es una inmensa peineta que parece un grande abanico convexo, más ó ménos precioso, y más ó menos adornado, según el rango y bienes de quien la lleva.



1834.—Peinetón de cuerno aconchado.

"La peineta la sigue por todas partes. La señora vá á la Iglesia? La peineta... con una gasa negra, y



1834.—Peinetón de concha opaca, con primorosos calados y grabados.

un grande velo del mismo color, con que se cubre las espaldas, el pecho y los brazos. Lleva su libro de



1834.—Peinetón de riquísimo carey, adornado de relieves góticos y con inscripción.

oraciones en la mano y seguida de un negro criado, vestido como un *groom*, que lleva en los brazos una


1834.—Traje de baile.

alfombra para las rodillas de su Señora, porque casi no hay sillas en las iglesias de Buenos Aires.

"Vá la porteña al paseo? La peineta, y además un velo grande de blonda bordada, con las mangas del vestido abiertas y colgando, brazaletes y el pañuelo en la mano.

"Su traje de verano, es la peineta, con cofia, vestido corto, blanco, chal y pañuelo amarillo. En invierno, también la peineta, y junto al velo color rosa, una rica cachemira blanca que cubre todo el talle, un pañuelo de cualquier color, y altos borceguíes.

"Las señoras de Buenos Aires generalmente parece que quieren ver en sus vestidos el brillo y variedad de colores. La mayoría de ellas siempre está bien, y muchas son de una esquisita belleza. Su color es de una deslumbrante blancura, contrastando con el ébano de su hermoso cabello; su nariz es aguileña, su sonrisa llena de dulzura; sus grandes ojos negros, tienen una expresión que rara vez se encuentra en los climas septentrionales. Finalmente se distinguen por la gracia y la majestad en el andar, bailando y andando siempre, sin la menor muestra de afectación"


1834.—Traje de paseo.

No puede negarse que Mr. D'Orbigny, es uno de los pocos escritores franceses, -¡de casta le viene al galgo ser rabilargo! — que ha sabido con más esquisita galantería derramar á su paso, por la sociedad de antaño, las fragantes flores de su ingenio. Por ello, nos hemos inclinado á recojer algunas, siquiera para que su aroma perfume las pájinas de este libro.


1834.-Traje de las porteñas en la Iglesia
Dib. de Boilly

Esto, en cuanto al bello sexo, que por lo que respecta al *sexo feo*, tampoco lo ha dejado en el tintero.

Veamos cómo se expresa: "Los hombres, los de primera clase tienen también altas cualidades: los señores de Buenos Aires son buenos mozos, que visten con tanto gusto como los de París y Lóndres. Todos los jóvenes son buenos ginetes y gustan hacer gala de su destreza, montando hermosos caballos andaluces. Son valientes, liberales y desinteresados. Se les echa en cara el orgullo y la arrogancia, defectos que si no pueden escusarse enteramente, por lo ménos se explican por el hecho de haber contribuido á destruir la tiranía española en el Nuevo Mundo. Los vecinos le dán un apodo que corresponde, á poca diferencia, á la palabra francesa fanfarrón, *pinturero*. Parece tenérseles una antipatía que explica bastante la superioridad de su talento y sus luces

respecto de los habitantes de las demás repúblicas....“

Y como para muestra basta un botón, siendo así que esto vá teniendo *cachet* de botonadura completa, cerraremos este Capítulo, en el que confesamos no haber hecho más que entrar la *lendrera* de nuestra curiosidad por entre el enmarañado tejido de los sucesos históricos, en cuanto se relaciona con los famosos peinetones de 1834.

Es verdad que no habremos peinado la madeja de los mil y un detalle que á la indumentaria femenina se refiere, pero, al poner punto final á esta segunda trenza recién tejida, sí podemos decir antes de soltar de la mano el batidor:

"Peine encorvado, cabello enhebrado"

Luego, yá no queda todo por hacer.



Peinetones y miriñaques, 1834.

Dib. de E. Holmberg (hijo).



Extravagancias de 1834. — Peinetones en la calle
(Esta lámina, como la anterior, ridiculiza el exajerado tamaño de los peinetones.)
Litogr. de Bacle, existente en el Museo Histórico.

A través de la moda

Los figurines de antaño

SOSPECHANDO de sumo interés para nuestras lectoras todo cuanto se relaciona con el tocado femenil, complementamos, á manera de apéndice en estas pájinas, las breves reseñas hechas en Capítulos anteriores sobre modas, agregando algunas otras de las que más voga tuvieron en la sociedad bonaerense durante los primeros sesenta años subsiguientes á la Revolución.

Estos dos tercios de siglo parecen reproducir los famosos períodos del tiempo de los Faraones,—el de las vacas gordas y el de las vacas flacas, citadas por los historiadores de Israel,—nó por que en esos períodos las mujeres en general estuvieran más ó ménos gruesas, sinó porque la moda les impuso la esbeltez forzada y el abultamiento imprescindible.

Los miriñaques conseguían esto último, y el corte general del traje, la escasez de adornos, auxiliaban á la naturaleza cuando ésta se había mostrado próvida en demasía con algunas señoras.

Empieza el siglo XIX dando preferencia á la esbeltez, que tan cara fué á las mujeres griegas; le enamoran luego los trajes emperifollados, cuyas mo-



La moda en 1821

das comenzaban á llegar del viejo mundo; un poco más tarde, los miriñaques, volantes dobles, triples y cuádruples faldas, que debían resultar el colmo de la incomodidad, como los colosales peinetones del año 34;

las voluminosas polleras con enaguas fuertemente almidonadas, al par que los talles largos, estrechamente constreñidos por el corsé, la bata escotada y



La moda en 1825

la manga corta, abullonada,—y despues, por una reacción natural, poco á poco ván perdiendo vuelo las sayas, los miriñaques reducen su amplitud y el cuerpo de la mujer vuelve á mostrar sus proporciones



1818

armónicas, despojándolo de tanta ropa inútil, de tanto adorno de mal gusto.

No vuelve sin embargo, á la sencillez de los primeros años del siglo, á las telas lisas. Se complica: las telas



1820

muestran la habilidad de los artistas en la materia, pero de todos modos, respeta las líneas generales del cuerpo, las moldea y en vez de deformarlas, procura que sean más graciosas si cabe. La moda española, á pesar de la competencia que les hacen la francesa primero, y la inglesa despues, logra sostenerse dentro el núcleo de familias pudientes ó acomodadas hasta más allá del año 50.



1822



1824

Las gorras y sombreros variaron tambien de gusto, forma y tamaño durante el segundo tercio del siglo. En los *años negros* de Don Juan Manuel, aquellas no se consentían por ser *moda antiamericana*. Declaradas *salvajes unitarias* por el tirano, éste mandó



1826

colocar un día, las de sus dos hermanas, sobre las cabezas de las mulas del Obispo Medrano, pretextando que las argentinas no debían usar modas de gringas con hojas verdes,—que empezaban yá á usarse, con-



La moda en 1829

feccionadas por la inolvidable modista, Madama Ristorini. Las señoras pues, se veían obligadas á lucir sus más ó menos abundantes cabelleras, si bien á costa de usar el distintivo federal,—un enorme moño punzó en el lado izquierdo de la cabeza.

En cuanto á los sombreros, chicos y sencillos primero, fueron creciendo poco á poco hasta convertirse en una especie de jaulas, que ocultaban por entero la



La moda en 1834

cabeza y que apénas dejaban vislumbrar la cara. Las dobles cintas ó bridas que servían para sugetar los pesados armatostes, sepultaban las líneas del cuello y unos adornos de blondas tapaban por completo la

nuca. Miriñaques y sombreros-cofias, como peinetones y voladones, formaban perfecto maridaje: el del mal gusto.



La moda en 1834

Durante el último tercio de siglo, la moda de los sombreros varió por completo y dejó que se pudiera

admirar la cabeza de nuestras bellas, adornándola al propio tiempo. Las formas fueron más airosas; se suprimieron las en gorrosas bridas, las plumas sustituyeron á las flores y aún



1836



1838



1839

á las frutas que convertían en
jardines ambulan tes los sombre-
ros, y no se les ocurrió yá á las
modistas y mo distos ocultar á
las miradas el ar ranque de la ca-
beza y el cuello de las mujeres.
Aún cuando no dejamos noticia
de las modas hombrunas, re-
cordaremos de paso solamente,



1842



1845

que en el siglo XIX, el traje masculino se ha simplificado mucho. Desde el complicado é incómodo traje de los *currutacos* de principios de siglo, hasta el sencillo y cómodo traje de saco, el cambio ha sido muy grande. Quizá la estética



1848

ha perdido mucho, pero la comodidad ha ganado más. El sombrero de copa, puede decirse, ha muerto con el siglo, y no es de lamentar. Varian las modas del



La moda en 1846

traje del hombre en algunos detalles; pero parece que estamos bien avenidos con la indumentaria aceptada hace tiempo, por que todas las variaciones se reducen á que los pantalones sean más ó ménos anchos y las prendas de cuerpo, más ó ménos largas.

Al siglo último deben tambien hombres y mujeres el beneficio de haber sustituido los tacones altos, (por el *taco* militar), que tan incómodos resultaban siempre y peligrosos á veces.

MODAS DE LA ÉPOCA COLONIAL

Antes de cerrar definitivamente este Capítulo sobre modas yá pasadas de idem, reproduciremos á título de simple curiosidad histórica, algunas noticias referentes á modas en tiempos de la colonia.



1852



1853

"Hombres y mujeres,—dice Concolorcorvo en su *Lazarillo de ciegos caminantes* (1780) visten como los españoles y europeos. Las mujeres son las más pulidas de todas las americanas españolas, y comparables á las sevillanas; aunque no con tanto chiste, pronuncian el castellano con mas pureza. He visto sarao á que asistieron 80, vestidas y peinadas á la moda, diestras en la danza francesa y española, y sin embargo de que su vestido no es costoso como el de Lima y demás del Perú, es muy agradable por su compostura y cuidadoso aliño.



1854



1855



1856

" Toda la gente común y la mayoria de los prin-

cipales, no dan trabajo á los sastres por que ellas cortan, cosen y aderezan sus batas y andrieles con perfección, por que son ingeniosas y delicadas costu-



La moda en 1852

reras y sin perjuicio de muchas otras que oí ponderar de gran habilidad, observé el gran arte, discreción y talento de la hermosa y fecunda española D.ª Gracia Ana, por haberla visto imitar las mejores costuras y bordados de España y Francia.

"Las de medianos posibles, hacen los vestidos de

"El señor Rivadavia vestía correctamente y con es-



La moda en 1858

mero. La casaca redonda y el espadín del traje de etiqueta oficial que de diario llevaba cuando ejercía algún puesto público, el calzón tomado con hebillas y la media de seda negra, ponían en evidencia la escasísima armonía de la figura, sin que él lo tomara en cuenta, porque vestía con más arreglo á su decoro que á su persona."

Y con esto, basta yá de modas..... presentes, pasadas y futuras!



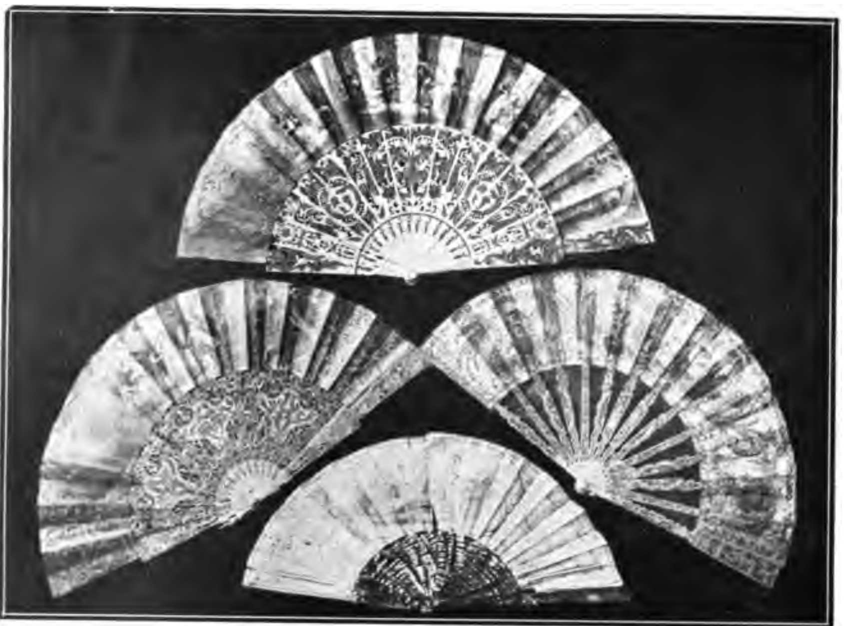
1856



1858



1861



1830.—Abanicos pintados á mano, sobre pergamino, en poder de las familias de Roberts, Guido de Isla, Fernández Blanco y Hué.

Fotografía de "Caras y Caretas"

Paseos en la Alameda

Un tambo en la ribera.

Por aquellos tiempos en que la aristocracia no andaba, como hoy, arrastrada en *milords* ó *automóviles*, sin poner jamás el pié en el lodo, aunque á veces ponga la frente en el fango,—en esos memorables tiempos en que no había parques, ni zóos, ni grutas, ni hipódromos, ni grandes avenidas,—eran las quintas, esas típicas quintas criollas que yá no existen, cercadas de pita y, coronadas de motifloras, los paseos preferidos, donde las encumbradas damas de la época, rastreaban las escondidas violetas para perfumar con ellas su seno, y los chicuelos perseguían como sabrosa fruta, los dorados *huevos de gallo.*

Pero en la estación de la canícula, cuando el sol abrasaba, había otro paseo más preferido aún: la ribera, ó *el bajo*, como todos le llamaban.

Allí, al caer la tarde, solían verse como alegre caravana dispersa, las familias porteñas, incluso las de más copete, quiénes no desdeñaban departir en

plática familiar, sentadas sobre el verde, con *las negras ó morenas* que á uno y otro lado del Fuerte,



1830.—Negras lavanderas al pié del Fuerte.

en invierno como en verano, se ocupaban, ménos del lavado de sus ropas que de las agenas.

El *Bajo,* en la época á que hacemos referencia, carecía de los sauzales que más tarde el buen Señor Don Cayetano Cazón, antiguo Jefe de Policia, hiciera plantar con los presos en lugar de tenerlos haraganeando en malsanos y oscuros calabozos. Tampoco se había empezado á construir el murallón en lo que despues se llamó el *Paseo de Julio.*

El Fuerte, con sus fosos en seco y sus altos bastiones artillados, daba á este sitio un aspecto más imponente. A su alrededor, extendíase inmenso verde desierto, cuyo húmedo musgo al ser besado por las aguas del rio, presentaba sólo el accidente de los pozos de las lavanderas y de las ropas secándose al sol despues de enjuagadas, mientras bandadas de gaviotas comían á picotazos los peces abandonados en la orilla, por los pescadores, cuando sacaban la red.

Ni un sólo árbol esmaltaba el camino que conducía hasta Palermo, donde empezaba el saucedal en ambos lados!

Al pié de la barranca, cuyas laderas irregulares bordean toda la costa, prolongándose más allá de Punta Chica, — se hallaba la *Alameda*, aquel paseo público del tiempo virreinal que desde los primeros años resultára pequeño para contener la concurrencia



Vista del Fuerte, en 1826

que asistía á él, principalmente en las calurosas tardes de verano. Establecida por el Virrey Vertiz, había hecho éste nivelar como doscientos metros de terreno en la parte Norte de la Fortaleza, frente al río, hasta la esquina hoy de Cangallo. En ella se plantaron dos hileras de ombúes que poco ó nada prosperaron, pero que fueron sin duda, en cambio, confidentes de suaves conversaciones y quizá de más de una declaración hecha á destiempo. Sus añosos troncos recibieron los nombres de algún desengañado, como el pastor Crisóstomo enamorado de Marcela.

Unos pocos bancos ó asientos de ladrillo, que denominaban *poyitos*, completaban la escasa ornamentación de la *Alameda*, á cuyo sombra solían pasearse diariamente las más lindas porteñas de entonces, ataviadas de blanco y adornadas con flores, —alternando entre ancianos jefes de familia y respetables miem-

bros del clero, que tambien acostumbraban reunirse allí, á refrescarse con las brisas del Plata.

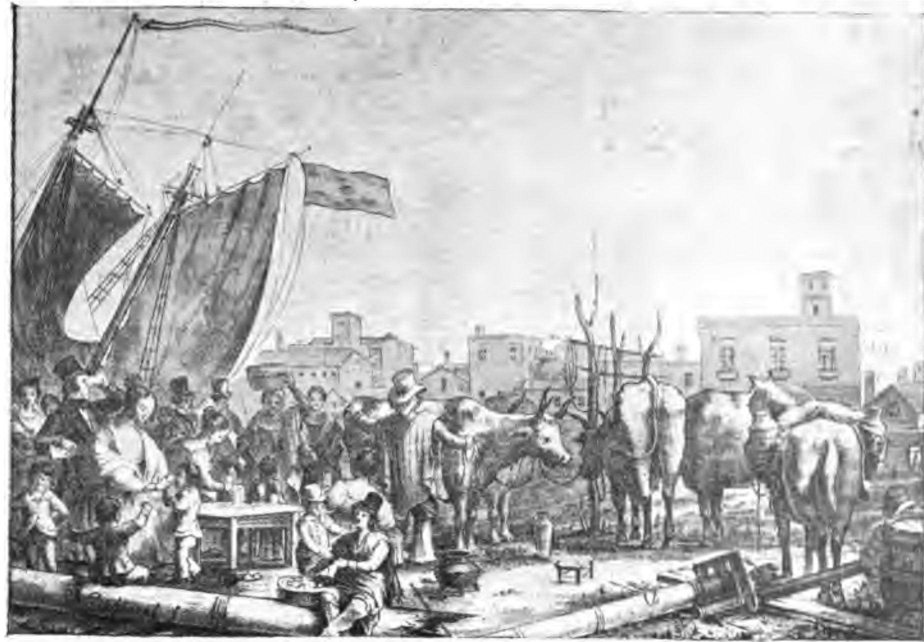
Al regreso de la *Alameda*, las familias invadían los tambos, pues en aquel tiempo, fáltanos decir, estos se situaban en la ribera, contando con el gran consumo que hacían los paseantes,—como que entónces no se conocía la cerveza ní ninguna otra especie de *refresco* nocivo que las viciosas costumbres de esta época han consagrado. El ágrio de naranja, los panales y la leche, hacían todo el gasto en la más calurosa estación del año....

La lámina que acompaña á estas líneas, y que como casi todas las de este libro por sus imperfecciones de dibujo nos absuelven de culpa y cargo, (pues son copias fieles de grabados de la época), representa un tambo en la ribera, en el que se vén reunidas, en pintoresca confusión, las familias con su prole, sorbiendo con fruición el nutritivo jugo.

Paulatinamente, el número de familias concurrentes á la *Alameda*, fué disminuyendo, debido talvez á las frecuentes riñas entre la plebe criolla y los marineros extranjeros que pululaban por el bajo. Más constantes fueron algunos caballeros, cincuentones yá por aquella época, como los Señores Jaime Llavallol, Domingo Navarro, su amigo inseparable Miguel Villodas, Vicente Casares, Miguel Martinez Nieto y otros, todos ellos asiduos frecuentadores de aquel paseo tradicional que tantas transformaciones sufriera en el siglo pasado.

Algo más tarde, aquella buena sociedad, poco exijente todavía, deleitábase Domingos y días festivos en pasear sobre el *verde*, á orillas del río, desde la conocida casa de Palermo hasta la empezada muralla del Paseo de Julio.

¡Aquello sí que era de ver! Toda esa extensa faja



1832.—Un tambo en la ribera del río

Litog. de C. Morel

Estación del Ferro Carril. En ese bajo,—extensa planicie hasta la orilla del río,—y al pié de la barranca, se corrían las carreras de sortija, á las que asistían numerosa y selecta concurrencia, yá á pié, en coche ó á caballo.

Entónces jóvenes muy conocidos y de las principales familias, vestían fantásticamente chiripá de paño punzó, camiseta y gorra del mismo color, cabalgando briosos corceles con recados y plateados lujosísimos. En estas clásicas justas, el vencedor presentaba á la dama de su elección, la sortija ganada, mereciendo frecuentemente esta distinción la piadosa hija de Don Juan Manuel, cuya presencia, en toda reunión de carácter social, tenía la virtud de aquietar los ánimos, yá convulsionados con las aterradoras fechorias de su padre, que se decía cínicamente *Ilustre Restaurador de las Leyes!*



Dama de la época.



Los elegantes de 1834.
Dib. de Hohmann.

Los balnearios de 1830

Baños en el río

A fin de no desviarnos del plan que nos hemos propuesto, de dar la mayor variedad posible á este libro, seguiremos ocupándonos por el momento de algunas otras costumbres del tiempo pasado.

Empezaremos por el *baño en el río*,—muy generalizado en aquellos tiempos, desde la época colonial,—pero antes, siquiera para que sirva de disculpa esta generalización, preciso es recordar que no existían entónces las innumerables casas de baños y balnearios de que hoy disponemos, ni la comodidad que ofrecen las aguas corrientes para tomar baños en casa.

Entónces, salvo raras excepciónes, todo el mundo se bañaba en el río, pues en las casas coloniales de Buenos Aires, las *piezas de baño*, solo existían nominalmente. Llamábanle así, porque aparte de su destino para amontonar artículos fuera de uso, guardaba la bañadera de latón ó la pipa recortada, en la que únicamente refrescábanse la señora ó el amo de la casa. Los hijos y la servidumbre se bañaban en

la playa del río, en horas diversas:—los segundos, generalmente de noche.

Algunos padres que vijilaban mucho á sus hijas, cuando no enviaban las niñas á la playa con esclavas viejas de toda su confianza, permitían que se bañáran en la misma tina, sin renovar el agua, en este órden: primero el padre y la madre; despues, siguiéndose la escala por edad, todos los hijos. Cuando era agotada la tina, el agua servía todavía para regar los naranjos del patio, las rosas y malvas de olor y despues la acera de la calle.

Algunas ancianas que aún recuerdan las escenas de aquella época inolvidable, cuentan que los chicos friolentos preferían cambiar el órden de los bañistas y ser los últimos, seguros de encontrar "calentita el agua".

Durante la estación veraniega, afluía á la costa mucha gente, desde los crepúsculos matutinos á los vespertinos, según la comodidad, profesión ú oficio de cada uno. Los comerciantes en general,—tenderos, merceros, almaceneros,—concurrían de las diez de la noche en adelante, despues de haber cerrado sus casas de negocio, lo que se hacía indefectiblemente al *toque de ánimas.*

Las señoras y niñas especialmente, esperaban el dia de la Inmaculada Concepción,—8 de Diciembre,—para inaugurar la *estacion balnearia.* Empero, los franciscanos lo hacían el 4 de Octubre y los Recoletos el 12 del mismo mes, día de Nuestra Señora del Pilar, en el que bendecían las aguas y se bañaban parcialmente, según la temperatura, con los niños que educaban en la Escuela anexa al Convento.

En la estación de los calores y en las últimas horas de la tarde, la estensión de la playa porteña comprendida entre el *bajo de Catalinas y la bajada de*

los Domínicos, presentaba un cuadro pintoresco, pues se veían en el agua á centenares de personas, mientras muchas otras esperaban bajo el sauzal el momento propicio para zabullirse. Los hombres de respeto se abstenían siempre de bañarse en esa forma delante del público, guardándose en último caso, las costumbres seculares usadas en la Roma de los Césares: el padre no se bañaba nunca delante del hijo, ni el yerno con el suegro.

Las señoras y niñas se bañaban despues de haberse puesto el sol, de modo que no entraban al agua, sinó medio á oscuras ó entre dos luces. Sentadas en el *verde* y en las toscas, disfrutaban de la fresca brisa, ó bien paseándose del brazo lánguidamente, enlazadas las unas á las otras, esperaban á que oscureciese para entrar al baño, después de abandonar sus vestiduras de paseo en manos de las esclavas ó sirvientes, pués entonces no habia casillas.

Para la preparación de esta ablución de cuerpo entero, se estendía sobre la peña, ó sobre el musgo, una alfombra ó estera, y un farolito.

El efecto para el espectador, situado en discreta lontananza era pintoresco, y para los amantes del oleaje, sumamente animado y divertido: las risas, las esclamaciones, las zabullidas y los frustrados conatos de natación, cuando el agua recién llegaba á la rodilla, ofrecían la vista de cardúmenes humanos que la luna plateaba, ó de blancas sombras que se agitaban en la oscuridad, como en uno de los círculos del infierno del Dante. Las evoluciones de todas esas figuras con el cabello flotante y refrescadas por las brisas que solían templar tantos ardores, terminaban generalmente del modo más prosaico en la orilla.

Como allí no había iluminación alguna, la estadía y el regreso, en las noches sin luna, se hacía valién-

dose de pequeños farolitos. El desfile nocturno era curioso y fantástico á la vez: muchos, en lugar de gorras ó sombreros, se cubrían con las mismas sábanas, y como ya no quedaban transeuntes por las calles, pues había pasado la hora de la *retreta* y las tiendas estaban cerradas y no habia otra luz que una malísima lamparilla de aceite, ó una vela de sebo puesta en faroles largos y angostos de distancia en distancia, resultaba que el desfile se hacía en las sombras y en la más tranquila soledad, interrumpida sólo por el canto de los serenos, guardianes nocturnos con su farol en mano.

En lo demás, reinaba el mayor órden, cortesía y esmerada urbanidad y cultura; los hombres que llegaban á la hora del baño de las señoras, se alejaban de los sitios en que se apostaban los distintos grupos de éstas.

El río, en que no se encontraban las grutas de nácar y coral que los poetas adjudican al *piélago amargo,* tenía sin embargo la preciosa virtud de excitar el apetito. No se llevaban para satisfacerlo, las alforjas de Sancho; bastaban algunos fiambres, ó más comunmente una pañolada de duraznos, que las muchachas devoraban *sin pelarlos,* hasta el carozo.

A diario, se presenciaban escenas grotescas. Veíase, por ejemplo, un hombre en el baño á las doce del día resguardado de los rayos ardientes del sol, por un enorme paraguas de algodón. Una mujer sumerjida en el agua hasta el cuello, saboreando con garbo su cigarro de hoja contrahecho. Más allá, en las toscas, algún desventurado, desnudo de medio cuerpo, tiritando y empeñado con uñas y dientes en desatar los *nudos* que algunos traviesos se habían entretenido en hacer en la ropa húmeda. Llamábanse *galletas* y consistía la hispánica chuscada en hacerle

un nudo ciego, ó tan difícil de desatar, en la ropa del bromeado, que cuando éste salía del baño, tenía quehacer para rato para habilitar nuevamente su prenda de uso callejero.

Estas diabluras eran de las más incómodas para los que las sufrían, cuando coincidían con alguna de las frecuentes tormentas de verano que solían venir entónces tan de sopetón, que se dieron casos de no tener ni el tiempo de vestirse los azorados bañistas de ambos sexos, teniendo que abandonar precipidamente el creciente flujo, con pérdida de ropas y con el cuerpo más gentil que enjuto. Cierto caballerito, fué víctima una vez de esas tormentas de verano, pues habiendo ido hasta el *bajo* con frac, que era entónces de moda, lo perdió en uno de esos torbellinos, regresando á su casa despues de la oración poco menos que en mangas de camisa, y obligado á parar en la calle á los conocidos, para esplicarles la causa fatal de ese *deshabillé*.

Otro, tuvo una noche la peregrina ocurrencia de irse á bañar al río, allá por el *bajo de las Catalinas*. Amigos de lo ajeno, que nunca faltaron en nuestro país, le robaron las ropas, no dejándole más que los pantalones y un frac de paño color aceituna! Era de ver, cuando descalzo, sin camisa y sin chistera, pero de frac, subía por la actual Calle Tucumán, más triste y cabizbajo que un pecador arrepentido. El chasco no fué para ménos, pues en aquella época no eran tan frecuentes las renovaciones del traje.

Como á éste, á otros muchos le pasaban aventuras de este género; pero los tenderos, yá esperimentados, llevaban un muchacho para guardian de sus ropas, y á buen seguro que ninguno de ellos habría osado ir á bañarse de frac! Alijeraban el traje y sólo llevaban

lo indispensable: las sábanas cubrían los paños menores en que bajaban al río.

La gente principal y muy especialmente las damas de la élite, se bañaban más hácia el Norte, ó más hácia el Sur de los puntos en que lo hacía la generalidad, frente á sus residencias veraniegas,—usanza que fué implantada primitivamente por los ingleses, los que, siguiendo su hábito nacional de nó residir en el mismo punto en que tienen sus negocios, formaron yá por aquella época, en los suburbios, hermosas casas-quintas de recreo.

Por lo demás, hácia todos los pueblitos que existían sobre la costa, se extendían los baños veraniegos de río, frecuentados por familias de distinción, ocupando San Isidro el primer puesto.

Y de éste, ya nos ocuparemos.





1820. - Baños en el río, frente á la bajada de los Mercedarios.

Comp. y dibujo del Sr. Frans. Van Riel.

A lo largo de la costa

Paseos y cabalgatas

A principios del siglo XIX, entre las familias que residían en los suburbios de la ciudad, se encontraban, al Norte, las de Pueyrredon, Arroyo, Riglos, Alzaga, Del Sar, Altolaguirre, Almeyra, Anchorena; al Sur, las de Casajemas, Moreno, Balcarce, Guido, Llavallol, Masculino, Navarro Viola, Esquerronea, Somellera y otras, que habitaban en sus quintas, acostumbradas á retirarse en ellas desde abolengo durante la temporada de la fruta.

La costumbre hoy tan generalizada de vivir fuera de la ciudad, si bien casi esclusivamente en el verano, fué introducida desde aquellos años por algunos acaudalados comerciantes ingleses, quienes, siguiendo su inclinación de residir lejos del punto en que tienen sus negocios, formaban en los suburbios de la Capital preciosas quintas de recreo, como la de Cope, Fair, Makinlay (despues Lezama), Brittain en la prolongación de la Calle Defensa, la del Almirante

Brown, en lo que se llamó Calle Sola, la de la familia Dickson, que ocupaba la antigua quinta de Riglos sobre las barrancas del Retiro, (véase nuestra lámina, página 75) y tantas otras, edificadas por el modelo de las construcciones ingleses.

Pero, aunque las opulentas familias criollas tuvieron tambien sus hermosas quintas en las cercanías de la ciudad, no eran sinó, como dejamos dicho, para habitarlas en verano. De ellas, se conservan, aún, hoy muchas pintorescamente situadas, si bien modernizadas con todo el gusto de la época actual.

Por lo que respecta al veraneo, propiamente dicho, hay que convenir que antes, cuando llegaba el mes de Enero, aquellas virtuosas damas y aquellos graves señores se achicharraban dulcemente en sus casas, ó bien salían al campo, en busca de algún copudo ombú, á cuya sombra tomaban con verdadero fervor profiláctico, inacabable série de mates, cebados por la *tía Marica* ó el negrito del coscorron.

Las familias pudientes ó acomodadas, pasaban su temporadita más ó ménos larga á lo largo de la costa, en donde algunas tenían chacra propia, como las de Anchorena, Pueyrredon, (donde se realizó la célebre conferencia) Escalada, Castro, Martinez, Gutierrez, Mendeville, Saenz Valiente, Azcuénaga, Reyes, Parravicini, Castex y otras, famosas en su época.

El mal estado de los caminos hacía casi imposible el uso de los pocos carruajes que por entónces había, para transportarse de la ciudad; así es que las familias veíanse obligadas á viajar en carreta, por pudientes que fuesen, empleando seis, siete y aún más horas para ir ó venir, por ejemplo, de San Isidro.

En San José de Flores hizo por muchos años este servicio un tal Dalmacio, con una carretita toldada, tirada por un par de bueyes mansos, con los cuales



1828.—Antigua Quinta del Almirante Brown, en Barracas.

atropellaba los profundos pantanos, terror de los troperos.

En San Isidro y las Conchas, también había sus carretitas *ad hoc*, y en San Fernando aún se recuerda



Amazona en 1830.

la famosa *carretita de Doña María,* que dos veces por semana bajaba á la Capital, atestada de *fruta* pintona, leña y otras mercancias, en lamentable promiscuidad.

Nuestras lectoras se harán cargo de cuán incómodos serían estos viajes y cuantas horas durarían. Hoy echamos mas chispas que el tren, si por cualquier motivo éste llega retardado algunos minutos!.... Pero

es condición humana no conocer límite en nuestras aspiraciones.

Los que no poseían casas de recreo, llevados de su afición por el campo, hacían sus escursiones domingueras á lo largo de la costa, siendo los puntos preferidos San Isidro y San Fernando.

Estas escursiones, tan alegres como pintorescas y que en forma de grandes cabalgatas partían de Buenos Aires los sábados por la tarde, ó vísperas de días festivos, fueron durante muchos años encabezadas por el famoso rematador de la época, Don Juan Arriola, muy acreditado y relacionado entre la colectividad inglesa.

Diestros ginetes, con su pequeño atado á manera de balija, que encerraba el tradicional frac azul, ó color marrón—que les servía de indumentaria de lujo para presentarse arrogantes en los salones que se abrían resplandecientes de buen gusto é hidalguía,—galopaban alegremente por el *Camino de las Cañitas* ó Callejon de Ibañez, bordeando las barrancas costeñas de Belgrano, Rivadavia, Vicente Lopez, Olivos, hasta llegar al *Ombú de la Esperanza*, punto de cita de los jóvenes que venían de Buenos Aires, y sus prometidas, que salían á recibirlos, por lo general, en la tarde del sábado.



Amazona en 1870.

Llegados á San Isidro en las primeras horas de la noche, donde participaban de la cena que en su obsequio se preparaba en casa de las familias donde eran esperados,—y despues de haber bailado toda la noche

del sábado y del domingo, entre fiesta y fiesta á orillas del Sarandí ó en el Bosque Alegre,—esos mismos jóvenes, abuelos ó bisabuelos de las generaciones actuales, emprendían regreso á la ciudad en la madrugada del lúnes para entregarse á sus ocupaciones.

Generalmente otra caravana mayor les acompañaba hasta el *Ombú de la Esperanza*, donde se daban el adiós de despedida las parejas de enamorados que no faltaban en aquellos años de la poesía y del romance. Este viejo ombú, que tiene su larga historia amorosa, ha sido testigo mudo de innumerables escenas en que han sido protagonistas, personalidades de nuestro mundo social.

¡Cuántos viejos enamorados, al pasar bajo sus ramas carcomidas, se trasportarán con la memoria á sus buenos tiempos y refrescarán escenas inolvidables!

De los paseos diurnos, merecen especial mención, los paseos campestres, muchos de los cuales se verificaban en la Chacra del Doctor Castro, donde se daban conciertos. Estos tenían lugar en la barranca de dicha Chacra, situada en Olivos y á la sombra de un hermoso bosque de árboles frondosos que se llamaban *sombra de toro*.

A estos conciertos, solían concurrir personalidades como el Señor Alberdi, don Jacinto Peña, el Doctor Vicente F. López, Don Nicanor Albarellos y otros caballeros. Tocaba el piano, Genara Castex, viuda del Doctor Martinez, la que era tambien excelente cantante; la guitarra la hacia vibrar Don Nicanor Albarellos, y don Jacinto Peña, la flauta.

Amenizaban la reunión, entre otras, las familias de Gutierrez, Castex, Riera, Pacheco, la Señora María Gonzalez de Martinez, hermana politica de Don Ladislao, yá renombrado, y Catalina González de Videla, belleza muy notable y colmada de dones y gracias.

Estos paseos campestres, como aquellas cabalgatas, rara vez tenían lugar sin producir algún resultado social, cuando no era para festejar alguno yá concertado.

En efecto: en casamientos terminaban paseos y cabalgatas, aunque sin ellos mismos había muchísimos y muy á menudo.



Amazona en 1905.

Entre mate y mate

El mate de las Morales

Así, como en capítulos anteriores hemos recordado someramente ciertas costumbres de los últimos años del gobierno metropolitano, — en el presente vamos á rememorar, antes que se nos olviden, algunas otras, posteriores á la Revolución y que gradualmente se han ido modificando ó bien cayendo en desuso.

Empezaremos por el mate.

Contemporáneo á Don Braulio *el de las puntillas*, vivía en la época que describimos, un famosísimo sujeto, á quien llamaban *Cara blanca*, sin duda por la palidez extremada de su cútis. Era un buen hombre, al decir de los que le conocieron, honrado y servicial, que se había establecido en la *Calle de Representantes*, (hoy Perú) con un boliche de comestibles y otras yerbas, incluso la yerba-mate.

Allí acudía todo el mundo á comprarle yerba, considerada entónces como el compendio y suma de to-

das la propiedades curativas que podían encerrarse en la farmacopea.

Por aquellos tiempos, como es bien notorio, no se usaba el té, y pocos tomaban café. Apénas si algunos extranjeros hacían todo el gasto de ambas infusiones. El *mate*, por la mañana, á medio día, á la tarde y por la noche, era la bebida general, popular y de buena sociedad.

Hoy, á pesar de haber aún bastante gente *matera*, en muchas familias está completamente en desuso, y en otras, á penas se toma una vez por día y en privado. Entónces se servía en ayunas, muchas veces se tomaba en la cama, como que había para ello bastante servicio y ménos necesidad de economizar el tiempo; á las nueve ó diez, el almuerzo; entre éste y la comida, mate; de cinco á seis de la tarde, otra vez mate; á las nueve, diez y aún once de la noche, (segun la posición social de la familia) cena; despues mate final, y entre mate y mate, el rosario de costumbre.

La hora aristocrática europea, de almorzar entre once y una, y de comer entre seis y ocho de la noche, aún no había llegado hasta esta parte del mundo.

Pero no divaguemos. La criada que cebaba mate, ó el negrillo que lo servía, caminaban más que un correo mejano, de la cocina á la sala, de la sala á la cocina, multiplicando las idas y venidas por otras tantas veces de servicio, yá hubiese visitas en la casa, ú tuviese lugar alguna improvisada tertulia.

El mate era el estímulo de la conversación, pues inspiraba alegría, aliviaba la garganta y la tos de las señoras mayores, calmaba á los ancianos del asma, y aquel tubo de plata, pasando de boca en boca, recibía todos los alientos, tocaba todos los lábios,



1832. — Niñas porteñas tomando mate.

Grabado de J. Boilly, Paris 1834

desde los sonrosados de las niñas hasta los torcidos de las viejas enfermas y desdentadas.

En ese tiempo la caja de polvillo era indispensable en las señoras de edad y se hacía grande consumo de pañuelos colorados de la India. El mate y el rapé ayudaban, pues, á pasar las largas horas de aquellos días tristes de la tiranía.

Y fué, precisamente á principios de ésta, que tuvo orígen aquel refrán popular: *como el mate de las Morales*, y que toda esa dorada juventud de Buenos Aires, orgullo de esta tierra, divulgó en su prolongada emigración por todos los ámbitos de América, desde la capital argentina hasta el antiguo imperio de los Incas.

Y pues encaja aquí, como anillo al dedo, no queremos privar á muchas de nuestras lectoras de conocer el verdadero orígen de refrán tan esencialmente porteño, como el que nos sirve de título.

Allá por los años de 1836, vivían á la altura de las Chacras de Escalada y Saenz Valiente, en el camino que conduce á San Isidro, cuatro mujeres, de las que una era la madre, viuda de ño Morales, y las tres restantes sus hijas, casaderas y nó mal parecidas. La pobreza del quinchado en que moraban y lo rudo de los tiempos que corrían, las tenían en tales estrecheces, que á menudo una de las tres muchachas se veía en la necesidad de conchavarse con algún vecino rico, á fin de poder sufragar los gastos del mate y del cigarro á que, por aquellos tiempos, no le hacían dengues ni melindres las campesinas ni las puebleras.

Hecho yá conocimiento con la madre y sus tres hijas, diremos para acentuar la localidad, que á veinticinco varas de la reducida vivienda ranchesca, se alzaba frondoso un ámplio y corpulento ombú, que

parecía colocado allí con toda oportunidad, rayando con el Camino Real é interponiéndose entre las ninfas del rancho y los numerosos viajeros que diariamente cruzaban á caballo hácia los pueblitos de la costa.

Estaban entónces á la moda, las giras, cabalgatas y paseos á San Fernando y San Isidro, y como en Buenos Aires los espías de Rozas no permitían á la juventud porteña que se reuniera ni aún para bailar, los jóvenes á cuyo frente figuraban Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutierrez, Vicente Fidel López, Demetrio y Juan Peña, Corvalán, Dominguez, Frías, Cané, Tejedor y tantos otros, se aprovechaban de estos paseos para reunirse solitariamente en el campo, hablar del tirano y de la mazorca, al mismo tiempo que divertirse virtuosa y honestamente,—según ellos lo contaban despues.

Detenida allí la cabalgata, bajo la sombra de aquel gigante de la flora pampeana, veíase indefectiblemente salir del vecino rancho á la viuda Morales, ó bien á cualquiera de sus atrayentes herederas, la que acercándose con aspecto bondadoso, despues de saludar á todos con un: *Guenas tardes les dé Dios!* les preguntaba con cierto retintin lugareño *si no querían tomar un matecito, que ella misma tendría mucho gusto en servirles.*

—Cómo no! replicaban á voz en cuello, ante tan incitante invitación.

Pero....el prometido mate no llegaba nunca. El tiempo corría, el sol declinaba, los caballos yá se habían refrescado y era preciso continuar la jornada.

—Adelante, vamos andando!—decían, y tomaban el galope llevando consigo la ilusión de aquel mate imaginario de las Morales.

Ninguno de aquellos jóvenes que á diario ó sema-

nalmente se detenían al pié del ombú, llegó á conseguir un solo mate, y como muchos eran los chasqueados, el asunto del *mate de las Morales,* llegó á tomarse como refran ó frase picaresca, aplicable á las promesas que no se cumplen y á las cosas que no llegan ni temprano ni tarde.

Y....colorin, colorado,
El *mate* se ha acabado.



1834.—Señoritas de la época, tomando mate.

Dibujo de Ad. Lambrecht.

Las Serenatas

El gusto por la música y el canto, á que tan aficionados se mostraban los hijos de esta tierra, desde principios de siglo, manifestábase generalmente por sendas serenatas, en plena calle y despues del toque de *queda*, rematando algunas veces en tertulias que se improvisaban dentro los hogares favorecidos, á altas horas de la noche.

Estas serenatas eran á manera de certámenes públicos, organizados por los galanes del barrio, al pié de un balcón, donde una ó varias damas á la vez, escuchaban las alabanzas á sus encantos femeninos, ó la poética narración de penas causadas por sus desvios, con el consabido acompañamiento de guitarras, flautas y violines.

Por ese tiempo, figuraban, entre otros, como buenos guitarristas, Trillo y Robles. Ambos enseñaban, y muchas noches acompañaban á los jóvenes aficionados que querían dirigir sus endechas al tierno objeto de su amor.

Mientras alguno de los jovenes ejecutaba el sencillo acompañamiento de una canción, uno, ó los dos

profesores, preludiaban acompañados, algunas veces, de una *bandurria*, y el efecto de esta armónica combinación era magnifico en las calladas horas de la noche. Á más de estas canciones, cuya variedad era inmensa, solía cantarse uno de aquellos *tristes* tan característicos y conmovedores.

Cuando el estado de las calles era malo, por los pantanos ó lluvias constantes, las serenatas se daban á caballo, lo que no era estraño ni en tiempo seco, pues en aquellas épocas y hasta el año 40, no había casa de familia que no tuviese en los fondos uno ó dos caballos de silla.

Y qué estraño sería esto, cuando se pescaba á caballo, los médicos hacían sus visitas á caballo, los mendigos pedían limosna á caballo, y los acompañantes de un entierro, sin excluír los deudos, iban á á caballo?

Entre las frecuentes serenatas de todo calibre que hicieron época en Buenos Aires, se recuerda todavía una, magna por cierto y única entre nosotros, con un gran piano de los llamados *pierna de calzón* que anduvo triunfalmente por estas calles en hombros de cuatro gallegos morrudos á quienes turnaban otros tantos negros. Manuelita Rozas recibió las primicias de esta novedad.

Tan original idea surgió de entre un grupo de asiduos concurrentes al Café de Munilla, anteriormente de *Malco*), cuyo propietario, á más de su carácter jovial y decidor, tenía estremada afición por el piano, á tal punto, que su habitación particular, donde guardaba su instrumento favorito, era el centro de reunión de gran número de aficionados.

Nacer la idea y llevarse á cabo, todo fué uno. A las doce en punto de esa misma noche (víspera de Navidad) convenidas de antemano las piezas que de-



Una serenata á principios de siglo, en las calles de Buenos Aires.
Comp. y dibujo de F. Fortuny

bían cantarse y por quién, salvó el dintel del antiguo *Café de Malco* el pesado piano de Munilla, seguido de más de doscientos acompañantes y de algunos sirvientes con músicas, atriles, faroles, etc.

Los primeros pasos de la comitiva fueron hácia la morada del Gobernador para dar á su hija Manuelita la primera serenata, pues si bien Rozas, por entonces no había mostrado del todo las uñas, se le empezaba á temer y conveniente era obtener su vénia ó aprobación tan siquiera de una manera indirecta.

Por supuesto que los iniciadores de humorada tan original no esperaban ser tan bien recibidos y agasajados, y de ahí que Rivero y Navarro en el piano, como Oyuela, Cabral, Wilde y Miró, en el canto, estuvieran aquella noche admirables en la ejecución de sus respectivas partes.

Satisfechos del éxito obtenido, se retiraron de casa del Restaurador, para dirijirse á la de las familias de la relación de cada uno de los que tomaban parte activa en este nuevo modo de dar serenatas.

La marcha que llevaba esta especie de procesión, que duró toda la noche, era curiosa. Frente yá á la casa convenida, se aproximaba el piano á la ventana con todo sigilo y prontitud; se arreglaban los atriles, la partitura y los faroles; el pianista en turno tomaba su asiento, y los designados para el canto, su correspondiente ubicación. Terminada la serenata, venía la recompensa, es decir, los agradecimientos, las felicitaciones por la idea, y.... ¡abur, Perico! con la música á otra parte.

Esa noche de jolgorio inolvidable, terminó con una graciosa ocurrencia, que por ingeniosa merece ser referida.

La familia á quien iba á darse la serenata, vivía en casa de altos, lo que hasta cierto punto presen-

taba sus inconvenientes, pero como la noche era calurosa, sus moradores dormían con los balcones abiertos.

Esta circunstancia favoreció el intento.

Terminado el canto, cuál no seria la sorpresa de mirones y aficionados, cuando la respuesta inmediata fué un preludio en el piano desde los altos, seguido de la magnifica cavatina: "*Una voce poco fá*.......del inmortal "Barbiere", de Rossini. El aplauso no se hizo esperar.

Así terminó esta magna serenata, que no tenemos noticia se haya repetido.

La costumbre de las serenatas, no se ha perdido del todo en la República. Lo único que se logró abolir, poco á poco, fué la perniciosa costumbre, tan en voga entónces, de *dar música al del santo.* Esto era sin duda muy agradable, si se concretaba á una serenata con buenas voces y buenos tocadores de guitarra. Pero era abominable la aparición, en pleno día, de una murga compuesta de cuatro ó cinco músicos de la legua, en que figuraba un clarinete rajado, un par de platillos idem, un serpentón y una tambora!

En muchas ciudades y pueblos del interior, y aún en los suburbios de nuestra gran Metrópoli, continúan los amadores fieles á la simpática y secular costumbre.



Música... celestial

Diletantismo

Hemos dicho en el Capítulo anterior que entre nosotros hubo siempre decidida afición por la música y el canto, y que llevados de esta afición, los jóvenes se reunían, ensayaban canciones y daban serenatas con frecuencia á deshora de la noche.

Pero en esa época el arte estaba todavía en pañales. No había aún Academia de canto, ni Conservatorio de música, y como los nativos, al igual de los españoles, carecían de maestros compositores, yá pueden figurarse nuestras lectoras cuán mal debían hacerlo, á pesar de todo el empeño y buena voluntad que en ello pusieran.

El maestro Marradas, el mulato Espinosa, Roque Rivero, Remijio Navarro y otros pianistas y guitarristas, que tocaban además la flauta y el violin en las orquestas de los teatros de entónces,—y que por muchos años fueron nones y no llegaron á tres,—eran los que públicamente vivían como profesores de música.

Fué entonces, sin duda, que Don Juan Antonio Picazarri, verdadero iniciador de la música y el melodrama italiano en Buenos Aires, intentó someter á leyes científicas á esos perturbadores del oído del prójimo, formando una *Academia de música,*—como si dijéramos una "Casa de salud" para curar á los monomaniáticos al desentono,—ó escuela para los sectarios de la armonía, dignos de mejor suerte. Su inauguración tuvo lugar á mediados de 1822, con un gran concierto y éxito halagueño.

Poco á poco, el gusto por la música y el canto se fué depurando, generalizándose al mismo tiempo, con la cooperación de profesores tan excelentes como Rabaglio, Massoni, el tenor Rosquellas, Massini, Carulli, Troncarelli y otros que acompañaron despues á Picazarri en su laudable empresa de educación artistica.

Fué, pues, la escuela y la música italiana, sentimental, armoniosa y melódica, la que dominó sin contradicción, siendo muy débil la resistencia que le opusieron los pobres aficionados nativos.

En 1823, yá había en la alta sociedad porteña, gran número de señoritas que cantaban y tocaban el piano con bastante ejecución y esmero. En el canto se distinguian Cármen Madero, Micaela Darragueira, Enriqueta Molina, Feliciana Agüero, (despues de Maldonado) y otras.

En el piano, y en primera línea, Josefa Somellera, Genarita Castex y Florencia Albarellos. La señorita Dorotea Esnaola (sobrina de Picazarri, y que fué luego señora de Gallardo) adquirió tambien cierta fama como pianista.

En el arpa, instrumento favorito en los salones, sobresalían la Señora María Sanchez de Mendeville, con dos de sus cuatro hijas, (Florencia y Clementina)

y en la guitarra hacían prodijios casi todas las muchachas de medianos posibles, acompañándose algunas con canciones tan primitivas como éstas:

Soldadito que vas á la guerra
Con mochila, fusil y tambor,
Siéntate; fumarás un cigarro
Mientras duerme y descansa tu amor.

canciones, cuya sencilléz, nos haría sonrojar actualmente, pensando haciamos el papel del pavo.

Algunos jóvenes se dedicaron también al piano, haciéndose notar, como compositores, Esnaola, Lafinur, Aguirre, Alberdi, y como cantantes, Moreno, Oyuela, Miró, Cabral y otros.

Mas tarde, y yá en la guitarra, en la flauta ó el violin, se distinguieron por su habilidad, Manuel Fernandez, Vicente Rivero, Jacinto Peña, Fernando Cordero y el Doctor Albarellos, cuya ejecución y buen gusto en la guitarra, eran admirables.

La mayor parte de estos aficionados, que más bién merecían el nombre de profesores, eran en esa época los esclusivos compositores de piezas para baile ó canto. En comprobación, hé aquí los nombres de algunas de esas canciones, el de sus autores y compositores que le pusieron música:

Amalia, Florencio Varela, música de R. Navarro.

La diamela, Estéban Echeverría, música de J. P. Esnaola.

La tórtola viuda, J. Rivera Indarte, música de Esteban Massini.

La muerte de Corina, Juan Cruz Varela, música de la Señorita Josefa Somellera.

La despedida de Barracas, letra y música de Vicente Rivero.

Elisa, José Rivera Indarte, música de J. P. Esnaola.

La tirana, Florencio Varela, música de Pablo Rosquellas.

El desamor, Estéban Echeverría, acompañamiento de piano, J. P. Esnaola; para guitarra Manuel Fernandez.

Don Roque y Don Tadeo, duetino bufo por M. P. música de Juan Bautista Alberdi.

Elena, Vicente Peralta, música de E. Massini.

Délia, Hilarión Moreno, música de "Vive feliz ingrata".

y cien más, que pueden verse en el *Cancionero Argentino*, coleccionadas con verdadero amor y cariño por Don Santiago Wilde, en 1837.

Si bien la mayoría de estas canciones en nada ceden á las mejores que más tarde compusieron algunos de nuestros pocos pero buenos compositores, ellas han caído en el más lamentable olvido: yá nadie las canta, ni las recuerda.

Hoy, nuestras más lindas y aristocráticas señoritas, sólo se dignan cantar el *aria* de *Fausto*, el *delirio* de *Lucía* ó la *preghiera* de *Un ballo in maschera*, aunque algunas tengan voz de vizcacha jubilada y levanten mil maldiciones en cada habitante de la vecindad.



Partes Matrimoniales

En el capítulo consagrado á los paseos y cabalgatas, dijimos que rara vez tenían lugar sin producir algún resultado social, cuando no era para festejar alguno yá concertado.

¿Sospechan nuestras lectoras que vamos á hablar de casamientos?.

Efectivamente: en esto venían á parar aquellas diversiones, aunque sin ellas mismas, había muchísimos y muy á menudo.

Entonces no eran indispensables los *trouseaux* de veinte mil pesos, ni lujosas instalaciones estilo *rococó* en palacetes *modern style.* Bastaba un pequeño nido, alegre, simpático, arreglado con más ó menos comodidad en el hogar de los padres del novio ó de la novia, y despues de los primeros días destinados á las espansiones y recepciones de parientes y amigos, el hombre se largaba al trabajo para ganar honradamente el sustento de la familia, hasta hacer la fortuna de que ya gozan muchos de sus descendientes y son hoy las familias más conocidas y consideradas dentro y fuera del país.

El casamiento era una ceremonia sencillísima, desprovista de la ostentación y aparato que hoy se estilan. El cura de la parroquia, ó el sacerdote amigo de la familia, echaba su bendición ante un modesto altar, iluminado por media docena de cirios, y adornado, cuando más, con flores naturales.

El matrimonio de antaño no era una complicación de ceremonias como al presente sucede. Todo era sencillo y se desarrollaba en un ambiente patriarcal, y fuera de la bendición del párroco no se precisaban los requisitos modernos que han hecho del matrimonio, una sucesión de fiestas que comienzan en el átrio al sòn de la *Marcha de Mendhelson*, siguen en la nave principal del templo, se detienen como por accidente delante del altar á los acordes del *Ave María* de Gounoud, pasan enseguida á la sacristía á recibir los plácemes de la concurrencia, y de aquí, á casa de la familia de la novia, donde se realiza la última fiesta, en tanto el órgano y la orquesta *atacan* el *Tanhäuser* con tales brios que obliga á los invitados á retirarse con precipitación.....

Muchos y muchas de los que nos lean, objetarán que aquello era demasiado primitivo y sencillo. Es verdad. Pero antaño nadie criticaba, por que aún no había comenzado el diarismo á meterse en la vida tranquila de los moradores honestos de esta bendita tierra.

¡Que tiempos tan buenos aquellos!

Entonces no se conocían las marchas nupciales, ni los cronistas que dijeran si estaba pálida ó rosada la novia, y mucho ménos los fotógrafos de diarios y revistas que todo lo invaden.

Ahora, los diarios levantan el inventario de lo que reciben las novias, justiprecian el valor de las joyas, enumeran las docenas de ropa blanca con que la

cándida virgen trocará luego su corona de azahar por la casta maternidad, y si no se ocupan del color de las ligas, de las medias y de los zapatos, es....por pura pereza! Mañana publicarán el activo y pasivo de la fortuna de los contrayentes, la nómina de los criados y el apunte de la ropa súcia!....

Pero, no seamos criticones, que nunca ha sido nuestro oficio, y prosigamos.

Los partes matrimoniales lo eran en verdad, y variando en ciertos detalles, pues muchos eran en verso; tenían su forma típica, habiendo desaparecido yá por esa época los epitalamios, tan en voga á principios del siglo pasado.

Hé aquí una *participación de enlace,* que dará idea cumplida de las costumbres de aquella época. Es rigurosamente histórica, y sólo hemos suprimido los nombres de los contrayentes.

Dice así:



Si la aprobación de las personas sensatas pueden contribuir á la felicidad del Santo Sacramento del Matrimonio, F. J...y M. S... solicitan de Vd. la suya.

Buenos-Ayres, Setiembre 2 de 1833



¿No es verdad que es bonito, y que en un acto semejante es cortés, y es tratar hasta con respeto á los

miembros yá constituidos en una posición social?
Los *partes* en forma de verso, tambien se usaban.
Hé aquí otro, relativo á celebración de bodas, un poco estrafalario, pero nó ménos sincero y cumplido:

PARTE DE CASAMIENTO

¿Quién vá?
¿Quién es?
Don Manuel Aragonés
Y Doña Juana Castellanos,
Que hoy se ofrecen
....¡á sus paisanos!
A quienes besan las manos.
¡Bien lo veo!
Unidos por los lazos
Del Himeneo,
En la Calle de la Merced,
Para servir á usted.
Brindemos pues, como hermanos,
¡Oh, benémeritos ciudadanos!
Por tan feliz unión...
Que cuenta para su suerte
Con dinero y corazón
En la vida y en la muerte.

Buenos-Ayres, Octubre 26 de 1835.

Para terminar, agregaremos como dato ilustrativo

que los emolumentos del sacerdote y *gasto de cera*, apenas llegaban en conjunto á *veinte reales!*

Hoy las ceremonias nupciales son caras, habiendo subido enormemente sus emolumentos los señores curas. Sin contar las orquestas y adorno de altares por floristas profesionales, un casamiento en regla, en iglesia de segundo órden, cuesta actualmente al rededor de *cien mil reales* de la antigua moneda, ó sean quinientos nacionales de curso legal.

¿Se dán cuenta nuestras lectoras, cuánto hemos progresado de entónces acá?



1833.—Cortesías callejeras: El saludo.

Dibujo de Malharro.

Entierros y velorios

El maníaco Tertaz

HABÍAMOS resuelto, para terminar con los usos y costumbres de un tiempo que yá fué, ocuparnos también de los velorios y entierros, así como de las necrópolis y enterratorios, pero desistimos de ahondar demasiado este grave asunto, que indudablemente tendríamos que profanar, si nos echásemos á enumerar historias de los velorios de angelitos con acompañamiento de filarmónica y baile, y que si en Buenos Aires no se efectuaron entre la gente distinguida y sensata, no dejó de ser imitada la costumbre, oriunda de algunas provincias del interior, entre cierta gente de la Capital, que también solían *pasarse prestado el angelito*, para seguir el jolgorio comenzado en la casa de sus doloridos padres.

En cuanto á los velorios de personas mayores, los difuntos propiamente dichos, en ellos se observaba mayor compugimiento.

No eran por eso reuniones del todo sentimentales y tan cariacontecidas, como fuera de presumirse en una época en que predominaban el misticismo y los ideales religiosos de ultra-tumba.

Por regla general, en ellos hacían gala de su ingenio los espíritus joviales y ocurrentes, y se bebía y comía con buena disposición y apetito.

Los entierros y funerales eran bastante concurridos, pues su invitación equivalía á la de almuerzo ó comida, que inevitablemente seguía al responso final del sacerdote oficiante.

Aunque el duelo se despedía como hoy *en la puerta del templo*, los circunstantes acompañaban á los dolientes hasta sus respectivos domicilios, y allí, en medio de algunas lágrimas y nó pocos suspiros, se englutía un gran puchero, empanadas, locro y demás menudencias de la cocina criolla, según el peculio de los deudos ó herederos.

Infaltable á estos servicios, era el maníaco Don José de Tartáz, hombre voraz en las mesas que alternativamente frecuentaba, y asíduo al chocolate de regla en las casas mortuorias, quien despues de haber sorbidos algunas jícaras, con marcadas muestras de satisfacción, se largaba con unos versos gauchescos, cuya más fina estrofa era la siguiente:

"Luego viene Doña Blasa
Con diez vejigas de grasa
Y una torta de zapallo,
Matambre, *picana* asada
Con mucho mojo de ají;
La mulita no la ví......
Sin duda estaba guardada."

Esta *poesía épica,* era del mismo estro que los versos al compás de la guitarra en el campamento de la expedición al desierto, el año 33.

Tartáz era un loco inofensivo que nunca mató una mosca. Su felicidad estribaba en comer, beber y dormir. Su glotonería le mató. (q. e. p. d.)



D. [illegible]
[illegible]
suplica à V. se sirva favorecerle con su asistencia al Entierro que se ha de hacer de dicha Finada en el Convento de N. Sra. de Mercedes, que será mañana 9 del corriente à las 8½ de la mañana à lo que quedará reconocido.

Sr. D. [illegible]

Fac-símil de una esquela mortuoria de la época.

(Años de 1810 á 1830.)

Paseos nocturnos

Las retretas

EN capitulos anteriores hemos tenido ocasión de hablar, aunque someramente, de las primeras tertulias, de la confianza y sencillez que reinaba en ellas, como asimismo de los paseos por la Alameda, las cabalgatas á los pueblos vecinos, los almuerzos campestres, etc. etc.

Vamos ahora á referirnos á las *retretas*, diversión sencilla é ingénua, al par que de buen tono en esa época, y que como las serenatas, los baños en el río, y tantos otros usos y costumbres de la vida civil de aquel pasado, han caido en completo desuso de medio siglo á esta parte.

Dos veces por semana, y despues del toque de oración, las calles del Perú y de la Victoria se convertían en centro de la mayor animación y algazara.

Allí concurrían las músicas militares con grandes faroles prendidos; ponían los atriles en la calle, y se interrumpía el tránsito de coches y caballos.

Las bandas de los cuerpos de la guarnición tomaban sus respectivas posiciones, y á las ocho comenzaba la *retreta*. La música del Cuerpo que mandaba el Comandante Aguilar, que era la guardia del Fuerte, tenía fama de ser la mejor organizada y mas completa.

Yá por entónces las tiendas de Cueto y Castro, en esas calles, como las de Elorriaga, Rábago y otras, adyacentes, estaban iluminadas á quinqués alimentados con aceite de patas de los saladeros en Barracas,—lo que significaba un progreso,—ó con aceite de nabo que fabricaba el francés Coulin, en la Calle Cuyo, antigua casa de los Taibos.

Los tenderos, acicalados, consumían el aceite de Macasar para el cabello, que vendía el peluquero Cortés, muy á la moda entónces.

Las mamás, ó finjidas tías, llevaban sus niñas á las tiendas, y aunque nada compráran, ó compráran bien poco,—¡media vara de tul ó dos cuartas de tarlatan! —los pobres tenderos, (tertulianos y visitantes en las casas de sus mismas clientes,) revolvían toda la mercancía, mientras los estirados petímetres atisbaban á las más lindas, desde la calle.

Y había que verlos! Reboleando la fina varita, ó formando un chupón de su puño, se pavoneaban á la hora solemne de la retreta, luciendo el frac azul oscuro ó café, con botones de metal, pantalón blanco en verano, y en cierta época chaleco colorado, divisa y cintillo del mismo color, en el sombrero de copa.

Aquello era matador! Qué ojeadas! Qué suspiros y qué piropos!

Si ellas eran guapas, ellos eran irresistibles.... La *mostacilla*, como se clasificaba entónces á los polluelos, formaba el fondo del cuadro, mientras por edades se agrupaban los pollos y solterones, y se

subdividían por corrillos. Ellas pasaban y repasaban: los sombreros se levantaban en alto, descubriendo todos los matices del cabello, y hasta las calvas venerables de los viejos, seguían el mismo movimiento respetuoso.

Esas cuadras fueron á tales horas muy bulliciosas, y mientras duraba la retreta, había animación y algazara: jolgorio ameno y dulce. Poco era el gasto.

Tarde, cuando las tiendas se cerraban, empezaba el desbande, y la decoración cambiaba por completo. Los tenderos empezaban por sacar las sillas á la calle y se sentaban en mangas de camisa á tomar el fresco, al borde las aceras.

Yá era la hora en que los serenos con sus linternas encendidas, á luciérnagas parecidos, comenzaban chuza en ristre su eterno paseo, cantando las horas, ¡y qué canto! con la indicación de si hacía buen ó mal tiempo. Por ejemplo:

—*¡Las once han dado y ñublado!*

ó bien:

—*¡Las doce han dado y lloviendo!*

de manera que descansando cada uno en su cama, no tenía necesidad de reloj ni de barómetro, porque éste era un servicio policial, desempeñado por gallegos y asturianos que se enganchaban al efecto.

Hoy yá no hay retretas ni serenos. Han desaparecido como tantas otras cosas de un tiempo que no retornará!



1833.—Cortesías callejeras: El saludo.

Dibujo de Malharro.

la multitud de gentes que recorrían las estaciones, por el ruido [illegible] de las matracas, por la infinidad de gente que asistía á los templos con la mayor devoción y que se entristecía por los velos que cubrían los altares, por las campanas que no se tocaban, por los coches y carretas que no salían, por los rezos que se escuchaban no sólo en las Iglesias, sinó en las calles, por los rostros demacrados por la vigilia y la penitencia, y por el desfile [illegible], pausado, de las procesiones que pasaban bajo un sol ardiente y canicular y en medio del silencio solo interrumpido por las matracas.



1830.—Procesión de Nuestra Señora del Rosario en Santo Domingo.
Dibujo del Ingeniero Carlos E. Pellegrini.

Entónces, como ahora, los sastres y costureras *salían de mal año*, cortando ternos de paño negro para los hombres y sargas y rasos del mismo color para los vestidos de las señoras. Todo el mundo estrenaba un traje en los dias de Semana Santa, y los que no podían hacerlo, exhumaban viejos trajes, maravillosamente conservados á costa de la vainilla, del alcanfor ó de la alhucema, en el ropero de caoba ó en el baul chapeteado con clavos de latón.

El Juéves Santo, día de gala de la Iglesia, en el que se rasga el velo del templo, descubriéndose los



1834. Interior de la Catedral de Buenos Aires
Dibujo del Ingeniero Señor Carlos E. Pellegrini.

monumentos, era de órden presentarse con los trajes más lujosos y los colores más vivos, y allí era de verse la orgía policroma de los trajes femeninos que lucian las incomparables y bellísimas damas de esa época,—Agustina Rozas de Mansilla, Florentina Ituarte de Costa, Cármen Bedriñana de Oromí, María Antonia Beláustegui de Cazón, Cármen Zavaleta de Saavedra, Juana J. de Saenz Valienté, Rosa Lastra de Lezica, Monserrat Agrelo de de la Riestra, Ignacia Ortiz de Obligado, Lucía Ríera de Pacheco, Juana Rivero de Barnechea, Angela Baudrix de Dorrego,—mezclada á la elegancia currutaca de los *paquetes* de entónces.

El Juéves Santo á medio día, el comercio cerraba sus puertas, y por la tarde, el Gobernador del Estado con una pequeña comitiva, asistía á los Oficios que se verificaban con toda pompa y recorría las *estaciones* haciendo donaciones en dinero.

Pero entre todas aquellas ceremonias, las más notables y dignas de recuerdo, eran las procesiones, á las que asistía tanta gente que apenas podía caber en calles, balcones y azoteas, procesiones que aún muchos años después de la Revolución, comenzaban el Domingo de Ramos.

Las procesiones eran grandes desfiles y verdaderos actos de devoción. Los asistentes iban envueltos en nubes de polvo, pues las calles carecían de afirmados, y los guiones y hachones los llevaban la gente de representación. La plaza de la Victoria era el centro de estas festividades.

En el arco del antiguo Cabildo se levantaba un altar con el Señor de Nazaret, en donde la procesión que salía de la Catedral hacia allí su *estación*.

El púlpito que ahí se levantaba era una cátedra, donde los oradores sagrados de aquella época que se renovaban con frecuencia, (Canónigos Boneo, Arge-

rich, Elortondo y Palacios, Marin, Moreno, Aldazor, Camargo, Piñero, Echevarría, etc.) improvisaban y leían temas adecuados á dichos días.

Las procesiones de Semana Santa eran cuatro y se efectuaban el Jueves Santo, llevando cada una el Cristo de su devoción.

Y á propósito de procesiones, recordaremos un acontecimiento que pudo haber terminado trájicamente.

Salía de La Merced la procesión del Santo Sepulcro, llevando en andas la Dolorosa, San Juan y la Verónica. No habría llegado á la mitad de cuadra, por Reconquista (entónces de la Paz) entre Cangallo y Piedad, cuando repentinamente tuercen á escape, de esta última calle á la de la Paz, una yunta de bueyes, sin duda perseguidos por su propietario. Los cornúpetos, ó no pudieron ó no quisieron retroceder; el caso es que prefirieron abrirse paso por entre aquella masa de séres humanos.

Más fácil será formarse una idea, que describir la escena que tuvo lugar en ese momento: la gente se atropellaba, cayendo muchas personas al suelo; hubieron sombreros pisoteados, vestidos despretinados y mantones desgarrados, golpes, contusiones y otros percances. Una señora buscaba á su criada, una madre á su hijo estraviado, una atribulada esposa á su marido. Cayeron santos, andas, hachones y faroles, y si no fuera una profanación, tratándose de una ceremonia religiosa, diríamos que aquello se convirtió en pocos minutos en un verdadero infierno!

Afortunadamente, el caso no se ha vuelto á repetir con gran contentamiento de las devotas aficionadas á prácticas religiosas.

Con el andar de los años, aquellas procesiones, encanto y devoción de nuestros abuelos, concluyeron, quedando esclusivamente la del *Corpus*, alrededor de

la Plaza de Mayo, y la de Santa Lucía, en Barracas.

Algunos viejos de antaño, recuerdan hoy día aquellas procesiones con cierta tristeza, como cosas pasadas que vejuvenecen y transportan á los felices años de la niñez; otros aplauden que hayan terminado, y nosotros solamente las hemos descrito como una de tantas costumbres que se fueron y que sin duda no volverán.



Solemne procesión el 25 de Mayo de 1853, en acción de gracias al derrocamiento de la tiranía.

Dibujo de Eusevi.



Doctor Don Mariano José de Escalada Bustillo y Zevallos
(en 1854)
Primer Arzobispo de Buenos Aires.

La porteña en el templo

AUNQUE antaño el bello sexo se preocupase de su blonda ú oscura cabellera, esa mundana preocupación no ha impedido á nuestras compatriotas dedicar al recogimiento y á la oración el tiempo necesario y, á veces, un poco más.

El pueblo argentino ha sido siempre religioso.

Hasta mucho después de 1850, nó solo las damas, sinó la mayoría de los habitantes de Buenos Aires, observaban los mandamientos de la Iglesia con escrupulosa exactitud.

Se santiguaban al pasar frente á un templo, dedicaban ciertos ahorrillos para llevar una vela á la Vírgen ó al santo de su mayor devoción, cedían la derecha al Cura que encontraban en su camino y se hacían cruces, con rapidez prodigiosa, ante la boca abierta, cuando bostezaban.

No se crea queramos decir con esto que hoy el pueblo sea ménos dado á prácticas religiosas, pero en aquellos tiempos había ciertamente más dedicación, y en algunos actos, se notaba un tantico de fanatismo.

Las procesiones se repetían con admirable frecuencia,

y la concurrencia á ellas, como á los templos, era numerosa y casi constante. Verdad es que para cumplir y asistir debidamente á todas las fiestas y funciones de iglesia, era preciso pasarse en ella gran parte del día y aún algunas horas de la noche.

Los templos á que mayor preferencia daban las familias de entónces, por su centralización y riqueza, eran La Merced, San Ignacio y la Catedral, cuyo servicio religioso además, los domingos y días festivos, llegó á encarnar en su economía un atractivo singular, por cuanto cumpliendo cada uno con el precepto de oir misa, todas las familias aristocráticas de orígen, aunque yá democratizadas políticamente, eran infaltables á misa de diez ó á la de una.

A una y otra iban las señoras seguidas de la criada que llevaba *la alfombrita* para arrodillarse, y era curioso ver el lujo de aquellas alfombras cuadradas con flecos de lana, las cuales se tendían sobre el piso, yá embaldosado, de las iglesias, y cada familia ocupaba *su territorio*, se diría así, para hincarse y orar.

Comunmente el tocado que usaban las damas para estos servicios, eran el peinetón, envuelto en gasa negra, con un velo de este color que les cubría la espalda, (véase nuestra lámina, pag. 127) ó la mantilla, elegantemente prendida á la cabellera, predominando siempre en uno ú otro tocado, la elegancia y sencillez.

Terminado el Oficio divino, las señoras regresaban con sus criados, que traían en brazos sillas y alfombras, (en aquellos tiempos las primeras eran escasas en los templos) y era el tono de que fuera ése el acompañamiento rumboso de la época.

Bien sabido es que en las casas acomodadas, este servicio lo desempeñaba una negrilla, y en las más pudientes, un negrillo varón, vestido de paño oscuro,

chaqueta con botones amarillos y gorra de pastel. En tiempos de Rozas, chalequillo colorado y la divisa obligada.

Por aquellos días no eran muy frecuentes los carruajes y sólo en las postrimerías de *Don Juan Manuel*, cuando Palermo cobró gran auge, fué que empezaron los coupés y las volantas. Hasta entónces, eran muy contadas las señoras de Buenos Aires, que como Doña Ana Pantaleón de Fragueiro y Doña Flora Azcuénaga, iban á misa en coche.

En complemento á estas líneas, anotaremos que fué en el templo de La Merced, donde el excelente pintor francés Monvoisin, encontró una de sus más bellas y elegantes inspiraciones, para su celebrado lienzo: *Una porteña en el templo.*

El cuadro existe en Buenos Aires, y como los de Pellegrini (padre) describe toda una época: representa á la Señora Rosa Lastra de Lezica,—una beldad de mediados del siglo pasado,—postrada de hinojos y orando contrita, en medio del templo envuelto en una ténue penumbra. A su lado se destaca un pequeño negrillo esclavo, vestido de frac y pantalón corto, como era la moda entre las familias pudientes de entónces. La expresión, la actitud reverente, el colorido místico y los detalles generales del dibujo, especialmente en lo que concierne al poético trazado del perfil angelical de las facciones, hacen del cuadro de Monvoisin una obra digna de figurar entre las mejores.

El grabado que acompaña á estas pájinas, y que lleva la rúbrica de Palliére, creemos sea una imitación del de Monvoisin.

Bueno ó malo, él salva una de las deficiencias de este libro!



1843.—Dama porteña en el templo de la Merced.

Dibujo de A. Palliére.

El Teatro ó Coliseo viejo

Actores y Actrices

OH! vicisitudes humanas! Cómo cambian los tiempos y las cosas!

Cómo se derrumban los clásicos monumentos al par de las masas informes que sirvieron durante décadas como punto de cita de la sociedad porteña, y en cuyos tablados, tantos de nuestros paisanos y de los extranjeros, ciñeron el zueco cómico ó el coturno trájico.

Así ha participado de esta suerte el *Teatro Argentino,* situado en la esquina frente á la Merced, donde hoy se encuentra lo que se denomina *Pasaje del Teatro Argentino*, convertido por obra y gracia de Don Melchor Rom en hacinamiento de escritorios, que son otros tantos templetes al becerro de oro.

Pero alegres reminiscencias se ligan á aquellos sitios, que si nunca fueron sagrados, han sido siempre simpáticos á los porteños.

En ese teatro de muy modestísimas proporciones,

pues era largo y angosto, con dos hileras de palcos y la renombrada cazuela,—en ese teatro, denominado sucesivamente, y hasta 1838, *Casa de Comedias, Teatro, Coliseo, Proscenio* y *Coliseo Viejo*,—que empezó por ser alumbrado con velas de baño, luego con velas *de molde*, despues con quinqués de aceite y más tarde con lámparas á querosén, allí, decimos, han brillado actores nacionales que subieron á las tablas por que amaban la gloria y se embriagaban con los aplausos, sin pensar que morirían en la miseria ó en el destierro.

No describiremos aquella primitiva construcción, cuyo frente destituido de todo ornato, ostentaba por entrada un portón de pino, más aparente sin duda para cochera que para teatro y que tuvo el privilejio de conservarse inconmovible por muchos años, en medio del más franco atropellamiento de las reglas de la arquitectura, de la acústica y hasta de la higiene.

Veíase, al entrar, la casucha ó enrejado de la *boletería,* donde un tal Figueroa se quejaba, á ratos perdidos, de los caprichos de la fortuna que había elevado á su hermano al rango de Gobernador de una Provincia argentina, mientras él tenía que atender las exijencias por *lunetas de patio* y de cazuela, y correr con la difícil cobranza de palcos por temporada.

Algunas veces por ausencia del cobrador de entradas, le reemplazó su propietario, el excelente hidalgo Don José Olaguer Feliú, hijo de un Virrey de Buenos Aires y antiguo paje de Cárlos IV. Otro tanto hizo despues Don Pedro Lacasa, militar y poeta colocado en aprietos por no poder complacer á tanto federalote empeñado en tener asiento visible en las funciones dedicadas á Manuelita Rozas con su cortejo de adoradores.

Larga sería la nomenclatura de los alumnos de Euterpe y de Thalía que allí se estrenaron.



¡VIVA LA FEDERACION!

TEATRO.

FUNCION 20 Y ULTIMA DE LA 2.ª TEMPORADA.

El Domingo 31 de Julio de 1836.

Grande Espectáculo.

Abierto el proscénio se tocará una de las mas brillantes sinfonias, en seguida, se representará el interesante Dráma en 4 actos, titulado:—

La Subordinacion

MILITAR.

En el cual se hará visible (*segun lo permite nuestro escenario*) una vistosa BATALLA la que formará el *cuarto acto*, del enunciado *Drama*.

Apesar de las erogaciones que es necesario hacer para poner por segunda vez en escena la enunciada pieza, la Empresa no ha trepidado en su ejecucion, desde que personas respetables se han insinuado por su repeticion, teniendo á mas en consideracion que el dia en que se exhibió, muchos individuos no alcanzaron apoyaduras en razon de la numerosa concurrencia.

Terminando el todo de la funcion, con un divertidísimo—

Fin de Fiesta.

A LAS SIETE.

IMPRENTA DE LA LIBERTAD, CALLE DE LA PAZ NUM. 55

1836.—Fac-símil de un programa del Teatro Argentino, cuando sólo se llamaba TEATRO.

(De nuestro Archivo.)

Las óperas de Rossini, algunos de cuyos trozos escojidos habían formado el aprendizaje de las niñas y

las delicias de las tertulias, bajo la enseñanza de los maestros Aspillaga, Tiburcio y otros que yá nombra-

¡Viva la Federacion!

COLISEO.

FUNCION 20 Y ULTIMA DE LA 2.ª TEMPORADA.

EL JUEVES 6 DE JULIO DE 1837.

Abierto el proscénio con las dos sinfonías de costumbre se representará el acreditado dràma en tres actos y en prosa, con el titulo de:---

EL LIBERTADOR.

El que por su interesante argumento ha merecido yà la aceptacion de este público ilustrado en el año anterior, pues los tres hermosos cuadros en que está dividido, designados con el titulo de:—

EL ENGAÑO,

de que se compone el primer acto—

EL SORDO-MUDO-

que forma el argumento del segundo y—

UNA MADRE-

En que está sostenida con la mayor destreza y maestria dramática el tercero, son objetos que jamas podrán mirarse con indiferencia en la escéna, siempre que se presenten en élla con alguna mediana propiedad, á cuyo fin aplicarán todos sus esfuerzos los actores y actrizes encargados de su ejecucion.

Y terminará la funcion con un divertido— FIN DE FIESTA.

A las 6 y media.

NOTA:— Se está preparando para la primera funcion de la tercera temporada, que tendrá lugar el Sábado ocho del corriente, una preciosa comedia nueva, del literato compatriota nuestro D. VENTURA DE LA VEGA, con el titulo de:—

El Marido de mi Muger.

IMPRENTA DE LA LIBERTAD.
Calle de la Paz, Numero 55.

Fac-símil de otro programa del Teatro Argentino, cuando se denominó COLISEO, año 1837.

(De nuestro Archivo.)

mos, habían tenido su ensayo vocal é instrumental en el salón del Señor Picazarri, (no confundir con el Presbítero del mismo apellido, chantre de la Catedral

muchos años antes) donde recibiera las primeras impresiones, su digno discípulo y sobrino, el elegante pianista Don Juan Pedro Esnaola.

En efecto; por aquella época (1824) en que llegó á Buenos Aires la primera compañía de ópera, ya se conocían aquí, y eran familiares, tanto para concierto de piano, bandas militares y hasta *para la guitarra*, los más selectos trozos y motivos del *Barbaro* de la *Cenerentola*, del *Turco eñ Italia*, *La gazza ladra*, *La italiuna en Argel* y varias otras composiciones, cuyas overturas, árias, duos, trios, nos llegaban para todo instrumento, precedidas de una fama europea, mucho antes que viniera la compañía de los Tani y de quienes tanto bueno decían los viajeros.

Con estos trozos por vanguardia, puede juzgarse del efecto é impresión que hicieran en el público porteño las representaciones líricas que dieron principio con *El Barbero de Sevilla*,—anunciadas en cartelones, pegados desde la víspera por todas partes, por el celebérrimo Urbina, eterno repartidor de "La Gaceta Mercantil."

Il Barbiere di Siviglia, se representó con éxito creciente. La compañia de los Tani cautivó al selecto auditorio, cosechando aplausos sinceros y entusiastas, muy especialmente Angela, que era la dama joven de ese apellido, quien interpretó magistralmente las harmonias de tan clásicas composiciones.

Los diarios de entónces prodigaban alabanzas bien merecidas á esos maestros de un arte que sorprendía por la novedad de las obras y el talento de sus intérpretes.

La comedía, la tragedia y el drama alcanzaron también en el Argentino, una voga extraordinaria.

Florecían á la sazón, ó más bien se ajitaban en los chiribitiles del teatro, ó en el bufete de los en-

cargados del pago, la antigua Campomanes, que entretenía sus ócios en fumar, cuando no estudiaba los papeles de doncella, de dueña ó de criada, en que solia ser eximia.

Felipe David era el favorito del pueblo. Su aparición se saludaba con estruendosas carcajadas. Su fisonomía pasaba con rara movibilidad de la apariencia de un viejo decrépito á la del majo más apuesto. Poseía el dón de hacer reir y bastaba mirarlo, para sentirse aguijoneado por la risa. Era su fuerte el sainete "Los tres novios imperfectos", en que para dar á deshora serenata á una muchacha, pulsaba ó rascaba el arpa, cantando una copla anticuadisima, ó bien una endecha, imitando los píos y cacareos de un corral de gallinas, introduciendo además de su propia cosecha, novedades humorísticas de tal calidad que hacían desternillar de risa al muy respetable público de entónces.

El rol principal de este sainete, una de las composiciones de mayor efecto cómico en su género, era desempeñado bajo una lluvia de estruendosos ¡bravos! y aplausos, por el genial artista Casacuberta, que entraba yá en los albores de su gloriosa carrera artística.

Solia amenizar la función el bailarin *Musiú Catón,* que saltaba sobre las tablas, no sabemos si más de un metro, pero con gran cuidado de mantener la integridad de sus calzones, tan ajustados que las previsoras matronas ya tenían preparados sus abanicos para el caso inminente de una espantosa ruptura.

El, sin embargo, seguía impertérrito con su aire de jaco y la sonrisa que entreabría sus labios acardenalados.

Eran de otra importancia, y aspiraban á mejor timbre en la representación del teatro antiguo y moderno,

Don Joaquin Culebras, español, y el pardo Viera, argentino, hijo de humilde lavandera.

El primero se gozaba en las escenas terribles, sobre todo cuando tenía que caer desfallecido, como en la trajedia de Aristodemus. El otro, prefería los golpes de aparato, como en las piezas alegóricas, luciéndose en el papel de General San Martin á caballo, proclamando sus guerreros.

Y qué decir de Casacuberta, dramaturgo eximio y trájico notabilísimo, de Velarde y Quijano, de Gonzalez padre é hijo, del altivo Ruiz y del mulato Ximenez? Oh! quién no haya visto *La carcajada* por este trájico, ó *Los seis grados del crimen*, no puede formarse ídea de su talento natural. Pudo faltarle escuela ó modelos que imitar, pero su génio, su penetración, le hacían comprender las pasiones que representaba y se identificaba con su papel, conmoviendo al auditorio sobrecojido.

Y de las actrices, Trinidad Guevara, Matilde Diez, Josefina y Manuela Fúnes, Alvara García y tantas otras? Fueron aplaudidísimas en sus caractéres sentimentales. Nunca el amor tuvo más ternura que en sus labíos!

Todos y todas eran criollos, habían nacido aquí y representaban por vocación. Ese era el comienzo de un teatro propio.... Después han venido compañías españolas, italianas, francesas, alemanas.... pero los criollos han desaparecido de la escena!

Actores y actrices han muerto yá, y de los aplausos de entónces, de los entusiasmos de aquellos tiempos, no queda ni el recuerdo.

¡Qué fugáz es la gloria del teatro!

Las veladas del Argentino

Don Pepe y las cazueleras

En los años á que preferentemente nos venimos refiriendo, no ostentaba nuestra gran aldea más teatro, propiamente dicho, que la antigua *Casa de Comedias*, *Coliseo viejo ó Teatro Argentino*, como se denominó más tarde, para diferenciarlo del *Teatro de la Victoria*.

Diez años antes de la inauguración de este último, yá funcionaba el *Vauxhall* ó *Parque Argentino*, situado en la actual Calle Uruguay, entre Viamonte y Córdoba, centro de diversión verdaderamente á la europea, que se adelantó á su época y llegó á ser por los años de 1830 á 1832, el punto favorito de reunión de las familias anglo-porteñas, especialmente los domingos, en cuyos frescos jardines tocaba una banda de música.

Allí, á más de actuar alguna compañía ecuestre, se representaban comedias y sainetes,—la mayor parte arreglos ó traducciones del inglés,—pero sea debido

al *programa* que no satisfacía, á lo distante que del centro quedaba el teatrito, ú á otras causas que no vale la pena averiguar, ello es que Don Santiago Wilde,





Anverso *Reverso*

1828.– Pequeño disco de cobre que servía de *entrada* al Parque Argentino ó Vauxhall, como le llamaban los ingleses.

De la colección del Sr. Miguel E. Beccar.

propietario, empresario y director, á fines de 1838, se vió precisado á cerrar sus puertas.

Con la clausura del *Vauxhall* coincidió la inauguración del *Teatro de la Victoria*, (el 25 de Mayo de ese mismo año) cuyos propietarios, los Plaza Monteros, tenían entre paréntesis un par de lindísimas hermanas, que noche á noche, lucían su belleza en el palco *avant scene* que ocupaban, á la derecha del espectador, propiedad de la familia.

Este teatro fué inaugurado por un notable artista, el gran comi-trájico Lapuerta, que vino de España, importándonos el romanticismo militante de Victor Hugo. Estrenóse con el drama de Larra *El Mesías*, que atrajo á su representación todo el Buenos Aires social y artistico de entónces, quién lo escuchó atentamente y lo aplaudía con frenesí siempre que declamaba estos versos:

¿Ibate, pues, tanto
En la muerte mía,
Fementid, hermosa,
Más que hermosa, ingrata?



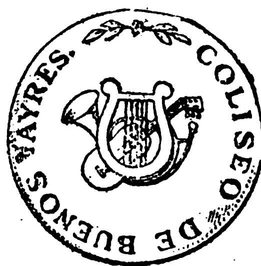
1857.—La cazuela del Teatro Colón, en su fiesta inaugural.

Dibujo de A. Palliére

Cuando esto se oía, con la entonación ampulosa y mímica *vivace* que estilaba Lapuerta, el teatrito de la Victoria, se venía abajo, como suele decirse, so-



Anverso



Reverso

1832.—Pequeño disco de cobre, que como todos los de su época, y hasta 1840, servía de entrada al antiguo Coliseo ó Teatro Argentino.

De la colección del Señor Miguel E. Beccar.

bre todo en lo que se había dado en llamar "el palco de Lezama", lugar que adquirió cierta celebridad...

En seguida de Lapuerta, llegaron la Duclós, el célebre Ortiz, Matilde Larrosa y otros y otras que arrastraron luego al poeta Mármol á hacerse autor dramático, escribiendo piezas de éxito dudoso á pesar del entusiasmo con que entró en el oficio.

Pero volvamos al *Argentino*, sobre cuyo proscenio se leía la siguiente inscripción:

Es la comedia espejo de la vida.

más breve sin duda y sentenciosa que la que ostentaba el telón de boca del teatro de la Victoria:

Se reune en este punto,—deleite y utilidad;
Pugnan la virtud y el vicio:—se enseña moralidad.

Por entónces, á las representaciones del Teatro Argentino, acudía todo lo más selecto y grave de la

aristocracía porteña, yá á reir estrepitosamente con las muy aplaudidas petipiezas *Manuel Mendez Injun-*

¡ VIVA LA FEDERACIÓN !

TEATRO

DE LA VICTORIA.

13.ª *Funcion de la* 1.ª *Temporada.*

EL DOMINGO 17 DE JUNIO DE 1838.

Para el dia indicado, la Sociedad Drámatica perteneciente á este establecimiento, egecutará la interesante comedia en verso y de costumbres, en cuatro actos, nominada——

EL OPRESOR

DE SU FAMILIA.

Traduccion de la del Frances, por D. Antonio Solis, que con el titulo de TIRANO DOMESTICO, escribió el célebre Picard.

En seguida, y á fin de complacer á un número considerable de concurrentes, se repetirá por los SS. Villarino y Quijano—

LAS BOLERAS DEL TRIPILI.

En las que el Sr. Quijano baylará en carácter de bolera.

Será abierta la funcion con una armoniosa sinfonia, intermediada por escogidos períodos de música, y finalizará el todo, el divertidísimo fin de fiesta——

EL HONOR EN LOS MARIDOS,

Y prudencia en las Mugeres.

Dará principio á las 7.

NOTA —— Se está preparando para la semana entrante, una interesante comedia nueva, titulada——

EL DELIRIO POR AMOR.

IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.

1838.—Fac-simil de un programa del Teatro de la Victoria, en sus primeras funciones.

De nuestra colección.

dia, *El abogado trás los montes y El gastrónomo sin dinero*,—en cuyo rol jamás tuvo rival Casacuber-

ta,—ó á llorar convenientemente en *Espinas de una flor,* arrojando pañuelos húmedos á los piés de Matilde Larrosa....!

VIVA LA FEDERACION.

Teatro Argentino

FUNCION OCHO DE LA PRIMERA TEMPORADA

A BENEFICIO DE

Juan Casa-cuberta.

DIRECTOR DE LA COMPAÑIA PORTEÑO-DRAMATICA.

EL LUNES 30 DE ABRIL DE 1838.

Al ofrecer á mis Compatriotas para este dia la funcion que se exhibe a mi Beneficio, tengo el placer de llenar un sentimiento de gratitud por la ilimitada indulgencia que os dignais acordar á mis tareas escénicas. Penetrado del mas vivo reconocimiento, y pesando sobre mi ánimo vuestra conocida deferencia, haria una injusticia á mi corazon, y traicionaria mis mas caros sentimientos, sino procurase en algun modo descargarme del enorme peso de la deuda de distinguidas consideraciones, que constàntemente me habeis dispensado. Para alcanzar tan noble objeto, y no desmerecer jamas vuestra benevolencia, he procurado presentaros un espectáculo tan interesante como agradable. Yo presiento que le dispensareis la mas favorable acojida, desde que el menos atento espectador no podrá menos que confesar el relevante mérito que en si encierra. Tal ès el que tengo el honor de poner en escéna, en el òrden siguiente.

A la apertura del proscénio, el Director de la Orquesta hará ejecutar dos Sinfonías de las mas modernas, y del mejor gusto. Seguirá la representacion en tres actos, de la ingeniosa Comedia NUEVA en verso, cuyo título ès—

LISONJA A TÓDOS.

En intermedio la Niña Teresita Torre y Tagle, recitará el gracioso Monólogo intermediado de música, conocido por

MARIQUITA LA GOLOSA.

Por conclusion se exhibirá la divertidísima pieza NUEVA en un acto, nominada ——

EL DIA MAS FELIZ DE LA VIDA.

¡GENEROSO PUBLICO! He ahí el todo de la funcion que mis esfuerzos y afanes por complaceros ha podido reunir. Si el éxito corresponde á mis esperanzas, nada tendrá que desear á quien no tiene, ni ha tenido mas aspiracion, que captar vuestros beneplácitos. Plegue al Cielo que pueda llenar mis votos, y que por prémio de mis afanes, os dignaseis pronunciar ¡¡HA LLENADO SU DEBER.!! Vuestro mas obsecuente ——

JUAN CASA-CUBERTA.

Se dará principio á las siete.

Imprenta de la Libertad, Calle de la Paz Núm. 55.

Fac-símil de un programa del Teatro Argentino, anunciando el beneficio del actor Don Juan Casacuberta, 1838.

(De nuestra colección.)

Un escritor argentino de renombre, en un cuadrito de mano maestra, hace una descripción animadísima

y llena de gracia, de aquel nuestro primer teatro (del siglo XIX) en noche de función. Como él ha de interesar vivamente á nuestras lectoras lo transcribimos sin mayores preámbulos. Por otra parte, bien merece los honores de la transcripción, palabra tan autorizada y sincera:

Hàbla el testigo ocular:

"Son las seis y media de la tarde. La concurrencia vá llegando, dirijiéndose directamente, unos á la boletería en busca de asientos que yá no hay, otros á la puerta principal donde los recibe Culebras, el famoso cómico de la época, que está allí con ese objeto, con su afectada amabilidad, lo que no priva que vijile á los porteros y acomodadores ó de que algún travieso pretenda colarse sin entrada.

"Señoras solas y acompañadas ván á la puerta del *gallinero* (cazuela) y suben con el consiguiente trabajo por la estrecha y empinada escalera de madera sin pulir.

"Vánse formando grupos de personas que se codean y empujan por entrar.

"Carruajes de distintas formas, modas y tamaños, llegan á la puerta del teatro, tirado por poderosos troncos y más robustas *cuartas*, conduciendo á más de los viajeros, media docena por lo ménos de sillas en la tolda y trasera, que son llevadas al palco, alquilado por esa noche.

"Y como la hora se aproximaba, iban llegando las señoras más encopetadas, que cruzàban por entre medio de una calle, formada á la entrada, por majistrados y militares con sus trajes de gala, chacareros con su habitual poncho, chiripá y sombrero gacho, sacerdotes y frailes enclaustrados, médicos,—muy pocos,—con su bastón borlado, comerciantes al menudeo con sus zamarras de barragán, hombres del pueblo, y nó pocos de "color", con chaquetones de mahón,

burlón ó cotonia; mujeres con pañolones, rebocillo ó mantilla.

"Véis aquellas matronas y señoritas que ván ocupando indistintamente los palcos bajos y altos, y á quiénes los caballeros más notables, saludan con el mayor respeto?



La antigua Casa de Comedias, en 1824.
Dib. de Fernandez Peña.

"Son las venerandas damas fundadoras de la bendecida *Sociedad de Beneficencia*, instituida por Rivadavia: Mercedes La Sala, María Cabrera, Isabel Casamayor de Luca, Joaquina Izquierdo, Flora y María del Rosario Azcuénaga, Cipriana Viana y Boneo, Manuela Aguirre, Josefa Gabriela Ramos, Justa Floquet de Sanchez, Estanislada Cossio de Gutierrez. Y con ellas, ved á sus cercanos parientes,—padres, hermanos, esposos,—próceres unos del recinto de las leyes, glorias otras del ejército, miembros notables del foro, del Estado, de las letras....

"Ván llegando á los palcos, los ricos propietarios y comerciantes pudientes del Sur: Arroyo, Lezica, Rodriguez, Gómez, Medrano, Ansorena, Maza, Ruiz, Ortega, Carrasco....

"Los cómicos miran por el agujero del telón de boca y cuchichean regocijados:

—"¡Caramba! Hay que portarse esta noche.

—"¡Si parece que vamos á tener toda la corte!

—"Solo falta el gobierno.

"Y efectivamente, toda *la corte,* si así podía llamarse, estaba allí con sus damas de honor, sus gentiles hombres y sus preclaros génios....

"Cámbianse saludos de palco á palco, de luneta á cazuela, produciéndose en ésta una algarabía de discordantes diapasones mujeriles, señalando á fulanito ó menganito, pidiendo á voces la localidad que se ocupa "equivocadamente" y á voces hablando sobre los trajes, sobre los cómicos, la trajedia, el sainete, etcétera, etcétera....

Hasta aquí el testigo de referencia que tan linda pájina nos proporciona. Sigamos nosotros con otros apuntes complementarios de diversa índole, pero que integran nuestro trabajo.

Las señoras de aquella época, jamás concurrian como se acostumbra hoy, á *lunetas* de platea, sinó á palcos, prefiriendo los *bajos* cuando querían aparecer con trajes más sencillos, bien que sabían combinar en ellos la elegancia con la sencillez: el cuello y el seno lijeramente descubiertos, lo suficiente para excitar la admiración sin ofender la modestia. En cuanto á adornos, llevaban á lo sumo una cadena de oro al cuello; allá por el año 24 ó 25, manga corta.

Mientras no invadieron los monstruosos peinetones, el cabello, llanamente arreglado, sujetábase con una pequeña peineta, completando el hermoso conjunto, unas cuantas flores naturales ó artificiales. Entónces podía decirse con verdad: "Esa jóven, en medio de su estremada sencillez, lleva el lujo, el exhuberante lujo del buen gusto y de la elegancia."

¡Cuánto más cómodas y *á son aise* deben haberse encontrado las señoras de aquella época, que las que hoy gimen bajo el peso de los atavíos y extravagancias con que el despotismo de la moda las ha recargado!

Las familias que ocupaban indistintamente los palcos, pertenecían más ó ménos á una misma clase de la sociedad, pero la concurrencia femenina que asistía á la *Cazuela* (vulgarmente llamada *gallinero)* notábase más mezclada, viéndose algunas mujeres, aunque de color, muy *señoronas* como se decía, en su porte y modales.

En efecto, entre las *diosas* de la cazuela había damas y niñas de todas las capas sociales, pero el modo de conducirse verdaderamente era tan ejemplar que hacía honor á nuestras costumbres. Un escritor inglés de entónces, decía que el teatro de Buenos Aires á este respecto, podia servir de ejemplo para aquellos países más avanzados en cultura!!

Muchas señoras y niñas de las principales familias, íban pues, una que otra vez á la *Cazuela*, cuando no querían engalanarse como para ocupar palco.

Las jóvenes, particularmente, tenían un gran recurso en la Cazuela. Allí se daban cita las amiguitas que habían inducido á sus mamás ó á sus tias, á que las llevasen, y hablaban largamente y con descanso, de los asuntos referentes todos al corazón, haciéndose recíprocas confidencias: se contaban los incidentes, los encuentros, las entrevistas, etc. etc. Allí una ofrecía á la otra, mandarla llamar sigilosamente la tarde ó noche en que Fulano ó Zutano fuese de visita, á fin de que tuviere lugar un encuentro al parecer casual.

Todo esto, como se comprende, era imposible sujetar á la etiqueta del palco, y de ahí la preferencia

que en ciertas y determinadas ocasiones se tenía por la Cazuela.

¡Cuántas cartas y billetes se leían allí, que unas á otras se mostraban en confianza, á pesar de la sonrisa maliciosa de *Don Pepe el de la Cazuela*, que todo lo pispaba con sus grandes ojazos de gato enamorado.

Este personaje, de un carácter afeminado, y cuyo verdadero nombre era José Zapucci, se había hecho célebre entre el elemento femenino de los teatros. Almacenero en sus buenos tiempos, arruinado luego por veleidosos amores, que siempre le fracasaron como su comercio de comestibles y bebidas, (á las que tambien era aficionado), no faltó alma caritativa, que le hiciera sentar plaza de acomodador en la Cazuela del Argentino, de la que luego pasó á la del Victoria y más tarde á la de Colón.

Allí se lo pasaba Don Pepe alegremente, en las noches de función, acomodando cazueleras, refrescándolas en los entreactos con horchata de pepitas de durazno, machacadas, ó *ágrio* de naranjas, que solía permutar á veces por el aceptamiento de suspiros inofensivos ó chicoleos extravagantes, dichos en su media lengua ceceosa y estrafalaria.

Y cuando le soplaba Apolo,—y aunque no le soplara, lo mismo,—endilgábales á las primeras de cambio, alguna de sus deschavetadas lucubraciones en prosa ó verso, estupendos monólogos de abortivos teatrales que en sus ratos de chiflatura cómico-lírico-poética, engendraba su reblandecido cacúmen. Por supuesto, que todo aquello, hacía la sin igual chacota de las turbulentas cazueleras, entre quiénes, por otra parte, nadie como él sabía poner órden y paz!

¡Cuántas viejecitas de hoy, que yá no salen á luz imposibilitadas por sus años, recordarán todavia, aunque débilmente, esos inocentes entretenimientos de

entónces en la cazuela del Argentino ó en la del Victoria!

Estas fueron, puede decirse, durante infinidad de años, un jardin de flores vivientes de señoritas, de las más lindas y prestijiosas de la época y de la aristocracia que lucía sus galas, antes que la enriquecida *bourgoissie* nos invadiera.

Entre las que llevaban la voz, (de veinte años después), se destacaba la prestigiosa Carolina Senillosa, que con sus compañeras Juana y Carlota Gallino, Máxima Zamudio, Rita y Celestina Pinto, Mercedes Oromí, Avelina Pinedo, Pepita Larrazábal y otras, inventaron la lluvia de *flores deshojadas*, (que pronto parodiaron para los artistas de Colón) con la cual festejaban, al final de cada noche, al noble y aristocrático pianista Thalberg, en admiración á su genial talento.

La salida de la Cazuela era un espectáculo interesante. Allí, entre tantos lions que formaban dos estrechas hileras para la consabida revista, veíanse nó pocos que ocultaban bajo su embozo la gravedad de sus años ó de su situación, confundiéndose entre ellos el galante octogenario Don Gregorio Gómez Orcajo, cuya conversación festiva, anecdótica y locuaz, hacía la delicia de sus oyentes, pues la crónica social, las aventuras galantes, las intrigas políticas, eran expuestas con tal colorido, que cuantos le escuchaban creían á veces asistir á un mundo en el que no habían vivido.

Todos se retiraban contentos y satisfechos, tarareando las últimas notas del sempiterno wals que un negro veterano en la orquesta tocaba yá, sobre el violín, como quien duerme sobre sus laureles.

Tertulias memorables

El salón de Madame Mendeville

Si es verdad aquello de que "la sociabilidad ha debido nacer del miedo á la intemperie", no lo es ménos que tal miedo ó tal sociabilidad ha existido siempre entre nosotros.

Llámense saraos, reuniones, veladas, recepciones, tertulías ó *soirées,* desde que los Virreyes no sospechaban que pudiera vivir un escritor llamado Voltaire, hasta que todos nos creemos enciclopédicos y capaces de componer un Micromegas, en las provincias del Rio de la Plata, y muy especialmente en Buenos Aires, la gente ha tenido siempre placer de reunirse para conversar, hacer música, bailar, criticar la belleza ó la fortuna de las mujeres, y hablar de política, de negocios, de religión, etc., etc.

Las tertulias de ogaño se parecen escasamente á las de antaño. Recuerdan testigos de gran autoridad que, entre otras varias familias distinguidas en cuyas casas celebrábanse á menudo esta clase de reuniones,

estaban las de Escalada, Thompson, Alvear, Luca, Oromí, Barquin, Soler, Balbastro, Rubio, Sarratea, Riglos, Rondeau y otras que yá nombramos,—reuniones que se improvisaban por lo general sobre el núcleo de los íntimos y ponían de manifiesto la familiaridad culta, sencilla y digna que mediaba entre damas y caballeros como consecuencia de la vida social que frecuentaban.

Ultimamente hemos visto con verdadero placer una especie de resurrección de estas costumbres en casa de los esposos Guerrico, celebrando sus bodas de oro, pero como no es nuestro ánimo hablar del tiempo presente, sinó del tiempo pasado, nos limitaremos á recordar aunque someramente, los principales centros sociales de aquella época, donde tenían lugar esas encantadoras reuniones en que predominaban, al par de la cultura más esquisita, la mayor cordialidad y confianza.

A principios del siglo XIX, el salón de bailes y recibos, de Doña Mariquita Sánchez de Thompson, era el más espacioso de Buenos Aires. Medía una trece varas de largo por seis de ancho, y podían en él bailar cómodamente sesenta parejas, sin que las molestáran los circunstantes instalados en los asientos que circuían la sala. Y no es tanto de notar que fueran muchos los concurrentes, como el que allí nó entrara sinó quien por su propio derecho mereciera alternar con lo más encopetado del país.

Este tradicional y hermoso centro de reuniones sociales predominó en la alta sociedad porteña, desde la primera invasión inglesa hasta mucho despues de la caída de Rozas, es decir, mediante medio siglo. Por él desfilaron todos los hombres más eminentes de la generación de Mayo y las damas de mayor distinción, belleza y elegancia que vieron la luz pri-



1813.—La primera audición del Himno Nacional, en el salón de Mme. Thompson (Florida 273).

Comp. y Dibujo de J. Olivella.

maveral de principios y mediados del siglo pasado.

A la mesa de "malilla" de Madame Thompson, -juego en voga hasta 1820—se sentaron Liniers, Escalada, Saenz Valiente, Lezica, Pueyrredon, Berresford y sus ayudantes prisioneros,--y algo más tarde, concurrían allí, San Martin, Alvear, Balcarce, Sarratea, Rivadavia, Brown, Larrea, Monteagudo, Rodriguez Peña, Lafinur, oidores, canónigos y demás eminencias políticas y militares de los albores de la independencia sud-americana.

Algunos médicos y publicistas, como Carta Molina, Gaffarot, Belmar, Loreille, el físico Lozier, el botanista Ciarinelli, el economista Wilde, el pintor Gould y otros, animados de la más esquisita galantería, solían también reunirse en ese gran salón, á pasear su espíritu por las grandes novedades del tiempo y por los bazares de la causa del país.

Mientras Belmar lucía su intimidad con Benjamin Constant y trazaba los caractéres de su talento y de sus doctrinas ante la atención encantada de los liberales que lo escuchaban, el Coronel San Martin y el Mayor Alvear combinaban la creación del Rejimiento de Granaderos á caballo, Rivadavia discurría el plan de la Sociedad de Beneficencia y Brown ofrecía á Balcarce, en premio de haber ganado la primera victoria argentina, dar su nombre al barco más velero de su escuadrilla, y es fama que la divisa de los patriotas fué celeste y blanca, no por que abundaran cintas de este color en las tiendas de la *Vereda Ancha*, bajo la Recoba, sinó en obsequio de un patriota galán á los azules ojos y blancura de jazmin de alguna niña porteña.

Allí también acostumbraba leer don Vicente Lopez y Planes sus vigorosas estrofas (en el mismo salón donde el maestro Parera concibiera la música de

nuestro Himno), y algunas veces, un niño, Juan Cruz Varela declamaba sus loas á la pátria y á la victoria en que Júpiter hacía el primer papel entre los protectores que nuestra causa tenía en el cielo.

Solían amenizar la culta tertulia con pruebas de fisica y quimica, Lozier y Ferrati, quiénes iniciaban á sus contertulianos en los conocimientos naturales, haciendo del salón de la Señora Thompson una verdadera academia de progreso y de cultura.

Pero entre todos, primaban por la rapidez, originalidad y audacia de sus concepciones, Alvear y Larrea, los galanes más favorecidos de las damas que acudían á hacer estrado en derredor de la dueña de aquel templo, un tanto profano, en que todos abrían su espíritu á las luces del siglo.

La intelijente dueña de aquel salón, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos esquisitos y curiosos de la industria y el arte europeo; porcelanas, grabados, relojes mecánicos, preciosidades de sobremesa, antojos fugaces si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto hasta entonces, sinó los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía.

Despues de eso, banquetes, servicio francés y cuanto la fantasía de una dama rica entregada á las impresiones y á los estímulos del presente, podía reunir en torno de su belleza proverbial con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que pueden poner álas al cuerpo de una mujer.

La señora Sanchez de Thompson, poetisa también y prosista llena de ingenio y de oportunidad, había nacido en la misma casa que su Señor padre hiciera edificar, ciento treinta años ha, en la *Calle de la Santisima Trinidad*, y era, puede decirse, desde an-



Señora María Sánchez Velazco de Thompson
en 1820

Señora María Sánchez Velazco de Mendeville
en 1860

tes de su matrimonio, una de las más ricas herederas de la Capital del Virreinato. La manzana comprendida entre las calles hoy de Cangallo, San Martín, Cuyo y Florida, regalo fué del Señor Sanchez de Velazco, y á la muerte de éste, tocóle la antigua Quinta de los Olivos, desde las Cinco Esquinas hasta la Recoleta, más una chacrita de trescientas varas de frente por legua y media de fondo, trás la Iglesía de San Isidro.

De su primer matrimonio con Don Martin Jacobo Thompson, tuvo sólo un hijo, Don Juan Thompson, que alcanzó un puesto muy distinguido en las letras y en la Academia Española,--y del segundo, con Don Washington Mendeville, cuatro mujeres y un varón. Clementina, Magdalena, Albina y Florencia, tan finas como bien educadas, fueron el más bello ornato de su concurrido salón, figurando más tarde como matronas distinguidas en la culta sociedad de aquellos tiempos,—y Julio, su último vástago, esbelto y buen mozo como su padre, llegó á Secretario de Legación.

En sus últimos años, alejada casi de la sociedad en que había actuado por más de medio siglo, recordaba Madame Mendeville á sus íntimas, cómo correjía defectos á jóvenes del tiempo en que lo eran Gutierrez, Alberdi, Varela, Balcarce, Riglos, Alcorta, Velez, Darragueira, Castelli y otros, al par que su espíritu deleitábase haciendo memoria de la primera cuadrilla de honor bailada en su casa, en celebración de la batalla ganada por Belgrano en Tucumán: la Señora de Alvear con el Señor Thompson y el Comandante San Martin con la Señora de Escalada, haciendo vis-á-vis al Mayor Alvear con la señora de Thompson y al General Balcarce con la de Quintana.

Y así en sus conversaciones, recordaba tambien sus

asíduas de aquella época inolvidable: las de Azcuénaga, Casacuberta, Elía, Barquin, de Luca, Aguirre, Sarratea, Gómez, Agüero, Ramos, Escalada, Rubio, Boneo, Soler, Balbastro, Lasala, como algunos años más tarde lo fueron las de Arana, Cordero, Beláustegui, Lahitte, Lastra, Garrigós, Velez, Garmendia, Saavedra, Plaza Montero, Pinto, Carranza, Castellano, Fernandez, Senillosa y otras.

En el último invierno de su vida, endulzaba sus recuerdos refiriendo á su nieta cariñosa, cómo el decrépito naranjo plantado por su señor padre el día de su nacimiento en el ancho patio de esa casa so-

Fac-símil de la última tarjeta de visita que usó la Sra. de Mendeville

lariega, le había dado sombra toda su vida, sin olvidar las pláticas amenas è interesantes con que bajo el verde follaje distrajeron sus horas, en distintas épocas, el sábio M. Bompland, el Baron de Holmberg, el Mariscal Santa Cruz, el Almirante Mackau, el Conde Waleski, el Marqués de Caxías, y las últimas amigas con quienes había tomado mate: Señoras Telechea de Pueyrredón, Casamayor de Luca, Spano de Guido, Ituarte de Costa, Cossio de Gutierrez, Lasala de Riglos, Reinoso de Pacheco, Plomer de Lozano, An-

chorena de Arana, Correa de Lavalle, Madama de Angelis y la marquesa de Forbin-Jackson.

Poco común la vasta ilustración de esta meritísima dama, hasta los últimos años de su vida atendió con verdadera superioridad de talento á formar el corazón y el carácter, y á dirijir la instrucción de sus hijos. En la escuela del ejemplo, aprendieron éstos lo que no echaron en olvido nunca. Señora de fervorosa piedad, nunca se debilitaron los cristianos sentimientos de sus hijos. Inagotable el amor que ella sentía por los desgraciados, aquellos tuvieron siempre la caridad por la virtud más preciada.....

Y esta ilustrada señora, de génio tan bello como su ingénio, - á quién el General Guido compara en sus *Cartas* con Madame Récamier y el poeta Echeverría denomina "la Corina del Plata",—descendió al sepulcro á los ochenta y dos años de edad, en la misma casa cuyo recordado salón supo ella convertir en escuela de buen tono y de la más alta cultura y sociabilidad.

Heredera de tan bellas virtudes es su nieta, la bondadosa señorita Doña Florencia de Lezica y Thompson, que en su antigua Quinta de San Isidro, continúa manteniendo en alto ese trato tan fino y aristocrático de la abuela que le ha hecho conquistar con justicia el afecto de la sociedad más distinguida!





1854.—Una tertulia en el Salón de Madame Mendeville.

Comp. y dib. di F. Widner

Carácter de las tertulias

Piezas de baile

Hay entre los numerosos cuadros del Ingeniero Pellegrini, un dibujo que es una verdadera joya de historia descriptiva y de una verdad impecable: es una sala en que bailan el *minuet* varios jóvenes y señoritas de la época, circundados por algunas señoras y caballeros que toman mate en compañía de un sacerdote. Una negrilla está *vicheando* el baile desde una puerta y dando las últimas ruidosas chupadas á la bombilla de un mate agotado, por alguno de los concurrentes.

El pintor describe todos los detalles de la sala: paredes tapizadas de damasco; una rinconera con floreros; pocos cuadros; sofás, sillas, etc. Las señoritas con sus grandes peinetones de carey hechos por Masculino, quien á pesar del exhorbitante tamaño que alcanzaron, tuvo la habilidad de imponerlos á la generación de entónces;—las ampulosas polleras armadas con miriñaque, los talles ceñidos y las batas descotadas, con las mangas cortas y abullonadas.

La descripción es viváz, completa. Recuerda por su animación los cuadros de la vida holandesa, trazados por los mejores representantes de la escuela flamenca.

Es allí, en esos cuadros, donde se colijen las memorables tertulias de Doña Paula Planchón, que frecuentó el ingeniero y pintor de la referencia; las de Misia Mariquita Mendeville, cuyo salon acabamos de bosquejar; las del Señor Escalada, que describimos en los primeros capítulos de este libro; las de Doña Joaquina Izquierdo, donde Juan Cruz Varela, Luca, Rojas, Fray Cayetano Rodriguez, leían sus trajedias y



1828.—Tertulia de confianza, en casa de Doña Flora Azcuénaga.

poesías en presencia de damas tan distinguidas como doña Tomasa de la Quintana, Isabel Casamayor de Luca, Lucia Riera de López, Cármen Quintanilla de Alvear, María Sánchez de Mendeville, Antonia Palacios de Castellote y Mercedes Lasala, asiduas concurrentes, todas ellas, á las *tertulias de confianza* de Doña Flora Azcuénaga, y en cuya lójia á lo Lautaro, de señoronas, infaltable era, entre otros caballeros, Don Gerónimo Lasala, especie de *chispero* que solía amenizar esas recepciones diarias con el relato de los descubrimientos científicos, viajes y modas del viejo mundo que consignaban periódicos europeos traídos por buques ó paquetes ingleses cada quince días.

A este género de reuniones,—nó *recibos* cada ocho dias—se agregaban los que tenían lugar en casa de las familias de Luca, Riglos, Alvear, Sarratea y otras que yá mencionamos. Las mismas Señoras de la Colina y de Barquin, renombradas familias de la época colonial, tenían sus reuniones diarias, en las que no faltaban el buen tono ni el buen humor. Alzaga,—que con Marcet y Arriaga, especie de triunvirato social antes del nefasto crímen que cometieron, formaban parte de la sociedad más distinguida,—cuando de mañana pasaba por la puerta, les cantaba:

Las Colinas son de azúcar
Las Barquines de turrón....
A las unas y á las otras
Las tengo en el corazón!

copla galante que dejó de repetirse cuando la fatalidad cubrió con su negro manto el nombre de esos tres jóvenes.

Pero dejemos de lado tan lúgubre reminiscencia y vengamos á las tertulias, propiamente dicho, de las que prometimos ocuparnos en los comienzos de este libro.

Por entónces, entre las familias más pudientes y acomodadas, habíase generalizado la costumbre de dar tertulias, por lo ménos una vez por semana, á las que con la mayor facilidad podía concurrir toda persona decente, mediante una simple presentación á los dueños de casa por uno de sus tertulianos.

Estas tertulias no se limitaban sin embargo á las de mayor rango y fortuna: tenían lugar tambien en gran número de casas de familias decentes, aunque de medianos posibles. Pero tanto en unas como en otras, reinaba por igual la más franca alegría, unida al mayor respeto de la juventud por la casa y por la concurrencia.

Los días preferidos para estas tertulias, ó reuniones caseras, como se decía entónces, eran los Sábados y Domingos, aunque algunas familias como la de Don Antonio de la Peña, Doña Agustina Lopez Osornio de Rozas, Don Manuel Carranza y otras, tenían establecido los Lúnes para recibir á sus amistades.

En esas reuniones francas y cordiales bailábase generalmente desde las ocho de la noche hasta las doce ó algo más. En tal caso se servía mate, pero cuando el baile duraba hasta la madrugada, se agregaba el chocolate. Esto no quitaba, sin embargo, que de tiempo en tiempo, para un cumpleaños ú otro acontecimiento análogo, se diesen bailes de tono con todos sus accesorios, bailes en que las muchachas y galanes del barrio, eran los héroes de la jornada, siendo el triunfo de aquel que había alcanzado más sonrisas, ó como decía el poeta Olmedo:

"Una mirada tierna de las Gracias".

Pero en ningún caso se seguía la costumbre perniciosa que existe hoy de empezar á ir las familias á una tertulia, por íntima que sea, á las once y aún á las doce de la noche.

Es así como las tertulias y recibos de ahora no comienzan, propiamente dicho, el día de la invitación, sinó el inmediato. Esta moda, ó mala práctica, parece nos vino de Montevideo, donde comenzó á usarse en la creencia, sin duda, de darse tono; por que hay gentes que piensan que incomodándose ó incomodando á los demás, se dán aires de aristócratas.

Desde las ocho hasta las doce ó una, eran horas que no perjudicaban ni alteraban en mucho el órden doméstico. Se *divertían un rato*, como se decía, y al otro día todo el mundo se encontraba en aptitud de poder asistir.... á la tertulia de la siguiente noche

en que debía tener lugar otra igual ó parecida en casa de algún pariente ó amigo!

Hoy no es así! Asistir á una tertulia ó baile, se traduce por tener que dormir gran parte del día siguiente, ó andarse cayendo de sueño, con gran detrimento del cumplimiento de sus deberes y aún de la salud.

¡Ventajas de la civilización!

Los adornos de esas "ninfas argentinas" como decía un viejo verde, bastonero perpétuo de tales saraos, eran muy poco costosos. Bastaba á veces un jazmin arrancado del patio, ó una diamela que inspiró tan sabroso canto á nuestro bardo Echeverría. El traje era de lo más sencillo y sin ostentación. En efecto, esas tertulias eran verdaderas reuniones de familia, sin el lujo, á veces desmedido, ni la fría reserva y estiramiento que se nota en muchas de nuestras actuales *sóirées*.

Las muchachas hablaban á su sabor con sus novios, y á la hora en que las *señoras mayores* solían poner término al revoloteo de aquellos emjambres juveniles en pleno apogeo, cada tertuliano se retiraba á su casa, poniendo los cinco sentidos para no romperse el bautismo en las famosas rejas voladas.

Los sacerdotes que eran entónces gente de más respeto y de mejor conducta, asistían á estas reuniones íntimas, yá como amigos ó parientes de la casa.

¡Bien es verdad que por aquello tiempos, los sacertos se llamaban Valentin Gómez ó Mariano Escalada, y sólo se ocupaban de honrar el hábito que vestían! Hoy el clero está diferente!

Y cuán poco costaba una de estas agradabilísimas tertulias! La dueña de casa lo *hacía todo*, por lo general, con una libra de yerba y dos de azúcar, el aumento del alumbrado y el consabido maestro de

piano para cuatro horitas! Y á veces ni aún este gasto se hacía, pues niñas y jóvenes aficionados se turnaban para tocar "las piezas de baile", más en voga.

Por muchos años, estas reuniones, aún entre familias tan respetables como las que llevamos citadas en el transcurso de esta obra, solían terminar con un *cielo*, pedido por los jovenes, á veces el denominado *en batalla*, pero el más preferido era el *cielo de la bolsa*, que consistía en formar un círculo, encerrando en él al que se perdía. Nó todas las niñas sabían bailarlo, pero gustosas lucian su natural gracia y donaire en este curioso baile tradicional.

En casa del Señor Senillosa, donde se bailaba muy á menudo á pedido siempre del General Don Prudencio Rozas, insigne bailarin muy inclinado á la galantería, se dió en la costumbre de agregarle *relaciones*. Eran dignas de oirse las que *echaban*, cuando les tocaba el turno, Don Baldomero García, el citado General y Don Perico Hernández, el criollo más gracioso que á su vuelta de la emigración, amenizó con relaciones, algunas de estas tertulias.

Las estrofas siguientes dán una breve idea del estilo usado en las *relaciones* despues del año 40:

Dicen que me quieres dar
Veneno para que muera,
Y despues te ha de pesar
Cuando me coma la tierra.

Otra:

Tanto es lo que te quiero
Y lo que te quiero es tanto,
Que ánjeles y querubines
Dicen: Santo, Santo, Santo!

Otra más, y basta:

Dicen que me quieres mucho
Es mentira, pues me engañas;
En un corazon tan chico
No pueden caber dos almas!



1830.—El cielito: baile nacional. *(Acuarela del Ingeniero Sr. Cárlos E. Pellegrini.)*

Y al recitar el último pié de verso, el caballero se arrodillaba ante su dama!....



1830.—Ensayando el minuet.
Dibujo de Reznitcek.

Los bailes de aquellos tiempos, eran pocos, pero lindísimos. Figuraban en primer término, el ceremonioso y aristocrático *minuet*, *liso*,—á veces el *figurado*, rara vez el de la Corte, - con que se daba principio á toda reunión, cediendo generalmente el puesto de honor á la dueña de casa, acompañada de otra respetable dama y dos caballeros formales; el *montonero* ó *nacional*, llamado el año 40, *minuet federal*; el *vals* pausado, (todavia no se conocía la *polka*, si bien yá se habían desterrado el *paspié* y el *rigodón*); la *colombiana*, especie de contradanza que al final

tenía su *cielito*; la *gavota*, baile en que los danzantes ejecutaban movimientos vistosos y difíciles con los piés; y la *contradanza*, de graciosas y complicadas figuras, que dirijía generalmente un *bastonero* ó director de baile.

Este *funcionario*, inevitable en todo sarao ó reunión, tenía por oficio anunciar en voz alta lo que debía bailarse; pero antes tenía obligación de advertir á las personas que habían de hacerlo con quién formarían pareja, se entiende, consultando todas las conveniencias. En los grandes saraos había *bastoneros* subalternos, sujetos en ciertos casos al Jefe.

En los antiguos tiempos, hasta el año 1810, se observaba la más respetuosa etiqueta en la combinación de las parejas. Los Oidores y Coroneles (no había Generales) se ponían en baile con las señoras respectivas á su clase. Más de un sarao y más de una reunión improvisada, concluyó antes de empezar, por una indiscreción del *bastonero*. La familia que se consideraba agraviada, tomaba la puerta, y era seguida inmediatamente de parientes y amigos.

En las tertulias de las de Saenz, donde creémos apareció por última vez el *bastonero*, se arreglaba por tarjetas, muy solicitadas y concedidas, el baile próximo á ponerse. El bastonero, que también solía echar su manito en el piano, era un pariente de la casa, de apellido Arzac, hombre de buena pasta, pero sordo por mal de sus pecados, y que todo lo que tocaba decía lo *tocaba de oido!* Cómo sería ello!

De vez en cuando para alhagar á los concurrentes ingleses ó *ainglesados*, que escaseaban, bailábase el *sólo inglés*, pieza que generalmente se pedía lo bailára uno de ellos, y en su defecto alguno de los criollos, - Don Pepe Bedriñana, Don Emilio Alvear ó Perico Castellote, que si bien lo hacían con más



1835.—Los antiguos salones de Buenos Aires.—Bailando el minué.
Dibujo de Ad. Lambrecht.

soltura y gracia, tenían en cambio menos seriedad.

La *contradanza*, se sostuvo hasta el año 57. creemos que debido á una simple casualidad. El General Urquiza era aficionadísimo á este baile, y el único, á la verdad, que yá lo bailaba. En Entre-Rios primero, como en Palermo despues y otras partes de esta Ciudad donde se le dieron bailes, ó á los que él asistió, cada tanto tiempo se pedía una contradanza en obsequio del General. Este, que era bromista y alegre, al par que cortesano y galante, bailaba con cierto garbo ceremonioso de la época del *minuet*. y



1861. Un baile en el Club del Progreso.
De "*El Correo del Domingo.*"

entónces quería que todos hiciesen cuidadosos las figuras para no perder el compás de la música. Esas contradanzas eran interminables.

Si retrocediésemos algo más y penetrásemos á la época colonial, encontraríamos aún otra clase de bailes, como se colije del Edicto en que el Obispo

Don Juan José de Peralta, prohibió el baile llamado *fandango*, bajo la pena de excomunión mayor! Pero nó siendo nuestro ánimo remontarnos al siglo XVIII, haremos punto final á este respecto, pues de lo contrario sería apartarnos de lo que nos hemos propuesto, esto es, que estos apuntes sólo daten desde principios del siglo pasado.

Complementaremos este Capítulo recordando había varios maestros de baile, pero el de más fama, allá por los años de 1820 á 1830, el más simpático y querido por los jóvenes de esa época, era Espinosa, hijo del viejecito que por ese entónces tocaba el violoncello en la orquesta del Teatro Argentino. Tenía en su casa una *Academia de baile,* donde noche á noche, concurrían los jóvenes: unos á aprender, otros á practicar, y algunos á *pasar el rato*, viendo bailar.

¡La juventud de entónces, no había descubierto, como la de ahora, bailar sin aprender á bailar!

¡Así sale ello!

Tertulias y tertulianos

El primer Cotillón.

TERMINADA nuestra breve reseña de las *piezas de baile,* volvamos á nuestra interrumpida crónica sobre tertulias.

Estas, como yá dijimos, se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni en los tocados, pues no se daban para lucir telas y joyas, sinó para gozar del trato agradable en el intercambio de ideas con bellas y distinguidísimas damas. Tertulias de confianza en que se bailaba y se hacía sociedad, recitábanse al mismo tiempo versos de Echeverría, quién en aquella època, llenaba por sí sólo los salones con sus tiernas endechas de *La diamela*, *La ausencia*, *La aroma* y otras, puestas en música por Esnaola.

Una de las diversiones consagradas por el uso en estas tertulias, era la "lotería de cartones", juego en que todo el mundo tomaba parte, y con doble razón los jóvenes, apostando con la niña de sus pensamientos al *ambo*, dejando el *terno* y *cuaterno* para la dueña

de casa que perdurablemente se sacaba la *lotería* y muy pocas veces se le rectificaban los números para entregarle el producido.

A sernos posible, ¡con cuánto gusto insertaríamos aquí la nómina completa de familias pudientes que daban por aquellos tiempos tertulias tan amenas y entretenidas!

Pero yá que nó todas, recordaremos algunas.

Anteriores á las tertulias de Misia Pastora Botet de Senillosa, Don Lorenzo Torres, Doña Concepción Solsona y Señora de Zapiola,—y contemporáneas á las de Doña Josefa Fernández Agüero de Martinez de Hoz, Feliciana Ugalde de Maldonado, Toribia Escalada de Reyes Marin, Gertrudis Merlo de Llavallol, Dámasa Caviedes, Bernabela Farías de Andrade,—eran las de Doña Estanislada Costa de Tobal, Doña Juana Rodriguez de Carranza, Brígida Castellanos, Máxima Olmos de Tagle, Manuela Aguirre de García, Aniceta Villarino de Lagos, Pascuala Beláustegui de Arana y Dona Margarita Piñero de Rodriguez, cuyas casas, alhajadas con el mejor gusto de la época, albergaban en noches de reunión á lo más selecto de la sociedad porteña.

Además de las tertulias ordinarias, de carácter familiar, que solían dar á menudo familias tan conocidas como las de García Zúñiga, Real de Azúa, Ezcurra, del Mármol, Zamudio, Demaría, Boado, Costa, Esperón, Diaz Velez, Almeyra, Agüero, Cazón, Sosa, Garrigós, Saenz Valiente, Olaguer, Moreno, Martinez, Sanchez, Giménez, de la Peña, Herrero, Ramirez, Trelles, Gallardo, etc., tenían lugar otras de tono en casa de Doña Ana Pantaleón de Fragueiro, Josefa Lavalle de Cobo, Ana Sala de Irigoyen, Andrea Ibabañez de Anchorena y Dolores Reinoso de Pacheco, alternando de cuando en cuando con bailes como los

que solía dar Don Cárlos María Huergo en su lujosa mansión, la que, con su graciosa hija Jovita, fué durante los años del terror en Buenos Aires, un centro atrayente para los *unitarios*; los de Misia Mauricia Fernández de Coronel, en su gran esquina de altos, Chacabuco y Alsina; los de Don Juan Bernabé Molina, en cuyo enorme patio se levantó uno de los primeros edificios de tres pisos, y los del Señor Don Juan Bautista Peña, el hombre de rostro más adusto en la calle y el más agradable, ameno y comunicativo dentro de su hogar.

Tambien en casa de Doña Agustina López Osornio de Ortiz de Rozas tenían lugar reuniones sociales en las que se bailaba el ceremonioso *minuet*, distinguiéndose en él, Manuelita Rozas y el Ministro de Inglaterra, Señor Mendeville, quién tenía sorbido el seso por la bella y bondadosa hija del tirano.

Yá en la época de Rozas, cuyas costumbres venían modificándose, primaban por su espectabilidad y buen tono, las tertulias de las Señoras de Rojas, frente á la casa de Misia Mariquita Mendeville y las que tenian lugar en la morada de Misia Micaela Camuso de Maldonado. Estas tertulias, cuyos detalles marcaban yá alguna variación en los usos, eran las que daban el tono social, y á ellas concurrían la flor y nata de la juventud.

Por este mismo tiempo se inauguraron las tertulias en la morada del Señor A. Van Praet, á las que acudían numerosos jóvenes y sobre todo lindísimas señoras y señoritas,—tertulias que se hicieron gradualmente muy animadas y divertidas bajo la cariñosa dirección de la dueña de casa, á tal punto, que esas reuniones fueron á poco andar las más solicitadas. Nada faltaba en ellas, pues el *savoir faire* de los dueños de aquel hogar, inspirando la confianza, pro-

ducía en sus invitados el buen humor, y las veladas resultaban por ende entretenidísimas.

A estas, como á otras tantas tertulias que tenían lugar por aquellos tiempos, infaltables eran los *paquetes*, como se llamaba entónces á los *dandys*, Cárlos Federico Terrada, llamado socialmente Lord Ponsoby, Luis y Floro Lavalle, Félix, Luis y Juan Frías, in fatigables en el vals, Cárlos Benavidez, el buen mozo Manuel Masculino, Emilio de Alvear, Luis y Pantaleón Molina, Anacleto y Alvaro Pinto, Juan Bautista Alberdi, Isaías Elia, Diego de la Vega (hermano de nuestro ilustre poeta Don Ventúra), Guillermo Billinghurst, Cárlos Eguía, los Bedriñana, Manuel José Bustillos, (hermano del General), Fermin Osuna, Marcelino Aguirre, Cárlos Atkinson, Emilio Castro, Julian Fernández, Mariano Varela, Luis y José Dominguez, Santiago Calzadilla, Felipe Coronel, Julian González Videla, los hermanos Plaza Montero, Juan Antonio Fernández, Luis Andrade, Vicente Peralta, Juan Martin Estrada, Juan Manuel Larrazábal, Jaime Llavallol, Roque Perez, Julio Nuñez, Ladislao Martinez, rival en paqueteria de Cárlos Urioste, con quien se disputaban el triunfo social á titulo de buenos mozos, y tantos otros, que revoloteaban constantemente al rededor de beldades como Agustina Casares (una de la más elegantes y guapas amazonas de su tiempo), Avelina Saenz, Santos del Mármol, Juanita Araujo, Angela Manuela Rodriguez, Máxima Zamudio, (todas ellas tertulianas de lo de Carranza), las hermanas Martinez de Hoz, las de Constanzó, Pepa y Petrona Coronel, las tres Masculino, las de Lavalle, Belgrano, Angela y Rosario Gallino, Juanita Rivero, Isabel Martinez, Enriqueta Montes Larrea, Dolores y Elvira Cortinas, etc. etc.

A las afamadas tertulias que acabamos de mencio-

nar, seguían muy de cerca las que daba Don Bernabé Figueroa, primero en la Calle del Perú, y luego en la de Piedad, las de Castillo en la calle del Parque (hoy Lavalle), las de Don Pedro Blanco, Calle Victoria, Don Angel Blanco, Calle Santa Clara, (actualmente Alsina) y las de Castex, frente â lo de Ocampo de Carabassa. á las que concurría casi toda la mozada de esa época, porque en ellas se bailaba y se pasaban agradables momentos, haciendo música y canto en los intermedios. No faltaba aquí el minuet, ese elegante y aristocrático baile con que las señoras casadas iniciaban la danza.

Entre los bailes suntuosos, dignos de recordación, pues sonó mucho por ese tiempo, fué el que dió Don Cárlos Lamarca, en la gran casa de su suegra Doña Mauricia Fernandez de Coronel. La fiesta tuvo lugar el 30 de Junio, celebrando el cumpleaños de su esposa Doña Petrona Coronel, una de las matronas más distinguidas y meritorias que tuvo la Sociedad de Beneficencia.

Ofrecida dicha fiesta al Almirante inglés, Jefe de la estación naval en la América del Sud, ella fué realzada por una Contradanza que le dedicó Don Pedro Esnaola, titulada "El 30 de Junio", bellisima composición que se estrenó esa noche memorable con gran aplauso de la concurrencia.

Hubo además de nuevo y notable en aquel baile suntuoso, el estreno de un Cotillón, que hizo época, tanto por su novedad cuanto por la belleza de las figuras! Fué entroducido por el Secretario del Almirante y dirijido por el Ministro Inglés, á quien acompañaba su distinguida esposa, alta y elegante inglesa que debió ser bellísima en su juventud.

Otro magnífico baile, con prolongada resonancia, fué el que tuvo lugar en la casa abolenga de Misia

Severa Lastra, frente al Mercado Viejo, y de cuyo brillante éxito hablóse por largo tiempo en los estrados de la sociedad porteña. En él hicieron su aparición dos preciosas niñas, Rita y Celestina Pinto, hijas del General que durante el sitio de Lagos subió á la Gobernación de Buenos Aires.

Pero de todas las que llevamos apuntadas y de otras muchas que se escapan á nuestra investigación, las que más perduraron en nuestra sociabilidad, (despues de las que recordamos en casa de Madame Mendeville y del señor Escalada) ninguna otra ha durado tanto, ni al extinguirse otra alguna semejante ha sucedido, como la tertulia del señor Guerrico en su magnífica casa de la calle Corrientes, contemporánea á la de Don Simón Pereyra, calle Victoria, y la de Don Miguel de Riglos, en la de Bolivar, á cuya balconada legendaria acudieron los patriotas de 1810 á presenciar los tumultos del pueblo reunido en asamblea, y más tarde, punto de reunión de la más alta sociedad porteña, que concurría en masa para presenciar las fiestas públicas que celebrábanse, por lo general, en la plaza frontera.

De esta célebre balconada, como de sus interesantes reuniones, haremos mención en uno de los capítulos siguientes.



Tertulias y tertulianos en 1859.
Comp. y dibujo de Cabrinety.

Tres generaciones de beldades

(1810 - 1860)

SERÍA hacer las cosas más que mal, si pasando por encima de los hechos, de épocas más felices, suprimiéramos con ellos, á la vez, nombres de beldades clásicas y de indisputable popularidad, que no debemos dejar en el tintero, aun á riesgo de caer en manos de algún censor.....

Entre las bellezas femeninas, cuya memoria guarda la tradición oral, se coloca en primera linea, Doña Agustina Lopez Osornio de Ortiz de Rozas, la más bella dama de principios del siglo pasado, belleza que heredaron todos sus hijos, como otras condiciones de su carácter: el famoso Don Juan Manuel, Doña Gregoria, que fué la mejor de todas ellas, esposa del patriota Don Felipe de Ezcurra y Arguibel; Doña Andrea, que casó con Don Francisco Seguí, Don Prudencio, Don Gervasio, Doña María, casada con Nuño Valdez, Doña Manuela con el médico inglés Don Enrique Franklin Bond, Doña Mercedes, una de nuestras primeras poetisas, con el médico Don Miguel

Rivera, Doña Agustina, con el Coronel Don Lúcio Mansilla y Doña Juana, que creemos se conservó soltera.

Tan notable era la belleza de Doña Agustina, que cuando fué presentada con su esposo al Virrey Melo, éste esclamó sorprendido al verla:

Tan linda!... tan linda!... y vestida de fraile!

La picante alusión al traje femenino tenía esta esplicación tristísima: tan impresionada había quedado la jóven con la trájica muerte de su señor padre y de su hermano, que por muchos años usó el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes. Así es que el Virrey no había podido retener una esclamación de lástima al ver aquella belleza notable sacrificada bajo lo que él llamó un *traje de fraile.*

A la madre de Don Juan Manuel, seguían la entusiasta y viril patriota Doña Juana Pueyrredón de Saenz Valiente, Doña Eugenia Escalada de De Maria y Doña Dolores Villanueva de Riglos, tipos de verdadera hermosura como Doña María Balbastro de Miller, bellísima dama tambien; luego todas las Saenz Valiente, famosas hasta hoy por su esbeltez y donosura; Doña Juana del Pino de Rivadavia, tan arrogante como majestuosa; Doña Máxima Olmos de Tagle, esposa del Ministro de este apellido; Doña Florentina Ituarte de Costa, que falleció á los 105 años de edad en su Quinta de San Isidro; sus hermanas Doña Juana Ituarte de Saenz Valiente y Dámasa Ituarte de Macnab; Doña Manuela Aguirre de García, abuela del actual Contra Almirante; Avelina Saenz de Saenz Valiente, bellísima rival de Agustina Rozas de Mansilla, madre del General, Doña Monserrat Tejada de Agrelo, Doña Inés Botet de Romero, Doña Carmen Bedriñana de Oromí y Doña Irene Rodriguez de Giménez,—todas ellas estrellas rutilantes que brillaron en el cielo argentino con el resplandor de los astros.

Un poco más tarde, fué célebre, y muy célebre, Doña Catalina Benavidez de Alzaga, una de las más lindas mujeres que se pueda imajinar, pero cuya vida licenciosa, despues del asesinato de Alvarez, cometido por su esposo en los altos de Lanfranca, la condujo al sepulcro, siendo enterrada viva!...

Por esta misma época, otra criatura encantadora se imponía á la admiración de todos y á la adoración de muchos: era la Señorita Leandra Gómèz, conocida más bien por la *Diosa de los cercos.* Casó con un alemán de fortuna y fué madre afortunada de una numerosa y distinguida familia que hoy tiene vastas ramificaciones en nuestra sociedad.

Eran bellezas notables igualmente, Doña Ana Medrano de Higgimbothon, madre á su vez de otra bella criatura, Anita, la cual casó con Don Anselmo Saenz Valiente y de cuyo enlace salió la bella familia cuyas mujeres son hoy mismo adorno y orgullo de los salones porteños; Doña Ventura Gonzalez Videla de González Videla, conocida por "la morita"; Lucía Masculino de Rodriguez, Doña Martína Lynch de Bernal, esposa del colector de la Aduana; Doña Florencia Terrada de González Videla, bellísima rubia de cuantiosa fortuna, hermana de Don Carlos Federico; Doña Manuela Beláustegui de Bustamante, y las hijas todas de la familia Santa Coloma.

Son de recordar tambien aquí, pues pertenecen al catálogo de las beldades, Doña Mercedes Lavalle de Ugarte, Doña Rosario de Vedia de Barata, su hermana Doña Delfina Vedia de Mitre, (madre á su vez de otras dos beldades: Delfina Mitre de Drago y Josefina Mitre de Caprile); Inocencia García de Atkinson, eximia cantora aficionada; Mercedes Baragaña de Zapiola y su interesante hija; Angela Baudrix de Dorrego, Justa Cané de Varela (luego de Somellera);

Juana Rivero de Barrenechea, Crescencia Boado de Garrigós, notable aficionada en pintura, Doña Elvira de la Lastra de Ocampo, madre de Elvira, Laurentina, Etelvina, Artemia, Teodomira y Gabriel Ocampo, —y sin guardar yá órden cronolójico en la designación, anotaremos otro grupo de bellezas de las que también hicieron época en sus respectivos tiempos.

Ellas son: Doña Brígida Martinez de Somellera, Ana del Marmol de Lassere, Etelvina Romero de García Fernandez, (viuda de Don Prudencio Rozas), su hermana Carlota Romero de Varela, Monserrat Agrelo de de la Riestra, bellísima como su hija Elvira; Ignacia Ortíz de Obligado, madre del General, el más bello de los militares de su tiempo; Mercedes Aguirre de Guerrico, Melchora Beláustegui de Ocampo, Luisa Ocampo de Bemberg, Mercedes Guerrico de Guiraldez, Rita Casá de Balcarce, la linda y graciosa Carlota Alvear de Peralta, Isabel Armstrong de Elortondo, Enriqueta Lezica de Dorrego, Virginia Alvear de Tomkinson, Cipriana Lahitte de Saenz Peña, Mercedes Oromí de Casares, Magdalena Dorrego de Ortiz Basualdo, Adélia Halbach de Gonzalez Moreno, y por último, - y para terminar — Cármen Zavaleta de Saavedra, Rosa Lastra de Lezica y Carolina Lagos de García, todas tres tipos distintos, pero figuras notables, verdaderos tipos de belleza en cualquier país culto del universo.

De las lindas damas de entónces, las que quedan son hoy abuelas ó tatarabuelas, y de los buenos mozos, apénas si queda más que el recuerdo: han desaparecido como otras tantas cosas de aquel Buenos Aires que se fué para no volver nunca jamás!

El tiempo todo lo cambia y modifica.

Festivales patrióticos

La balconada de Riglos

AUNQUE una que otra vez hemos tenido que retroceder á épocas más remotas para citar hechos ó acontecimientos que hemos reputado de interés verdaderamente social, debemos recordar al lector que al principiar este bosquejo, nos propusimos hacer partir estas reminiscencias del glorioso año de 1810, en cuya fecha se abría para la patria una era de libertad y grandeza.

Llegamos, pues, á nuestro objeto: mencionar entre los entretenimientos y diversiones, los festejos con que se conmemoraba tan grande acontecimiento.

Las fiestas mayas tenían antiguamente en Buenos Aires, un carácter especial, pues tomaban parte en ellas todas las clases sociales y era un honor concurrir á la Plaza de la Victoria á escuchar las bandas militares y presenciar el desfile de las tropas. Tan populares y tan concurridas y animadas eran, que el pueblo las caracterizó con una frase. Cuando se que-

ría significar alegría y entusiasmo, se decía: "Es como un venticinco de Mayo"

Los festejos no eran puramente oficiales, sinó que la iniciativa particular llevaba en ellos la parte más culminante, embaderando las casas, concurriendo los ciudadanos á las fiestas con el alborozo en el alma y tomando parte en los juegos de agilidad ó destreza que se celebran al aire libre, ó bien presenciando los espectáculos que para sóláz de todos se organizaban,

Las balconadas de los edificios públicos que daban á la Plaza ó calles adyacentes, se cuajaban de damas lujosamente ataviadas y era un honor para los poderes públicos recibir en sus respectivos locales á la sociedad más encumbrada, que no desdeñaba, como hoy en dia, mezlarse con el pueblo y tomar parte en los festejos de la Pátria.

Estos duraban desde el 23 hasta el 26, dia en que, como hasta el presente, distribuía, desde su instalación la Sociedad de Beneficencia, los premios en las escuelas confiadas á su dirección.

Había, entre otras diversiones, la de las *danzas*, en que niñas y niños iban elegantemente vestidos con los colores de la patria. Estas danzas bailaban en la plaza sobre un tablado construido con ese objeto. Elejían de entre las niñas una de las más airosas y bonitas: llevábanla por las calles en un carro triunfal fantásticamente adornado y tirado por cuatro hombres disfrazados de tigres, leones, etc. Las danzas iban siguiendo el carro en órden de formación.

Sobre el tablado bailaban, marchaban y formaban graciosos grupos, llevando cada una un arco cubierto de tul blanco en buches, separados por moños de cinta celeste, con los que hacían tambien variedad de figuras.



Señoras: Carolina V. de Vivanco, Mercedes San Martin de Balcarce, Mercedes Guerrico de Güiraldez, Rita Casá de Balcarce, Ana Higgimbothon de Saenz Valiente.
Josefina Mitre de Caprile — María Elía de Llavallol.

La noche del 25, las danzas concurrían en masa al teatro. El gobierno ocupaba tambien su palco en esas noches. Había, como hoy, *Te Deum*, formación en la plaza, salvas etc. y no escaseaban los cohetes y la música, las rifas, los globos y los fuegos artificiales.

Por la noche, las casas bajas abrían los postigos y se colocaban velas que alumbraban las veredas. En los balcones de las casas altas se ponían igualmente velas resguardadas por fanales. Más tarde el gas reemplazó esta clase de iluminación.

No podemos abstenernos de consignar aquí, siquiera como medio que contribuya á generalizar el conocimiento de hechos gloriosos, el siguiente episodio:

Corría el año 1825. Los calores de Enero eran muy excesivos, cuando el día 21 á las ocho de la noche, llegó la noticia de la victoria de Ayacucho. A las diez, el cañon del Fuerte, anunciaba la feliz nueva, y las campanas de todas las iglesias tocadas á vuelo, atronaban el aire.

El pueblo se echó á la calle; los cafées estaban llenos de gente y de improvisados oradores: el vecindario iluminó las casas, y la alegría y el entusiasmo habían llegado al paroxismo de la exaltación.

Era una victoria definitiva y la emancipación de la América quedaba asegurada.

Tres días duraron las fiestas!

Un poco más tarde, el comercio inglés, á cuya cabeza se puso Mr. Robertson, para celebrar la batalla de Ituzaingó, dió un gran baile en lo que se llamaba la Rancheria, frente á la plazoleta del Mercado Viejo y en el gran patio se hizo el gran salón.

Fué la fiesta más expléndida que hasta entónces se viera en Buenos Aires, y tan suntuoso resultó el baile, (en el que se invirtieron treinta mil pesos de

La noche del 25, las danzas concurrían en masa al teatro. El gobierno ocupaba tambien su palco en esas noches. Había, como hoy, *Te Deum*, formación en la plaza, salvas etc. y no escaseaban los cohetes y la música, las rifas, los globos y los fuegos artificiales.

Por la noche, las casas bajas abrían los postigos y se colocaban velas que alumbraban las veredas. En los balcones de las casas altas se ponían igualmente velas resguardadas por fanales. Más tarde el gas reemplazó esta clase de iluminación.

No podemos abstenernos de consignar aquí, siquiera como medio que contribuya á generalizar el conocimiento de hechos gloriosos, el siguiente episodio:

Corría el año 1825. Los calores de Enero eran muy excesivos, cuando el día 21 á las ocho de la noche, llegó la noticia de la victoria de Ayacucho. A las diez, el cañon del Fuerte, anunciaba la feliz nueva, y las campanas de todas las iglesias tocadas á vuelo, atronaban el aire.

El pueblo se echó á la calle; los cafées estaban llenos de gente y de improvisados oradores: el vecindario iluminó las casas, y la alegría y el entusiasmo habían llegado al paroxismo de la exaltación.

Era una victoria definitiva y la emancipación de la América quedaba asegurada.

Tres días duraron las fiestas!

Un poco más tarde, el comercio inglés, á cuya cabeza se puso Mr. Robertson, para celebrar la batalla de Ituzaingó, dió un gran baile en lo que se llamaba la Ranchería, frente á la plazoleta del Mercado Viejo y en el gran patio se hizo el gran salón.

Fué la fiesta más expléndida que hasta entónces se viera en Buenos Aires, y tan suntuoso resultó el baile, (en el que se invirtieron treinta mil pesos de

aquella moneda), fué de tanto lujo y tuvo tal resonancia, que repercutió en Londres, y hasta el *Times* dió cuenta de él en sus columnas.

En el departamento destinado á tocador de las damas, había entre otras originalidades y bellezas: guantes, zapatos de raso blanco y medias de seda, para que se cambiasen libremente. (Esta pequeñez, que hoy parecería ridícula, podía explicarse por que siendo escasos los carruajes, era imposible que las señoras y señoritas tuviesen que andar á pié sin enlodar su calzado.) Y como todo ello era tan lindo, al fin de aquella noche inolvidable hubo repartición general, y zapatos y guantes desaparecieron como por encanto entre los numerosos obsequios de dulces y flores con que *ellos* se despidieron de sus novias, pues de allí, han de saber nuestras lectoras, salieron muchos enlaces, cuyos descendientes hoy conocemos por sus apellidos extranjeros, como los Gowland, Armstrong, Davis, Gibson, Newton, Wilson, Mackinlay, Eastman, Billinghurst, Bell, Taylor, Kier, Lynch, Maxwell, Wilde, Atkinson, Lumb, Murray, Rawson, O' Connor, Seeber, Barton, Smith, Milberg, Clark, French, Fair, Ramsay, Cramwell, Thwaites, Stegman, Tomkinson, Wright, Shaw, Williams, Higgimbothon, Mac Lean, Lawson etc.

Y yá que tocamos este punto, llevaremos al lector á la que fué lujosa mansión de nuestro *lord inglés*, (como decían al Señor Don Miguel de Riglos y Lasala, quien tenía *de* propio y nó sobrepuesto) y de la cual salieron también los más descollantes enlaces en la alta sociedad porteña.

Habitaba el Señor Riglos con su bellísima esposa Doña Dolores Villanueva, la casa de su propiedad sobre la Plaza Victoria (Bolivar 11) alhajada con todo el lujo y confort de la época: en la sala, muebles

dorados, cortinajes, tapices, cuadros, arañas, espejos; y en el comedor, que es lo más positivo—como diría un escritor humorístico—, entre otros objetos de arte y un riquísimo mueblaje de caoba, la más completa vajilla de su tiempo,—en que cuchillos de postre, cucharas y tenedores, eran de plata maciza con incrustaciones de oro.

De antiguo abolengo databan los recibos del Señor Don Miguel de Riglos, y en más de treinta años consecutivos, apénas si hubo parada, desfile ó procesión, en fiestas pátrias ó de iglesia, cuya mejor sociedad no llenára esa larga y angosta balconada que aún se vé asomar, decrépita, cabe el magnifico palacio municipal.

Las señoritas Agustina Rosas, Avelina Saenz, Juana Carranza, Amalia del Mármol, Domitila Gonzalez, Juanita Araujo, como Avelina Pinedo, Pepita Larrazábal, Ignacia Bonavía, Cármen Zavaleta, Mercedes del Sar, Aniceta Lagos, Petrona Villegas y otras bellísimas mujeres de aquel tiempo inolvidable, no fueron las únicas que sellaron sus compromisos matrimoniales en aquel histórico balcón, al que un poco más tarde, invariablemente concurrían en las fiestas de la patria, Juana Sosa y Manuelita Rozas, con su eterno séquito de admiradores.

Cuando vino la época de la calma, el tirano le nombró defensor de pobres y menores de Catedral al Norte, época de felicidad y de bonanza para todos, pero de visible decadencia para el Señor Riglos, que de puro miedo, y sin poder abandonar el país, se había hecho federal neto.

Este distinguido caballero porteño, el sér más culto, activo y servicial si los había, que resignado sufriera la tremenda tiranía de Rozas, empezó á entristecerse y á declinar, hasta terminar sus días en

el seno de su familia y rodeado de las consideraciones de cuantos le conocieron, y sentido hasta no más.

Murió joven para aquellos tiempos, pués sólo tenía setenta y cinco años de edad, dejando una familia numerosa, cuya honorabilidad llevan bien en alto sus dignos descendientes.

Los Miércoles de Manuelita

Palermo de San Benito

PUESTO que en el transcurso de esta obra, rozamos varias veces, incidentalmente, la época de Rozas, y en vista de que los datos que pasamos á suministrar, completan en cierto modo esta referencia de los hábitos y costumbres del Buenos Aires antiguo, diremos algo de las reuniones sociales que tenían lugar sobre el mismo terreno en que hoy se levantan, escuálidas y desgalichadas, las efigies de un Apolo que semeja un murciélago y un Sarmienlo que parece un mono,—confusión lamentable de Mr. Rodin, quién creería sin duda que la estátua confiada á su talento, iba destinada á embellecer el Jardin Zoológico!.

Por aquellos tiempos, en que el tirano imperaba con toda crueldad y cinismo, Palermo era el punto donde se resolvían las grandes cuestiones nacionales, y el sitio que frecuentaron los personajes extranjeros que venían en misión á Buenos Aires.

El edificio era de forma cuadrilonga, edificado en

barro y argamasa, y en cada ángulo recto, había una especie de baluarte formado por la prolongación de las perpendiculares. Los corredores eran de arquería.

Manuelita Rozas ocupaba cuatro habitaciones en la parte Oeste del edificio, y Rozas, otras cuatro, en la parte Este. El salón de recibo estaba al Oeste, abundando en él los espejos y muebles de caoba.

En la parte Sud había una Capilla con la imájen de la Purísima; el patrono de dicha Capilla era San Benito. En ella no había confesonarios, y oficiaba el Padre Fernando, ó Padre Lozano, ó Padre Sevilla, pues de las tres maneras era conocido. Decía misa los Domingos, y es fama que al terminar el santo Sacrificio, tomaba el rosario con ambas manos y entonaba el siguiente cántico:

Las cuentas de este rosario
Son balas de artillería
Que todo el infierno tiembla
En diciendo ¡Ave María!

Y la concurrencia entera, prorrumpía á una sola voz:

—¡Ave María! Ave María!,—no faltando entre ella, el loco Biguá y Eusebio de la Santa Federación, dos cretinos de marca mayor que el tirano empleaba para amenizar sus ratos de ócio ó de mal humor.

Sabido es que por entónces, los hijos de la tierra tenían obligación de llevar chaleco colorado, divisa idem en la chaqueta y cintillo en el sombrero y gorra. No había cómo confundirlos con los extranjeros, si se exceptúan los españoles, que llevaban el mismo uniforme, porque la España aún no había reconocido la Independencia de nuestro país.

Todo era colorado entónces: los uniformes de las tropas, los ponchos de los gauchos, los rebozos de las negras, lo mismo que las puertas, ventanas y frísos de las casas, y como entónces las aceras tenían una hilera

de maderos que llamaban *postes*, éstos tambien estaban pintados de colorado. La caballería usaba chiripá, camiseta y gorra de manga del mismo color, calzoncillo blanco y bota de potro, con espue-



1840.—Estanciero rico del Sur de Buenos Aires.
De "Costumes Historiques"

las de fierro. Los caballos llevaban testeras de pluma colorada y las colas atadas con cintas coloradas también. En resúmen, el color favorito, á la moda, era colorado, y los matices que se le derivan.

Pero fué un gran preservativo y garantía política llevar mucho colorado. No se recuerda empero, haber camisas coloradas, ni medias coloradas, que aún no hace muchos años, usaron algunos elegantes...

En el seno de las familias, temerosas de todo, la conversación era monótona, pues se temía el comercio social: todo era igual. Los trajes y los hombres simbolizaban la parálisis intelectual: era el símbolo de una obediencia sin resistencia. Las señoras habían dejado las presunciones de su sexo, y llevaban en el moño punzó el signo de que no había coquetería posible, desde que no era permitida la libertad de colores.

¡Qué tristezas las de aquellos tiempos, en que la juventud tiene las expansiones generosas y los sueños rosados! Todo estaba mudo por que el diarismo se había convertido en la corruptora alabanza del que manda. En los bailes, todos llevaban su uniforme y en el teatro no se alzaba el telón, hasta que la hija del Restaurador no estuviese presente.



Señora Agustina Rozas de Mansilla en mediana edad.

Esta, como dijimos, ocupaba en Palermo cuatro habitaciones: sala, dormitorio, toilette, etc. La señora Doña Rosa Lastra de Lezica (que aún vive, creemos) y la visitó en compañía de su Señora madre, para darle las gracias por el desembargo efectuado por Rozas

de los bienes de su padre, por ser unitario, refería que la bondadosa hija del tirano habíalas recibido en el cuarto de toilette, y que era sencillisimo: un aparador de espejo, semi-cubierto por una gran toalla de tejido de hilo festoneado y guarnecido de encaje de las provincias, un pequeño sofá, sillones y sillas tapizadas con fundas de género blanco. En la sala de recibo, tenia piano, y es bien conocida la broma de los mates que el Dictador le dió á su maestro, el día en que éste le comunicó que Manelita no tenía yá qué aprender.

La hija de Rozas vestía de blanco ó de rosa, por lo general, con adornos punzóes que, como yá dijimos, eran los colores oficiales y de ordenanza. Recibía los miércoles. Como días de recepción, éstos eran de mayor concurrencia en su sala.


Manuelita Rozas, en 1841.

Y aunque el almuerzo fuera temprano, si bién nó tarde la comida, solía servirse. entre una y otra, lijero lunch en el bosquecillo inmediato, ó bien en el pailebot ó goleta que naufragára allí mismo por aquella época, y á bordo del cual subían las visitas, pasadas las horas de más calor.

La hija de Don Juan Manuel, con sus intimas, las de Gómez, Larrazábal, Caneva, Velazquez, Pinedo, Sosa, Saravia, y sus tias, María Josefa Ezcurra, Agustina, Mercedes y Gregoria Rozas, en compañía de algunos caballeros, se encaminaban por bajo el

verde sauzal, hácia el barco varado, cuyo piano alcanzaron á tocar Esnaola y Marota en dúos con el violín del inimitable Sivori.

A la cena seguía el baile, baile improvisado de todos los miércoles, en que el Maestro de piano de Manuelita, le agregaba alguno de los parditos Tiburcio, Ambrosio, Marradas, Albornóz ó Espinosa, pianistas que tuvieron su popularidad. En estas sencillas tertulias, no era costumbre sacar á bailar á Manuelita. Ella elejía compañero de vals, al que era muy aficionada, y cuya pieza solo perdía cuando veíase obligada á hacer los honores de la casa.

Por lo general, el estado mayor de señoras que descollaban siempre á la cabecera del salón, como en estrado principal, formábanlo las de Arana, Beláustegui, Rolón, Larrazábal, Riglos, Halbach, Mansilla, alternando con las señoritas de Romero, Ezcurra, Arana, Barra, Terreros, Masculino, Santa Coloma, Herrera, Larrazábal y Pinedo, asediadas por los galanes Martinez de Hoz, González Moreno, Elizalde, el Ministro Mandeville, Arcos, Hernández, Arredondo, Perez del Cerro, García Fernandez, Terreros y otros que durante diez años concurrieron con alguna asiduidad á esa tétrica mansión de flores, regadas ¡ay! con el llanto de las almas aflijidas y desconsoladas que se arrastraron hasta allí en demanda de protección y amparo!

Mucho más podríamos agregar á este respecto, pero, con lo dicho, basta y sobra para formarse idea de lo que serían estas reuniones en el vasto caserón del Restaurador!

Los carnavales porteños

El cañonazo

Con qué júbilo recuerdan las personas mayores, en nuestros días, los carnavales de su juventud, y cuántos hay que cuando llegan estos días de locura, se sienten rejuvenecer!

Los que en estos últimos años han presenciado el corso y las tentativas de imitación de los carnavales de Roma, Milán y Venecia, no pueden formarse idea del desórden y el furor.... hidroterápico,—permítasenos decir,—que se apoderaba de los habitantes de esta muy heróica y leal ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María, allá por el año 20!

Cómo se solazaban entónces en nuestra capital!

El ánsia insaciable de agua, arrastraba irremisiblemente á las tinas, los pozos de balde y los aljibes. Los aguateros eran los personajes más solicitados ó importantes de la situación. Sus canecas se convertían en el tonel de las Danaides.

Los huevos rellenos con agua más ó ménos perfu-

mada, eran el utensilio más fino, pero la gente menuda y de servicio, prefería los jarros. Caían torrentes de las azoteas. Los magnates, y especialmente los militares,—sin duda, por contraposición al uso de la pólvora,—eran fanáticos por esta diversión.

Cuéntase del General Soler, del Coronel Dorrego y de gran número de Oficiales subalternos, que allá en sus mocedades asaltaban azoteas, defendidas como los castillos, por lindas muchachas, cuya artillería servida por la falange de las mulatillas de la casa ó del barrio, consistía en esos proyectiles quebradizos y en los liquidos raudales del río, ó de los pozos del corral.

Una tarde el General Mansilla, (padre del actual) acertó con mano diestra y admirable vista, un huevazo al único diente de una vieja que asomaba en ese instante por una ventanilla de enfrente. Escusado es decir, que tan bamboleante reliquia le quedó colgando, y que la curiosa vecina sólo pudo vengarse llamándole *¡bandido!* á pulmón lleno, en medio de lágrimas y de maldiciones.

Durante "el reinado del jarro", el carnaval era cosa tan divertida como húmeda. Y sin embargo, no se tienen noticias de que, en aquellas fechas, abundasen los reumáticos. ¡Era muy fuerte la juventud.!

Entre personas de íntima relación, organizábanse los dos bandos. Uno, el formado por las señoritas, que defendían el *cantón*, la casa en que tenían preparado un formidable material bélico, compuesto por cuanto objeto pudiese contener agua; y el otro, aquel en cuyas filas formaban los muchachos dispuestos á recibir todo el líquido que les cayera encima, oscureciendo la fama de Neptuno. Con infatigable ardor continuaba la lucha una vez comenzada, y confundidos y atropellados en aquel torrencial tiroteo, las niñas quedaban con las ropas pegadas al cuerpo, vi-

gorosamente remojadas y mostrando plásticamente las graciosas curvas de sus gentiles personas, en tanto que el uniforme de la muchachada, - saco azúl y pantalón blanco, - se desteñía lastimosamente en la refriega.

En tiempos de Rozas, á las doce del día, se tiraba un cañonazo en la Fortaleza, y el juego comenzaba en toda la ciudad hasta las seis de la tarde, en que por igual señal se suspendía.



Los "cantones" en Carnaval. 1860.
Dib. de A. Paris.

En medio de una nube de polvo recorrían las calles numerosos ginetes en buenos caballos, aperados á la criolla, llevando en la testera de éstos plumas rojas, y en las colas, moños del mismo color. Como proyectiles, usaban huevos de gallina, de pato, y hasta de avestruces, rellenos con agua de olor, polvos colorados y vejigas infladas, con las que golpeaban á los transeuntes.

Se jugaba con agua,—el pomo no se conocía aún,—esgrimiendo la jeringa de exageradas proporciones, la bomba, el aguacendo, el jarro, el balde, etc. etc. Los huevos de olor, pregonábanlos los vendedores á los gritos de:

¡Huevitos de olor
Pá la niñas que tienen calor!

¡Huevitos de cera,
Pá las niñas que tienen pulsera!

Más tarde, los jóvenes en grupos recorrían las casas de sus relaciones, donde jugaban al principio con pomos como para entusiasmar á las dueñas de casa, hasta que alguna más animosa aparecía con el jarro, concluyendo la jugada en batalla campal á balde limpio, sin que faltara alguno que fuese metido en la tina.

Hubo carnaval en que las calles se llenaban de "cantones", desde los que se jugaba locamente sin que la autoridad pudiera impedirlo. La divisa dominante era ésta:

Ni pido ni doy cuartel!

Luego se prohibió todo juego con agua, pomo, inclusive, siendo reemplazado por los confites, porotos, garbanzos, arroz, serpentinas, papel picado etc. degenerando en abuso.

Hoy el carnaval ha quedado reducido á la juventud alegre que recorre los corsos soezmente, á los tontos que se disfrazan y á los concurrentes á las bacanales de los teatros.

De esos festejos tan populares y favoritos de la gran aldea, solo queda el recuerdo. Pasaron como

las alegres comparsas del Carnaval que no hace muchos años recorrían las calles de Victoria y Florida, bromeando á muchos y arrojando dulces á las damas de los coches!....

¡Oh, tiempos inolvidables del jarro, del lebrillo y del impagable Albarellos!....



¿Me conoces?...
(De fotografía)



Señora Justa Cané de Somellera, (Viuda de Florencio Varela) madre de los Señores Mariano, Rufino, Julio, Juan Cruz, Héctor, Florencio, Jacobo y Luis V. Varela acompañada de su hija la Señora María Varela de Beccar, de su nieta Sara Videla de Castro, de su biznieta María Elena Castro de Muñiz y de su tataranieta Elenita Muñiz.

Sociabilidad y progreso

"El club de los pelucones"

La ciudad de Buenos Aires,—justo es repetirlo,—ha sufrido después de la Revolución, diversas transformaciones en lo moral, en lo físico y en lo intelectual.

Hombres y cosas han desaparecido, usos y costumbres se han modificado, convirtiendo á la vieja ciudadela en la más febril y bulliciosa de las colmenas humanas.

Y es en los últimos tiempos, despues de 1852, que nuestra capital se ha transformado en su parte material: empedrado, gas, aguas corrientes, medios de comunicación, construcción de edificios etc. Es por esa época que comienza á alborear el maravilloso movimiento de progreso ascensional, que adquiere proporciones vertiginosas en 1880, para seguir en asombroso y progresivo crecimiento, verdaderamente yankee, con la aurora luminosa y radiante del siglo XX.

Después de la caida del tirano, la súcia y reducida población de aquellos tiempos, comienza á extenderse á los cuatro vientos, levantando barrios enteros, pues las antiguas quintas con sus cercos de tuna y pita, se subdividieron y son hoy casas de familia con todo el lujo y confort imaginables.

Por los cuatro costados, háse desbordado una población nueva, que habla otras lenguas, que tiene otros usos, que vive bajo el mismo cielo y en la misma tierra de la antigua colonia, pero que viene á transformarla por el trabajo, inoculando en la "vieja ciudad de las siestas" una actividad febril, un ruido atronador y un torbellino que obliga á estar siempre pronto á tomar ora el remo, ora el timón de las naves, ó á cabalgar y volar en las ferrovias!...

Pero...si todo esto no ha sido la obra de un día, debemos reconocer que tanta transformación, tanto movimento y progreso, en más de medio siglo, ha tenido su gestación, larga y laboriosa, en esa tertulia, por veinticinco años nó interrumpida, del Señor Guerrico, tertulia de conspícuos de nuestra sociedad y que Don Juan Cárlos Gómez con cierta fina ironía, clasificó de *Club de los pelucones.*

Sin ser este un club político, (al que concurrían indistintamente hombres de diversos matices políticos, extranjeros de nacionalidades y pretensiones distintas,) desde la caída del tirano, apénas si hubo iniciación, significando algún adelanto, que no fuera propagada ó apoyada por esos viejos patriotas, tan honestos como desinteresados, que solían reunirse noche á noche en casa de Don Prudencio Guerrico.

En ella, puede decirse, tuvieron su resonancia todas las grandes manifestaciones del intelecto, y toda innovación ó proyecto beneficioso para nuestro país encontró la más decidida cooperación y ayuda.

Fué allí donde se habló por vez primera de obras públicas que tanto necesitaba el país, de reformas pedagógicas, de codificaciones, municipalidades, prefecturas, etc. De allí surgió el primer ferrocarril que llegára hasta la Floresta, el Muelle de pasajeros, la Aduana, el Teatro Colón, el establecimiento

del gas, el Club del Progreso y tantos otros idems que no quedaron en proyecto: puentes, caminos, aguas corrientes, telégrafos, paseos, compañías de navegación, exposiciones, escuelas, tranvías y demás obras buenas, cuyos resultados palpamos en la actualidad.

Por los salones del Señor Guerrico, — cuyos descendientes continúan llevando bien en alto el espíritu de las más culta y refinada sociabilidad,—desfi-



Señora Mercedes Aguirre en 1856 — Señor Manuel J. Guerrico en 1856

y que en 1906 celebraron sus bodas de oro, rodeados de 44 descendientes.

laron extranjeros ilustres como Martin de Moussy, Mr. Lelong, Drabble, Burmeister, Bravat, Santa Cruz, Páez, Sárraga, Diego Thompson, Eastman, Pacheco Obes, Florentino Gonzalez, Juan Bautista Cúneo, y hombres de iniciativa, fortuna y corazón, como los señores: Ingeniero Pellegrini, Don Valentin Alsina, Juan Bautista Peña, Felipe Llavallol, Leonardo Pereyra, Bartolomé Mitre, José Maria Paz, Pastor Obligado, Fabián Gómez, Francisco Moreno, Ingeniero Duteill, Don Juan Madero, César Diaz, Francisco

Lalama, Porcel de Peralta, Martin de Alzaga, Lorenzo Gómez, Teodoro Alvarez, Ventura Bosch, Ricardo Trelles, Tomás Anchorena, Basilio Salas, Miguel de Riglos, Martin Piñero, José Mármol, Pedro Agote, José Maria Cantilo, Dalmacio Vélez Sarsfield, Molino Torres, Montes de Oca, Ortiz Basualdo y cien otros de lo más importante de aquella sociedad: militares, abogados, estadistas, hombres de letras, hacendados, etc, etc.

De entónces acá, mucho se ha hecho en verdad, pero preciso es confesar que mucho hicieron también, y con poquísimos elementos, esos grandes hombres del pasado. Seamos, pues, ante todo, justos: ensalzemos, saludemos con entusiasmo y placer los rápidos progresos que debemos á la actividad é intelijencia actual, pero tributemos, á la vez, nuestros respetos á los que colocaron la primera piedra en el ámplio camino de progreso que hoy recorremos triunfalmente y á paso de vencedores!



1857.—Una fiesta de caridad en el Club del Progreso.
De "El Correo del Domingo."

Pellegrini y su obra

No cerraremos este libro, sin antes decir algunas palabras acerca del Ingeniero Señor Cárlos E. Pellegrini, con cuya obra de artista supo vincular su nombre á la más encumbrada sociedad porteña y hacerse acreedor á la gratitud de tres generaciones.



Ing. Cárlos E. Pellegrini
(1856)

El Ingeniero Pellegrini,—cuyo retrato exhornan estas líneas,—nació el 28 de Julio de 1800, en Chambery, capital del ducado de Saboya. Su familia era originaria de Italia, y la casa solariega existía á inmediaciones del Lago di Como.

Jóven, comenzó sus estudios en la Universidad de Turin y por causas que sería largo enumerar tuvo que emigrar á Paris, en cuya Escuela Central continuó sus estudios hasta recibirse de Ingeniero. En 1827, el Señor Sarratea, obedeciendo á instrucciones de Rivadavia, lo trajo al país como Ingeniero de Gobierno, desembarcando en ésta á principios de 1828:

Pronto se vinculó con los personajes de aquella época, especialmente con Rivadavia, de quién fué gran amigo y entusiasta admirador. Se hospedó en la casa del Brigadier Azcuénaga, (Reconquista esquina Rivadavia) donde hoy está el nuevo Banco Italiano.

La situación en que el Señor Pellegrini halló este país, no eran favorables para la realización de obras públicas. Faltaba además la iniciativa poderosa de Rivadavia, y sus primeros trabajos fueron interrumpidos por la revolución de Lavalle.

En la esperanza de que llegarían tiempos más propicios se pasaba el tiempo; la situación empeoraba, y cuando cansado de su forzada inacción meditaba regresar á su país, un incidente social vino á decidir de su destino y vincularlo definitivamente á esta su nueva pátria, donde residió hasta sus últimos dias.

Estando de tertulia en casa de Doña Mariquita Sánchez de Mendeville, la conversación recayó sobre retratos, sobre la imposibilidad de hacerlos en Buenos Aires, siendo, naturalmente, las damas quiénes más se lamentaban de este vacío. Pellegrini como acto de galantería, ofreció con este motivo á la simpática é intelijente dueña de casa, trazarle su retrato si le concedía una hora de *pose*.

La sesión duró menos de una hora. El retrato resultó perfecto como semejanza. Al dia siguiente empezó á recibir insinuaciones en medio de amables sonrisas, y varias de sus amigas tuvieron tambien su retrato.

Pero trás *ellas*, vinieron *ellos* y la broma se hacia pesada. ¿Cómo resolver el problema de tanto pedido?

Muy prácticamente. Abrió su taller y fijó una tarifa en onzas de oro, según la importancia de cada trabajo. El éxito fué enorme, y léjos de disminuir los pedidos, ocurrieron al taller del artista, todo lo que había en Buenos Aires de más distinguido en aquella



1858.—Desembarco en ballenera, con rio bajo, en el antiguo muelle de pasajeros.

Dibujo de A. Palliére

época, y en cinco años, Pellegrini hizo más de 800 retratos. Sus procedimientos eran variados:—lápiz negro, de dos colores, sepias, tinta China, lápiz litográfico, aguada y óleo,—todo lo empleó indistintamente.

Pasados estos cinco años,—de 1830 á 1835,—su salud amenazada le indujo á cerrar el taller, abandonar el arte y fundar una Estancia. Desde esa época, sólo ocasionalmente volvió á tomar el lápiz ó el pincel, hasta el año 1852, en que, enajenando sus propiedades rurales, volvió á la ciudad á fundar la *Revista del Plata*, destinada á fomentar el progreso material de la Provincia y á dedicarse al ejercicio de su profesión, emprendiendo entre otras obras la construcción del viejo Teatro Colón.

El Ingeniero Pellegrini, después de haber actuado con eficacia por más de medio siglo en nuestra sociedad, vino á fallecer el 12 de Octubre de 1875, rodeado del afecto de todos los suyos y de la alta consideración de cuantos le conocieron y trataron.

Dejó cuatro hijos, de los cuales el mayor, Cárlos, llegó á la más alta dignidad del país, y los tres restantes, Ana, Ernesto y Arturo, llevan bien en alto en la sociedad porteña las virtudes heredadas de su progenitor.

Letras finales

Hemos terminado nuestra obra.

El objeto que en ella nos propusimos, fué sustraer al olvido ciertos rasgos característicos de nuestro estado social en una época yá bien lejana, y por su simple exposición poner de relieve el estado actual.

Conocemos que no es completo nuestro trabajo, pero quedaremos satisfechos con que estas pájinas sirvan de pedestal ó base para un trabajo análogo de más vastas proporciones,—trabajo que nosotros mismos ejecutaríamos con gusto, dándolo á la publicidad el **25 de Mayo de 1910,** si las familias de tradición ó abolengo cooperáran á esta magna obra, facilitándonos cópia fotográfica de cuadros, muebles, retratos, utensilios, ó bien indicándonos su existencia, al par que nos ilustráran con nuevos datos, ó se sirvieran rectificar los actuales, caso de habérsenos deslizado algunos erróneos en el presente.

Y pues es costumbre, cuando se termina la construcción de un edificio, colocar una bandera sobre el caballete más alto, nosotros, al terminar esta obra, vamos también á poner una sobre su última cuartilla,

y yà izada, à saludarla como se merece, antes de dar fin á nuestro trabajo.

¡La bandera argentina!

Guión de un pueblo honrado, libre y trabajador,— harapo sublime, por cuya conservación se hace uno matar en los campos de batalla, ¡te saludamos! por que eres un pliegue sagrado del vestido de la Pátria, — por que eres el símbolo de la independencia de la raza y de la libertad del territorio!

Bandera argentina, que flameaste por siempre victoriosa en todos los ámbitos del mundo donde fuistes enarbolada, ¡bendita seas, por los siglos de los siglos!

INDICE

Prefacio..Pág. 1
Carácter de la sociedad............................ „ 7
Aspecto de la ciudad en 1810....................... „ 15
Costumbres del Virreinato Prácticas religiosas...... „ 21
Espectáculos y festividades........................ „ 27
Las dos misas clásicas............................. „ 31
Las noches de la colonia--Con esclavo y farol....... „ 37
Las visitas.. „ 43
Aristócratas y Patricias........................... „ 47
Las primeras tertulias—Los hermanos Escalada....... „ 51
Damas principales.................................. „ 55
Sociabilidad—anglo argentina—Los primeros ingleses... „ 59
El barrio aristocrático -Santo Domingo.............. „ 65
Casas opulentas—El barrio de la Merced............. „ 71
Arqueolojía cocheril............................... „ 79
Alrededor de la mesa -Los menús familiares......... „ 85
De mantel largo—Comilonas y convites............... „ 91
Cosas de negros—Pastelería......................... „ 97
Modas femeninas—El tocado de las señoras.......... „ 103
De piés á cabeza—Zapatos y peinados.............. „ 111
Extravagancias de la moda—Peinetas y peinetones.... „ 117
A través de la moda—Los figurines de antaño........ „ 129
Paseos por la Alameda—Un tambo en la ribera....... „ 145
Los balnearios de 1830—Baños en el río............. „ 155
A lo largo de la costa—Paseos y cabalgatas......... „ 161

Entre mate y mate—El mate de las Morales.......... „ 169
Las serenatas.. „ 177
Música...celestial—Dilettantismo..................... „ 183
Partes matrimoniales................................. „ 187
Entierros y velorios—El maníaco Tartaz.............. „ 193
Paseos nocturnos—Las retretas....................... „ 197
Las procesiones públicas Semana santa............. „ 201
La porteña en el templo.............................. „ 209
El Teatro ó Coliseo Viejo—Actores y actrices....... „ 215
Las veladas del Argentino Don Pepe y las cazueleras „ 225
Tertulias memorables—El salón de Misia Mariquita... „ 235
Carácter de las tertulias—Piezas de baile............ „ 247
Tertulias y tertulianos—El primer cotillón............ „ 259
Tres generaciones de beldades—1810-1860............ „ 267
Festivales patrióticos—La balconada de Riglos........ „ 271
Los Miércoles de Manuelita—Palermo de San Benito. „ 277
Los carnavales porteños—El cañonazo............... „ 283
Sociabilidad y progreso El club de los peculones.... „ 289
Pellegrini y su obra.................................... „ 293
Letras finales.. „ 297



Esta obra terminóse de imprimir
en los talleres tipográficos
de Moloney y De Martino
el día 4 de Julio
de 1908.

—



